



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN FILOSOFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS

EL PERFIL DEL HOMBRE Y LA CULTURA EN MÉXICO:
UN PERFIL DELINEADO POR EL RACISMO

TESIS QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
MAESTRÍA EN FILOSOFÍA

PRESENTA:
ZAIRA ZULIM GALÁN BASURTO

TUTOR:
DR. GUILLERMO MOISÉS HURTADO PÉREZ
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS

Ciudad de México, agosto de 2020



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

Al Dr. Guillermo Hurtado Pérez, por la oportunidad que me brindó, por su tiempo y enseñanzas.

A los doctores Francisco Javier Ambrosio Velasco Gómez, Mario Magallón Anaya, Amalia Xóchitl López Molina y Luis Aarón Patiño Palafox, por sus consejos, comentarios y orientación.

A María y Manuel, por todo su cariño.

A Mitzi, Jocelyn, Itzel y Jamel, por su apoyo incondicional.

A Bárbara, Patricia, Lilia, Raquel, Paulina, Lucila, Iraís y Nancy, por su amistad.

A Gabo, por ilustrar hartos pasajes de esta investigación con sus anécdotas futboleras.

ÍNDICE

| | |
|---|-----------|
| INTRODUCCIÓN..... | 2 |
| CAPÍTULO I. SUPUESTOS Y FUNDAMENTOS DEL “SENTIMIENTO DE INFERIORIDAD” | 12 |
| 1.1 El autor | 13 |
| 1.2 El sentimiento de inferioridad | 19 |
| 1.3 Rasgos del sentimiento de inferioridad en el carácter mexicano | 25 |
| 1.4 Tipología del mexicano en Ramos | 28 |
| 1.4.1 El pelado | 28 |
| 1.4.2 El mexicano de la ciudad..... | 29 |
| 1.4.3 El burgués mexicano | 30 |
| 1.5 Arquetipos de lo mexicano en los que emerge el “sentimiento de inferioridad” | 31 |
| 1.6 La cultura criolla (imitación y derivación) | 35 |
| 1.7 Las contradicciones | 42 |
| CAPÍTULO II. EL RACISMO IMPLÍCITO | 52 |
| 2.1 Autognosis (psicoanálisis) del hombre mexicano | 53 |
| 2.2 La estratificación social en la interpretación histórica que revela el carácter del pueblo mexicano | 57 |
| 2.2.1 Indígenas | 63 |
| 2.2.2 Mestizos | 73 |
| 2.2.3 Criollos | 80 |
| 2.3 El carácter mexicano y sus manifestaciones en el grupo mestizo conforme al psicoanálisis de Ramos | 83 |
| 2.4 La <i>cultura criolla</i> como prototipo en <i>El perfil...</i> | 87 |
| 2.5 La clase media criolla y su relación con la provincia..... | 96 |
| 2.6 Consideraciones..... | 103 |
| CONCLUSIONES..... | 107 |
| BIBLIOGRAFÍA..... | 118 |

INTRODUCCIÓN

I

El periodo postrevolucionario mexicano fue un ámbito por demás *ad hoc* para la discusión de la mexicanidad. El espíritu revolucionario no se limitaba a una cuestión electoral o a la instauración de cierta justicia social; la Revolución Mexicana fue mucho más: una discusión sobre un proyecto de nación.

El anhelo por insertar a México en la modernidad tenía como obstáculo político y económico al Porfiriato, sistema político decimonónico que para el siglo XX resultaba por demás caduco. Su carácter anquilosado provenía de sus definiciones conceptuales en torno a aspectos como las distinciones sociales, la nación y el progreso. Los “intelectuales revolucionarios” discutían estos temas en la misma forma en que, en el ámbito político, se criticaba la sucesión presidencial y, en el económico, el sistema aparentemente liberal —aunque de una evidente raigambre colonial—.

En el escenario artístico y humanístico, la discusión revolucionaria se plasmó como una discusión entre tradición y modernidad. La escuela Mexicana de Pintura, la Novela de la Revolución Mexicana y el Estridentismo son muestras innegables del intento por redefinir la representación de lo mexicano a partir de una reivindicación de lo tradicional. Dichas manifestaciones artísticas resultan análogas e incluso dependientes de las discusiones que, en el ámbito académico-filosófico, se planteaban por aquel entonces.

En el estudio de lo mexicano surgen dos perspectivas opuestas: mexicanismo —sólo admite una cultura nacionalista que exalte los valores emanados de la Revolución— y universalismo —postula una cultura mexicana vinculada al conocimiento universal—. ¹ Se trata, entonces, de expresiones parciales de lo que debería ser el carácter de lo “verdaderamente mexicano”. Evidentemente, sus postulados propician la aparición de controversias al plantear expectativas sobre el futuro de la colectividad.

¹ Cfr. Abelardo Villegas, *Autognosis, el pensamiento mexicano en el siglo XX*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1985.

En 1934, Samuel Ramos publica *El perfil del hombre y la cultura en México*.² Esta obra puede ser entendida como una respuesta, desde el campo del humanismo, a la inquisición fundamental para el México surgido de la Revolución. Actualmente, se le sigue considerando una obra elemental en la historia de la filosofía en México. Consta de tres ediciones en vida del autor —la tercera edición es considerada la versión definitiva—. A la fecha, existen múltiples reimpressiones; tan sólo a principios de siglo XXI —en el 2001— se contaba con la trigésima séptima reimpresión. La segunda edición es de 1938; en ésta, la versión original fue aumentada con una sección sobre “El indígena y la civilización”. En la tercera edición del libro (1951) —versión que quedó como la definitiva—, Ramos omite el apartado “El indígena y la civilización”, aumenta un prólogo y siete ensayos que quedarán incluidos al final de la obra —si se le compara con la versión original—.

En *El perfil...* se afirma, *grosso modo*, que los mexicanos padecen un sentimiento de inferioridad que explica la ausencia de una cultura objetiva. Además, éste revela un desajuste entre las capacidades de los individuos y los verdaderos alcances de sus proyectos. En este sentido, Ramos vislumbra una nueva concepción del mexicano que se fundamentará en un sentido positivo de la realidad mediante el reconocimiento de los vicios y defectos que dañan su psicología. Por consiguiente —de acuerdo con Ramos—, era necesaria una interpretación, una reflexión sobre la manera de ser del hombre en México como producto de las circunstancias históricas que ha enfrentado. Señala, además, la necesidad de estudiar y comprender “la evolución del alma mexicana”, si no se quiere dejar el futuro de la cultura mexicana en manos de la fortuna. De modo que la obra de Samuel Ramos sienta las bases de la discusión en torno al ser del mexicano. Su obra demuestra, además, que la concepción moderna de México y, sobre todo, de los mexicanos, es el tópico de nuestra filosofía en la primera mitad del siglo XX.

² Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1951. En lo sucesivo abreviaremos como *El perfil...*

II

La mayoría de los estudiosos de *El perfil...* coinciden en que los rasgos del sentimiento de inferioridad detectado por Ramos se manifiestan de forma peculiar en cada sector o tipo, merced a su nivel económico y su grado de escolaridad. No obstante, en el “Psicoanálisis del mexicano”, las categorías “pelado”, mexicano de la ciudad y burgués mexicano son relacionadas a ciertos orígenes raciales. En este sentido, podemos encontrar diferentes interpretaciones entre los filósofos ocupados de la obra ramosiana cuando tratan de relacionar el psicoanálisis del mexicano con la propuesta de una “cultura criolla”.

Del análisis ramosiano de los tipos mexicanos se concluye que todos padecen de un sentimiento de inferioridad, el cual se expresa —como señalamos antes— de maneras acordes al nivel socioeconómico observado en cada grupo. Ahora bien, en nuestra lectura encontramos algunos supuestos problemáticos. Por ejemplo, ciertas opiniones del autor se sustentan en ideas (prejuicios) raciales. ¿A quiénes representan los tipos analizados por Ramos? Si bien la tipología establecida por el autor marca diferencias económicas y culturales, también alude a jerarquizaciones raciales que podrían determinar la pertenencia a uno u otro grupo. En algunos párrafos, la obra parece abordar a los mexicanos en su generalidad; sin embargo, en otros pasajes Ramos es muy puntual al indicar que se refiere a un grupo mestizo o a un grupo indígena. Entonces, el problema central es saber qué entiende el autor por “nuestra raza” y a quiénes se refiere cuando emplea tal frase. En este sentido, también es válido preguntar cuál fue el verdadero objeto de estudio en el “Psicoanálisis del mexicano” y cómo se asocian los tipos señalados a la interpretación histórica que presenta Ramos en *El perfil...*

Indudablemente, *El perfil...* ha sido objeto de estudio de numerosos intelectuales de diversas áreas de conocimiento —psicología, sociología, historia, filosofía, literatura, etc.—. Una breve búsqueda bibliográfica arroja decenas de ensayos, artículos y libros que despliegan la construcción de nuevo conocimiento a partir de la tesis de inferioridad en el mexicano. En este sentido, podría argüirse que poco queda por decir. En este estudio, sin embargo, estimamos que las reflexiones de Ramos revelan un racismo implícito en su pensamiento. El despliegue histórico

que fundamenta su tesis del sentimiento de menor valía de los mexicanos encuentra su justificación en una valoración subjetiva entre lo hispano y lo indígena. Así, el canon es el mundo y la cultura ibéricos; por lo que se denigra o desecha cualquier otra forma de existencia.

III

En las obras *México Racista* y *Alfabeto del racismo mexicano*, el historiador Federico Navarrete delata cómo el racismo en México es una práctica que no ha dejado de existir desde la época colonial. Si bien, regularmente las conductas discriminatorias se tratan de encubrir, la realidad demuestra que las prácticas racistas existen en la actualidad. Se les encuentra revestidas bajo otros conceptos: pigmentocracia, ideal de blanquitud, clasismo, etc. Navarrete afirma, en suma, que el racismo mexicano es una práctica velada o, mejor dicho, ocultada a través del léxico.

En Nuestro país se practican muchas formas de discriminación: marginamos y a veces incluso agredimos a las personas por ser mujeres, por ser homosexuales o transexuales; les negamos oportunidades por tener una religión diferente a la católica o, simplemente, por ser jóvenes o demasiado viejos, o por vestirse diferente; menospreciamos a los extranjeros y a los que hablan español con un acento distinto. De estas múltiples formas de exclusión, una de las más difundidas y más dañinas es el racismo, que discrimina a las personas por su color de piel, la forma de su cabello y sus rasgos faciales, pero también por su cultura, su forma de vestir y de pensar, que son considerados índices de su pertenencia a una “raza” supuestamente inferior.³

En el *corpus* crítico ocupado de *El perfil...*, no suele ser puesta en entredicho la legitimidad de la estratificación social propuesta por Ramos. El presente estudio tiene como finalidad demostrar que, en la propuesta del filósofo michoacano, prevalece una visión hegemónica fundamentada —endeblemente— en aspectos psicoanalíticos.

La jerarquía social identificada en *El perfil...* tiene su origen en la Colonia, época en la que los diversos estratos sociales se encontraban reconocidos claramente: peninsulares, criollos, indígenas, mestizos, negros y castas. En la

³ Federico Navarrete, *México racista*, Editorial Grijalbo, México, 2016, p. 11.

cúspide se encontraban los peninsulares; a su lado —menospreciados en comparación de éstos— se encontraban sus descendientes criollos. En esta jerarquía, lo indígena siempre se asoció a lo bárbaro o lo primitivo y, por tanto, a lo inferior en relación con los conquistadores españoles. De manera que los indígenas representaron el escalafón más bajo; las castas van graduando el nivel de pureza o, si se prefiere, de contaminación de la “raza”. Obviamente, el ideal es lo español (blanco).

En *El perfil...* —consideramos—, se presentan supuestos que entrañan apreciaciones discriminatorias respecto a varios componentes de la población. Por ejemplo, se invalida su participación en el desarrollo cultural —y político— por considerarlos incompatibles, pasivos, primitivos, sin moral, irracionales y agresivos; en suma, son el factor degradante de la nación. Sostenemos, por tanto, la existencia de un racismo implícito en los razonamientos que fundamentan la idea del sentimiento de inferioridad.

Para demostrar esta hipótesis, dividiremos la presente investigación en dos partes. En la primera (capítulo 1), expondremos las ideas más relevantes que sostienen la tesis del sentimiento de inferioridad colectivo en el pueblo mexicano. El objetivo será describir la propuesta de Ramos y, simultáneamente, contrastar las diversas interpretaciones elaboradas en torno a esta obra.

En el primer capítulo abordaremos los siguientes temas: una breve introducción sobre el autor, cómo se desarrolla su existencia, las figuras más emblemáticas en su formación académica y el ambiente intelectual en el que surgió su obra más conocida: *El perfil...* Enseguida, explicaremos la tesis del sentimiento de inferioridad: su origen y la forma en que, según Ramos, pervive tal complejo a través de la historia nacional —desde la Conquista hasta el México postrevolucionario—. Será importante señalar cuáles son aquellos rasgos de la personalidad que delatan un sentimiento de menor valía en el pueblo mexicano. La descripción de dichos rasgos servirá para comprender sus manifestaciones en la tipología del mexicano presentada por Ramos en el apartado más conocido de su obra: “El psicoanálisis del mexicano”.

En esta primera parte de la investigación nos apoyaremos en las interpretaciones realizadas por algunos filósofos e intelectuales sobre el pensamiento de Samuel Ramos. Podemos adelantar que existen algunas diferencias en cuanto a los prototipos de mexicanos expuestos en *El perfil...* Si bien en la tipología se detalla al “pelado”, al mexicano de la ciudad y al burgués mexicano, en el desarrollo de la obra se advierten otros grupos o categorías sociales que dificultan saber con exactitud a quiénes describe y analiza. Algunas de estas disparidades se perciben al contrastar las diversas interpretaciones que se han hecho sobre la obra. En consecuencia, será necesario exponerlas, ya que uno de nuestros objetivos es comprender con total certeza cuáles son las clases sociales que Ramos identifica y analiza.

En este capítulo también será importante explicar la idea de “cultura criolla”. Después del recuento histórico y del análisis de los rasgos de la personalidad y la conducta de los tipos mexicanos, Ramos nos presenta al criollismo como el precepto dirigido a innovar el ámbito cultural y a reconstruir la nacionalidad mexicana. Para entender la propuesta del autor será necesario explicar la idea de cultura y sus tipos —objetiva, subjetiva, original, derivada, derivada por imitación y derivada por asimilación— en el discurso de *El perfil...* Consideramos que sólo explicando el sentido de estos conceptos será posible comprender el proceso de desarrollo cultural que entrevé Ramos, así como la premisa de que en México no puede existir una cultura original.

Para finalizar el primer apartado de esta tesis, expondremos las contradicciones que los estudiosos de la obra ramosiana han hecho evidentes. Esta parte la desarrollaremos considerando un orden cronológico. En la historia de la filosofía mexicana del siglo XX, *El perfil...* es una de las obras más destacadas y renombradas. En varios casos se ha tomado como un estudio serio de la sociedad mexicana y se parte de él para hacer investigaciones en diversas áreas —la literatura, la sociología o la psicología—. De ahí que el inicio de este estudio se dedique a exponer sus principales tesis.

En el segundo capítulo, se propone una forma diferente de interpretar *El perfil...* La idea es resaltar aquellos pasajes y sentencias que nos hacen cuestionar

el pensamiento filosófico que apoyó —implícita o explícitamente— la idea racial de la población mexicana y, con ello, las concepciones de superioridad e inferioridad en cada tipo analizado. En la segunda parte de este estudio, por tanto, pretendemos mostrar el porqué *El perfil...* alberga un racismo implícito en sus fundamentos. Empezaremos por analizar el método empleado por Ramos: la teoría psicológica de Alfred Adler. Trataremos de cuestionar la viabilidad del método para comprobar si se sostiene la existencia de un sentimiento colectivo de inferioridad en el pueblo mexicano.

Al tratar de seguir los postulados adlerianos, Ramos rastrea el origen de la inferioridad en la historia mexicana. En la búsqueda de un origen histórico que logre explicar por qué los mexicanos de todas las clases sociales se sienten inferiores, Ramos construye un relato del que brotan varias interrogantes: ¿a quiénes psicoanaliza Ramos? ¿Quiénes conforman la cultura criolla? ¿Qué entiende el autor por “nuestra raza”? ¿Qué entiende por clases sociales? ¿Existe un factor determinante para ubicar a un individuo en un estrato social? ¿Se trata de una cuestión económica, cultural o racial? Además, si todo mexicano está afectado por el sentimiento de inferioridad, ¿qué sentido tiene establecer una tipología?

Si bien varios pensadores afirman que Ramos realiza un estudio de todos los mexicanos o del mexicano en su generalidad, la interpretación que presentamos en el segundo capítulo de este estudio parte de la hipótesis de que en *El perfil...* se identifican tres componentes de la sociedad mexicana: el indígena, el mestizo y el criollo. Posteriormente, mostraremos cómo el “psicoanálisis del mexicano” sólo está dirigido al estudio y descripción de uno de estos componentes: el sector mestizo. En suma, sostenemos que “El psicoanálisis del mexicano” revela un estudio parcial que, por ende, no logra abarcar la estratificación social que refiere Ramos en su relato histórico. En nuestra lectura dos elementos quedan fuera del psicoanálisis: los indígenas y la llamada “cultura criolla”.

Bajo esta lectura, tendremos que explicar quiénes conforman la cultura criolla y por qué Ramos defiende el criollismo como un prototipo de desarrollo cultural. Necesariamente, la apología de este grupo tiende a descalificar a los otros sectores de la población. Por último, demostraremos que la lectura propuesta elimina o

esclarece algunas de las contradicciones derivadas de la estratificación social presentada en *El perfil...* Para tales fines compararemos la visión de Ramos con las propuestas conservadoras del siglo XIX y mostraremos cómo, para el filósofo michoacano, la idea de “cultura criolla” o clase media criolla se encuentra estrechamente vinculada a la Provincia, una concepción ideológica ligada al pensamiento conservador alemán de principios del siglo XX.

El racismo ciertamente no fue un tema que preocupase a Ramos y sus contemporáneos. Durante el siglo XIX y la primera mitad del XX, la discusión en torno a la mexicanidad se ceñía al tema de la consolidación nacional; se pretendía, pues, construir un todo. Por lo tanto, si bien pudiera parecer anacrónico el tildar a estos intelectuales de presentar un pensamiento racista —la perspectiva actual acerca del tema—, es evidente que el concepto de identidad nacional esconde un cariz eminentemente racista. En aras de construir una identidad nacional única, dicho pensamiento suprime la posibilidad identitaria de minorías sociales. En otras palabras, la identidad nacional pretendía homogeneizar al país; ése fue el principal problema de la intelectualidad mexicana desde el siglo XIX. La construcción de la identidad nacional, en suma, implicó suprimir cualquier otra identidad. Ésa es, precisamente, la definición de racismo. Tal vez no lo supieran o no lo expresasen en esas palabras, pero el concepto no difiere. Un ejemplo claro de ello es el nacional socialismo alemán, que pretendió construir la raza aria como identidad alemana y, por lo tanto, “debió” suprimir las otras identidades alemanas. En las primeras épocas de la persecución judía, el drama consistió en que a los judíos alemanes les era negada su nacionalidad —les impidieron poseer un pasaporte alemán—:

La cosmovisión de Hitler y del nacionalsocialismo estuvo impregnada de un racismo eugenésico-darwinista: por una parte, en el *Mein Kampf*, donde hay un amplio capítulo sobre la eugenesia, y en su política de exterminio contra el judaísmo europeo, que él seguía viendo en su terrible fase final como una lucha por la supervivencia de la raza alemana; y, finalmente, hasta en sus últimas manifestaciones en el búnker berlinés, sobre la pérdida de valor del pueblo alemán en caso de que la guerra se llegara a perder realmente. El racismo moderno desarrolló su dinámica asesina de forma permanente justo por esta combinación de fantasías eugenésicas desenfrenadas de creación manipuladora de razas y de interpretación del darwinismo, en el sentido de que sólo la lucha y la guerra podrían hacer posible esa creación. Para justificarlo se recurrió al nacionalismo, y en última instancia, a la ley teórica de la naturaleza y a la arbitrariedad práctica de un dictador;

y precisamente por eso, la pretendida nueva creación del pueblo alemán y la práctica aniquilación del judío fueron sólo dos caras del mismo y único proyecto biopolítico. En definitiva, en el nacionalsocialismo no se pudo distinguir entre ideología y práctica racista.⁴

Es preciso recordar que el pensamiento de Ramos está basado en las ideas europeas de la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX. En especial, se apoya en los argumentos de Spengler;⁵ además, es factible notar el influjo de las tesis sobre el mestizaje de Gobineau.⁶ Este pensamiento europeo explicaba que la decadencia de Occidente era fruto del mestizaje; la degradación de la “raza blanca”, por tanto, estaba propiciada por la mezcla con “razas inferiores”.

Evidentemente, la palabra racismo puede suponer un anacronismo. Ramos y los demás pensadores de su época no se asumían como racistas; sin embargo, nos parece importante aclarar que la presente interpretación responde a que nuestra sensibilidad respecto al racismo y sus manifestaciones es distinta a la de los pensadores y filósofos contemporáneos de Ramos. En otras palabras, se nos podría hacer la objeción de que, en la época en que fue publicado *El perfil...*, hablar de racismo pareciese anacrónico; no obstante, consideramos que, si bien el problema de lo racial no le interesó a Ramos, desde una lectura actual es factible hacer una interpretación de los fundamentos racistas que hicieron posible este tipo de estudios.

En consecuencia, deseamos reiterar que la presente interpretación crítica no le resta importancia a la obra de Ramos, ni pretende clausurar la discusión o el debate conceptual acerca de sus aportaciones a la filosofía de la cultura mexicana. Sólo revelamos que el discurso de Ramos entraña una perspectiva racializada. En suma, nada nos impide acercarnos a la obra de Ramos a través de una postura crítica actual del racismo.

⁴ Christian Geulen, *Breve historia del racismo*, Alianza Editorial, Madrid, 2010, pp. 145-146.

⁵ Cfr. Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente*. Edición original 1918, Edición electrónica-Buenos Aires, 2006. Consultado el 11 de septiembre de 2019. Disponible en: http://www.ignaciodarnaude.com/textos_diversos/Spengler.Oswald.La%20decadencia%20de%20Occidente.pdf

⁶ Cfr. Joseph Arthur Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, Ediciones Apolo, Barcelona, 1937.

Por último, deseamos aclarar que la presente investigación se centrará en las tesis que presenta *El perfil...* hasta su segunda edición (1938). Si bien la tercera edición (1951) se considera la definitiva, coincidimos con el doctor Hurtado⁷ en que los capítulos incluidos en ésta no modifican o contribuyen a la idea central del sentimiento de inferioridad. Además, pensamos que corresponden a un contexto diferente, por lo que complican la interpretación de *El perfil...*

⁷ Cfr. Guillermo Hurtado Pérez, "Samuel Ramos, filósofo", en *Cuadernos Americanos*, Año XXVI, Vol.1, Nº 139, enero-marzo, 2012, pp. 59-69.

**CAPÍTULO I. SUPUESTOS Y FUNDAMENTOS DEL “SENTIMIENTO DE
INFERIORIDAD”**

1.1 El autor

Al revisar la historia del autor de *El perfil...* podemos advertir que uno de los textos más importantes en la historia de la filosofía mexicana puede ser entendido como el resultado de un transitar intelectual. La vida de Samuel Ramos está, como habremos de mostrar a continuación, signada por las distintas influencias de grandes maestros y por un devenir existencial paralelo —aunque alejado— al del país. También es necesario remarcar la significación del espacio. El ámbito cerrado —casa, colegio, universidad, ministerio— se contrapone con el ámbito abierto —la Revolución, el México postrevolucionario, Europa—. Por consiguiente, *El perfil...* representa el punto culminante de un proyecto de vida que aspira a convertirse en un proyecto nacional. El ambiente en el que esto ocurre no podría ser menos propicio. El México surgido de la Revolución, una sociedad ansiosa de separarse de la influencia francesa identificada como un signo del porfiriato, era un país anhelante de encontrar —quizás inventar— una identidad moderna. El nuevo país se planteaba, por ende, qué hacer con su pasado, cómo interactuar con su presente y, obviamente, cómo proyectarse hacia el futuro, es decir, con la ansiada modernidad.

Primogénito de una familia de clase media provinciana, Samuel Ramos nació el 8 de junio de 1897 en Zitácuaro, Michoacán. Su padre, un médico con conocimientos en diversas áreas de la cultura, se convirtió en su primer preceptor debido a la ausencia de escuelas adecuadas. Esta situación propició que la familia Ramos Magaña se trasladase a Morelia, lugar donde —gracias a la instrucción recibida en casa— Samuel Ramos concluye sus estudios primarios en tan sólo dos años. Como menciona Juan Hernández Luna, el ambiente de “alegría que reinaba en aquella familia recién llegada, que vivía tranquila sin las preocupaciones de una pobreza agobiadora o la intranquilidad que engendra una riqueza acumulada”,⁸ permitió el crecimiento intelectual del joven Samuel Ramos. Se trata, pues, de una persona cuya evolución ocurre en un ambiente por demás favorable.

⁸ Juan Hernández Luna, *Samuel Ramos (Etapas de su formación espiritual)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1982, p. 31.

Resulta curioso que el biógrafo de Ramos aluda a Morelia como un *locus amoenus*. Es curioso porque, en esos días, el país era cualquier cosa menos un lugar apacible y sosegado naturalmente apto para que el joven filósofo desarrollara, guiado por sus mentores, las habilidades reflexivas que años más tarde le llevarían a construir toda una teoría sobre el ser del mexicano. Mientras el joven Ramos recibía una educación esmerada, el país vivía los tiempos de la Revolución. Acaso la razón por la cual esta paradoja haya resultado ociosa para el biógrafo, se deba a que la Revolución Mexicana no marcó la vida de Samuel Ramos en la misma forma en que transformó la existencia de muchos niños de su edad con una condición socioeconómica más precaria.

Un año antes del inicio de la guerra civil que transformara la vida del país, Ramos fue inscrito en el Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo. En 1911, ingresa al Colegio de San Nicolás de Hidalgo —también en Morelia—. En dicha Institución conoce al primero de los maestros que marcarán su vida: el positivista José Torres, quien impartía las materias de lógica, sociología, psicología y moral. Guiado por éste, dedica los años en el Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo al estudio de la lógica, la ética, la sociología, la filosofía positivista y la psicología.⁹ Por sus manos pasan las ideas de Stuart Mill, Richard, Spencer, Titchener y Augusto Comte, es decir, todo un caudal de pensadores cuya síntesis dará origen a los primeros artículos publicados por Ramos en las revistas *Flor de Loto* y *Minerva*. Samuel Ramos es, originalmente, un pensador formado en las teorías positivistas en boga durante el siglo XIX.

Seis años más tarde, en la época de mayor violencia revolucionaria, el futuro filósofo ingresa a la Escuela de Medicina de Michoacán con miras a convertirse en Médico Cirujano. Hernández Luna tiene, por consiguiente, la razón: el país y Ramos llevan una historia diferente. Sin embargo, lo que la Revolución no logró modificar —la vida apacible y escolástica del joven Ramos—, sí lo haría la muerte del padre, acaecida en 1917. Tras este suceso, decide trasladarse a la Escuela Médico Militar

⁹ Es importante mencionar que sus conocimientos sobre psicología fueron ampliados en los años subsecuentes con las teorías de Jung, Adler y Freud hasta obtener una perspectiva enriquecedora para sus posteriores estudios sobre la cultura mexicana.

de México para culminar su formación. Esta variación signará su vida, pues ahí asiste a la cátedra de quien será su segundo maestro: Antonio Caso.

En 1918, Samuel Ramos decide abandonar su plan de estudiar medicina; ingresa a la carrera de filosofía en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional. El joven nacido en el seno de una familia provinciana de clase media que había dado todas las trazas de continuar la tradición familiar da un vuelco a su vida y opta por la filosofía.¹⁰ Al hacerlo, la historia del país se vincula a su propia historia. La carrera de Ramos podría entenderse, por tanto, como el resultado de una serie de influencias —su padre, José Torres y Antonio Caso—, un espacio cerrado alejado de la realidad —el hogar, la escuela, la provincia— y un desconocimiento de los grandes cambios perpetrados por la masa —la Revolución—.

El tercer momento crucial en la formación de Samuel Ramos ocurre ya cuando éste se ha incorporado al ambiente cultural del país. Como menciona Mario Magallón en su ensayo “Samuel Ramos y su idea de cultura en México”, el desarrollo filosófico de Ramos toma un rumbo distinto al enfrentarse con el mundo contemporáneo. Infiere que Ramos conforma su visión de *cultura* cuando viaja a Europa: “Desde el horizonte filosófico cultural es posible mirar, en retrospectiva, la estancia de Samuel Ramos en Francia (1926), la que marcará su filosofar y su filosofía y configurará sus formas de pensar, actuar, sentir; además, de entender la cultura y la civilización”.¹¹

La formación de Ramos continúa, pues, con su derrotero europeo. “Por los años de 1927, 28 y 29, visita Italia, París, Berlín y Rusia”.¹² Iniciado en 1926, el viaje incluye culturas que le permitieron ampliar su formación en el estudio de nuevas corrientes filosóficas como la de Heidegger o Hartmann, conocer personalmente a pensadores como Gurvitch, Adler o Bergson y, sobre todo —como el mismo Ramos reconoce—, entrar en contacto con el pensamiento europeo de vanguardia. Merced a la *Revista de Occidente* —fundada por Ortega y Gasset— conoce las teorías de Adler, Husserl, Dilthey, Rickert, Brentano, Scheler y la del propio Ortega y Gasset.

¹⁰ Cfr. Mauricio Beuchot, *Filosofía Mexicana del siglo XX*, Editorial Torres Asociados, México, 2008.

¹¹ Mario Magallón Anaya, “Samuel Ramos y su idea de cultura en México”, en *Temas de ciencia y tecnología*, México, Vol. 11, no. 33, sep.-dic., 2007, p.15.

¹² Juan Hernández Luna, *op. cit.*, p. 96.

Ramos queda seducido por las manifestaciones culturales europeas. Irremediablemente hace una comparación entre lo que experimentó en su viaje y las formas culturales mexicanas representadas por Caso y Vasconcelos.¹³

La separación entre Caso y Ramos se hace innegable cuando éste publica, en la revista *Ulises* (1927), un estudio crítico sobre la obra y desempeño como catedrático del maestro Caso. No obstante, Hernández Luna sólo resalta un aspecto como causa de dicho distanciamiento:

En la crítica de Ramos a la obra docente de Caso, encontramos desde luego una causa histórico-cultural. Se trata de un movimiento íntimo de la conciencia nacional, que en aquellos días buscaba nuevos horizontes filosóficos más allá del tipo de cultura francesa en la que Caso había hecho su personalidad. Formado en las cátedras de los positivistas mexicanos y luego en esa línea de pensadores que va de Maine de Biran, Ravaisson, Vacherot, Boutroux, y Bergson, Caso representaba en ese momento el último eslabón del afrancesamiento de nuestra cultura, que se inicia en la segunda mitad del setecientos y que en el orden político sirvió de base ideológica a la Independencia, la Reforma y la “paz porfiriana”.¹⁴

La relación entre Caso y Ramos se estropeó tras la ruda crítica del alumno. Como sugiere Hernández Luna, el distanciamiento entre estos pensadores se puede descifrar como la emancipación de pensamiento del joven Ramos. Ahora bien, dicha ruptura presenta un cariz simbólico. No se trata simplemente de un “cambio de guardia” generacional y, menos aún, de un mero enojo personal. El distanciamiento de Ramos, tal y como ha señalado Guillermo Hurtado, ilustra el profundo cambio experimentado en la conciencia de la élite cultural mexicana.

En un plano más filosófico y menos personal, la crítica de Ramos es un rechazo del irracionalismo, intuicionismo y pragmatismo enseñados por Caso. Ramos consideraba que su generación —la de los jóvenes que llegaron a la Universidad hacia 1915— requería una filosofía de otro tipo, una que sin caer en los excesos de los positivistas reconociera el valor de la razón, de la objetividad, de los principios universales.¹⁵

Samuel Ramos, quien había sido formado en las ideas positivistas decimonónicas, se incorpora a una generación cuya característica principal es el afán de separación

¹³ Cfr. Mario Magallón Anaya, *op. cit.*

¹⁴ Juan Hernández Luna, *op. cit.*, pp. 87-88.

¹⁵ Guillermo Hurtado Pérez, *op. cit.*, pp. 60-61.

de la tradición francesa. Hernández Luna hace la conexión con las corrientes intelectuales de su tiempo al situar a Ramos en un grupo de intelectuales que luchaban por anular las formas culturales impuestas durante el Porfiriato. Dicha generación —Cosío Villegas, Vicente Lombardo Toledano, entre otros— buscaba renovar la cultura mexicana a través del pensamiento filosófico español y alemán: “El ensayo de Ramos contra Caso, inicia el primer ataque de la cultura hispano-alemana a la tradición francesa. Es la actitud de uno de los representantes de esta nueva conciencia que comienza a ver en el movimiento filosófico de España y de Alemania nuevas perspectivas para la cultura mexicana”.¹⁶

La admiración que en una primera etapa sintió por Caso, el motivo principal de su viraje existencial, es sucedida —entre 1919 y 1920— por otra aún mayor hacia otra figura emblemática de nuestra historia: José Vasconcelos. La trascendencia de éste en la obra de Ramos es una cuestión evidente. En los inicios de la tercera década del siglo XX, Vasconcelos se desempeñaba como funcionario de la Secretaría de Educación Pública (1921), puesto que le permitió impulsar la carrera de Ramos al invitarlo a laborar en dicha Secretaría. Posteriormente, Vasconcelos crea la revista *La antorcha* con el objeto de incidir en la vida pública del país mediante una crítica moralizante dirigida a los grupos en el poder. Ramos es convocado a colaborar en ella; ahí publica “El pecado original de la Universidad Mexicana” y “A guisa de prólogo”, entre otros artículos. Cuando Vasconcelos se exilia (1929) deja la dirección de la revista a Ramos. El vínculo entre Vasconcelos y Ramos es, por tanto, de suma importancia para la comprensión de *El perfil...* No se trata de una simple amistad o de una relación laboral; lo que une a ambos personajes es una preocupación particular: el proyecto nacional.

Samuel Ramos se incorpora a un México donde el grupo de los Contemporáneos pretende reformular la *cultura* del país.

Durante los años treinta surge una reacción contra el nacionalismo revolucionario que, paradójicamente, va a convertirse en la principal responsable de la codificación e institucionalización del mito del carácter mexicano. En efecto, el grupo de escritores que tienen su origen en la revista *Contemporáneos* (1928-1931), por boca de su filósofo —Samuel Ramos— es el que curiosamente contribuye más a inventar

¹⁶ Juan Hernández Luna, *op. cit.*, p. 89.

el perfil del *homo mexicanus*. En esa época volvieron a tener auge en Europa y en Estados Unidos los anticuados estudios sobre el carácter nacional a los que fueron aficionados muchos sociólogos y psicólogos del siglo XIX. De alguna forma se deja sentir en México la nefasta influencia de Georges Sorel, de Gustave Le Bon y de Ortega y Gasset, quienes contribuyen a inyectar en la clase media intelectual un verdadero pánico a la masificación del hombre moderno y al progreso de la sociedad industrial. Surge como alternativa el tipo de reflexión que, por ejemplo, popularizó ese conde báltico disfrazado de filósofo alemán, como han llamado acertadamente a Keyserling, quien recorría el mundo repartiendo verdades sobre las almas nacionales.¹⁷

A partir de una idea de cultura europea comenzará su examen de la cultura mexicana. En 1928, Ramos publica su primer libro, *Hipótesis*. En él recupera artículos publicados durante el periodo 1924-1927. “En 1932 Ramos publica en la revista *Examen*, dirigida por Jorge Cuesta, sus artículos ‘Psicoanálisis del mexicano’ y ‘Motivos para una investigación del mexicano’. Los textos causaron tal escándalo que la Procuraduría consignó a Cuesta y Ramos por ultrajes a la Moral”.¹⁸ En 1934, aparece *El perfil...*, obra que, en su segunda edición (1938), incluye un apartado titulado “El indígena y la civilización”; finalmente, la tercera y definitiva edición de esta obra fue publicada en 1951. En ella se añaden otros siete ensayos y se omite el artículo agregado en la segunda edición. En 1940, Ramos publica *Hacia un nuevo humanismo*; en 1943, *Historia de la filosofía en México*, y en 1950, *Filosofía de la vida artística*.

La admiración por Vasconcelos no parece haber disminuido en los años posteriores; Ramos seguirá señalando como paradigma educativo la labor y proyectos de Vasconcelos. Así lo expresará en *Veinte años de educación en México*.¹⁹ Cabe destacar el desempeño de Ramos en puestos públicos y dentro del magisterio. Es nombrado Oficial Mayor de la Secretaría de Educación Pública en 1932. En 1940, obtiene la cátedra de estética en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Al año siguiente funda la cátedra de Historia de la Filosofía en México, en la misma facultad. Obtiene su doctorado en Filosofía por la UNAM en 1944 y, un año más tarde, es nombrado director de la Facultad de Filosofía y Letras, cargo

¹⁷ Roger Bartra, *La jaula de la melancolía*, De Bolsillo, México, 2006, pp. 18-19.

¹⁸ Guillermo Hurtado Pérez, *op. cit.*, p. 61.

¹⁹ Cfr. Samuel Ramos, *Veinte años de educación en México*, en *Obras completas*, Tomo II, UNAM, México, 1990.

que desempeñará hasta 1952, año en que ingresó al Colegio Nacional como miembro. En 1954 desempeña el cargo de Coordinador de Humanidades de la UNAM. Fallece el 21 de junio de 1959.

1.2 El sentimiento de inferioridad

Samuel Ramos publica *El perfil...* en 1934. El texto se convertirá, con el paso del tiempo, en una de las obras más influyentes en lo que respecta al estudio de la cultura nacional. Cientos de comentarios, libros, tesis, etcétera, se ocuparán de desentrañar los significados profundos del pensamiento ramosiano. Hoy resulta sorprendente comprobar que —como advierte Guillermo Hurtado—, en un principio, los trabajos de Ramos no gozaron de la entusiasta recepción que hoy solemos concebir.

Dicha recepción estuvo, evidentemente, provocada por el ambiente social y cultural del México postrevolucionario. Es fácil comprender que la descripción hecha por Ramos no era compatible con la idea propuesta por la sociedad de aquel entonces, tan llena de ilusiones merced al triunfo de la Revolución. Mientras el país se veía a sí mismo como un ente lleno de esperanza y posibilidades, la visión de Ramos señalaba ese lado oscuro que pretendía obviarse.

En *El perfil...*, la afirmación más conocida y polémica de Ramos —aquella donde establece el complejo de inferioridad del mexicano— articula el capítulo del “Psicoanálisis del mexicano”. En éste se plantea que

Al nacer México, se encontró en el mundo civilizado en la misma relación del niño frente a sus mayores. Se presentaba en la historia cuando ya imperaba una civilización madura, que sólo a medias puede comprender un espíritu infantil. De esta situación desventajosa nace el sentimiento de inferioridad que se agravó con la conquista, el mestizaje, y hasta por la magnitud desproporcionada de la Naturaleza.²⁰

²⁰ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, op. cit., p. 51.

Ramos presenta el argumento del sentimiento de inferioridad apoyado en las teorías del psicoanalista Alfred Adler. Éstas explicaban al hombre como parte de una dinámica basada en dos fenómenos: el complejo de inferioridad-superioridad.

Desde la edición original de *El perfil...* (1934), Ramos indica —en el preámbulo del “Psicoanálisis del mexicano”— que su obra se sustenta en las teorías psicológicas de Alfred Adler. En la tercera edición (1951) de *El perfil...*, Ramos agrega un prólogo donde expone de forma detallada su interpretación de la teoría psicoanalítica de Adler como fundamento teórico-metodológico para su obra. Ramos advierte que muchos pensadores han señalado la idea de inferioridad del pueblo mexicano —y, en términos generales, de los pueblos americanos—. Deduce que los rasgos característicos del “sentimiento de inferioridad”, destacado en la teoría psicoanalítica de Adler, se encuentran en gran número de mexicanos debido a que el país surgió de la Independencia en franca desventaja —inferioridad— con respecto a la civilización europea. Si bien este sentimiento se origina durante la Conquista y Colonia, es hasta la Independencia que se hace patente. En esta etapa histórica, el país presenta una débil organización en comparación con las naciones consolidadas. Además, al ser interpretados como experiencias negativas, los acontecimientos históricos del siglo XIX provocaron una auto-denigración en el espíritu de los mexicanos. De este modo, el principal error de la sociedad mexicana fue el no haber medido sus fuerzas reales y querer situarse al mismo nivel de las culturas europeas. Por consiguiente, de acuerdo con Ramos, es necesaria una interpretación sobre la manera de ser del hombre en México como un producto de las circunstancias históricas para que sea posible comprender la evolución de su alma, liberarlo del sentimiento de inferioridad y emprender su desarrollo cultural.

De la tesis central —el sentimiento de inferioridad en los mexicanos— se desprenden todos los planteamientos de Ramos. El sentimiento de inferioridad nace en el México independiente. Aunque dicho sentimiento se hace patente en el siglo XIX, Ramos rastrea su origen en la Conquista y en la época colonial.

Para Adler, todos los seres humanos cuando somos niños desarrollamos en mayor o menor grado ese sentimiento. En el argumento de Ramos el mexicano es, comparado con el europeo, como un niño, es decir, un ser inmaduro. La tesis de la inmadurez del mexicano que reformula Ramos fue una idea asumida de diversas

formas en nuestra cultura desde el siglo XVI; recordemos, por ejemplo, que los evangelizadores describían a los indios como niños. En el siglo XVIII este prejuicio se viste de un carácter científico y se afirma que en el clima de América los seres humanos no logran alcanzar su desarrollo normal. En el caso de Ramos, me parece que su idea de inmadurez del mexicano procede de la filosofía de la cultura del siglo XIX. En eso Ramos coincide con los positivistas mexicanos. Por tal razón todos ellos afirmaron que México requería de un proceso de evolución. La tesis de inmadurez del mexicano es una premisa central del argumento de Ramos a favor de que el mexicano padece un sentimiento de inferioridad. Hoy en día nadie defendería la tesis de la inmadurez del mexicano y, por lo mismo, nadie aceptaría la conclusión del argumento.²¹

El sentimiento de inferioridad aparece cuando el sujeto no calcula su verdadera fuerza respecto a los objetivos que persigue, es decir, cuando desea más de lo que sus destrezas le pueden proporcionar. Existe, por tanto, un desajuste o desequilibrio entre sus capacidades y sus metas. Se infiere que esta circunstancia genera frustración en el sujeto, ya que éste no ve cumplidos sus anhelos. Para Ramos este acontecimiento origina el sentimiento de menor valía.

Supuestamente, dicho sentimiento está presente en la mayoría de los mexicanos. Esto implica una anomalía colectiva de origen histórico. Entonces, los principales sucesos históricos de México han suscitado tal deficiencia colectiva.²² El recuento histórico de Ramos inicia con la Conquista, acontecimiento que se resume en el encuentro de las culturas prehispánicas con los conquistadores españoles. En aquel suceso, la inferioridad de los indígenas se muestra real, pues fueron derrotados y dominados. Se entiende que el sentimiento de inferioridad fue legado por los indígenas, quienes —de acuerdo con Ramos— sí eran inferiores. Hernández Luna lo explica de la siguiente manera:

El sentimiento de inferioridad en el mexicano tiene su origen en una serie de “accidentes históricos” que le han acaecido desde la Conquista. Aparece al ponerse los indígenas conquistados en contacto con los españoles conquistadores. Aquéllos

²¹ Guillermo Hurtado Pérez, *op. cit.*, p. 62.

²² Carlos Lepe Pineda advierte la falta de fundamentación en *El perfil...* respecto al sentimiento de inferioridad como resultado de la historia nacional: “Este sentimiento de inferioridad, insistimos, es un producto de la historia. Sin embargo, resulta al menos curioso que en *El perfil...* Ramos prácticamente no se detenga a demostrar históricamente dicha tesis.” Carlos Lepe Pineda, “Samuel Ramos”, en Rovira, Carmen (comp.), *Una aproximación a la historia de las ideas filosóficas en México. Siglo XIX y principios del XX*, UNAM, México, 1997, p. 948.

se dan cuenta de lo insignificante de su fuerza, de sus armas, de sus instituciones y de su cultura en comparación con las de éstos.²³

La época colonial, como segundo antecedente del origen del sentimiento de inferioridad, está marcada por varios factores. En primer lugar, el dominio de la iglesia:

Nos tocó el destino de ser conquistados por una teocracia católica que luchaba por sustraer a su pueblo de la corriente de ideas modernas que venían del Renacimiento. Apenas organizadas las colonias de América, se les impuso una reclusión para preservarlas de la herejía, cerrando los puertos y condenando el comercio con los países no españoles. De manera que el único agente civilizador en el Nuevo Mundo fue la Iglesia Católica que, en virtud de su monopolio pedagógico, modeló las sociedades americanas dentro de un sentido medieval de la vida. No sólo la escuela, sino la dirección de la vida social quedó sometida a la Iglesia, cuyo poder era semejante al de un Estado dentro de otro.²⁴

Se trató de reproducir la vida de España en la Nueva España, con la ventaja de no tener la intromisión de los países europeos —las ideas—. “Los vehículos más poderosos de esta trasplatación fueron dos: el idioma y la religión”.²⁵ Estos elementos, implantados por los evangelistas y conquistadores españoles, debían ser interiorizados como una derivación de la cultura original: la española. Sin embargo, la estratificación social en la Colonia no permitió que se desarrollaran las capacidades de los mexicanos, ya que todo estaba monopolizado por la iglesia y el Estado. No existía libertad de pensamiento y todo proceso intelectual estaba coaccionado por los dogmas de la iglesia. Además,

Una vez establecida cierta organización social, política y económica, la Nueva España no podía reproducir de modo íntegro la vida de la metrópoli. Ya el hombre no era el mismo, pues el indio había alterado su fisonomía blanca con un matiz de color. Vivía en otra tierra, respiraba otra atmosfera, mirando otro paisaje; en suma, habitaba un mundo nuevo.²⁶

La realidad americana —dice Ramos en el apartado de “La servidumbre colonial”— era un ambiente “primitivo” que presentaba muchas dificultades y retos para el

²³ Juan Hernández Luna, *op. cit.*, p. 139.

²⁴ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, *op. cit.*, pp. 29-30.

²⁵ *Ibidem*, p. 29.

²⁶ *Ibidem*, p. 34.

descendiente del conquistador. Se trataba de un mundo primitivo que no respondía a su espíritu; además, la rígida jerarquía social no permitía la movilidad social. En su conjunto, estos factores engendraron una “ineptitud para la vida” y una “falta de voluntad” —como la llama Ramos— en el mexicano. En suma, el descendiente del español no comprende su realidad y, por ende, se encuentra imposibilitado para transformarla.

Según Ramos, la clase media de la época colonial es obediente e irreflexiva. La Colonia es dirigida por España a través de los peninsulares y del clero. Por ello, afirma Ramos que “Las profesiones se reducían casi a dos: la de cura o la de ‘licenciado’. La mejor oportunidad que tenía de vivir la clase media era la burocracia”.²⁷ Entonces, el sentimiento de inferioridad pervive en la Colonia a través de la inactividad y la estigmatización surgida de la jerarquización social. Sólo un grupo tiene la posibilidad de mejorar sus condiciones de existencia.

En el apartado “Notas para una filosofía de la historia de México”, Ramos sigue a Justo Sierra en su exposición de la historia mexicana del siglo XIX. Los únicos acontecimientos que tienen un estatus histórico durante esa centuria son la independencia de España y la Guerra de Reforma. En la Independencia, fue un grupo criollo quien se consideró capaz de gobernarse a sí mismo; percibían que la tutela de España llegaba a su fin al haber demostrado ineptitud para gobernar las tierras americanas. Por su parte, la Guerra de Reforma fue motivada por la necesidad de crear una conciencia nacional —recuérdese que ya se había perdido una enorme parte de territorio— y eliminar la estructura colonial que aún pervivía en las clases privilegiadas; principalmente, esto atañía al clero. Se apoyaba, pues, en las ideas de justicia y de transformación social.²⁸

A pesar de los ánimos que suscitó el movimiento independentista, en el siglo XIX salen a la luz todas las deficiencias engendradas en la Colonia: la “ineptitud para la vida” y la “falta de voluntad”. La Colonia crea un hombre deficiente e incapaz de afrontar su realidad. Ramos presenta al mexicano del siglo XIX como un ser inmaduro que aún no estaba listo para emanciparse de España. En este sentido,

²⁷ *Ibidem*, p. 35.

²⁸ Cfr. Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, op. cit., pp. 25-28.

Ramos interpreta el México del siglo XIX como un infante que, al tratar de medir sus fuerzas con las naciones consolidadas (maduras), sólo puede esperar el fracaso. Ahondando en esta idea de Ramos, Abelardo Villegas (1960) explica que

El mexicano se estima a sí mismo de acuerdo con una escala de valores que es propia de la cultura europea, y es natural que un país que apenas cuenta con un siglo y medio de vida independiente no resista la comparación. De esta comparación entre la realidad propia y la ajena surge, ha surgido, ese sentimiento de inferioridad, esa creencia casi *a priori* de que lo nuestro es malo, deficiente.²⁹

Los mexicanos se quisieron poner a la altura de las grandes naciones europeas —culturas maduras—, al no lograrlo, se hizo evidente el sentimiento de inferioridad. Como mecanismo psicológico de defensa se recurre a la imitación para calmar la frustración, es decir, la sensación de fracaso.

Los fracasos de la historia mexicana en el siglo XIX no se deben a una interna deficiencia de la raza, sino a la excesiva ambición de las minorías dirigentes, que, obcecadas por planes fantásticos de organización nacional, pasaban por alto los verdaderos problemas del pueblo mexicano. La realidad, al comenzar la independencia, era ésta: una raza heterogénea, dividida geográficamente por la extensión del territorio. Una masa de población miserable e inculta, pasiva e indiferente como el indio, acostumbrada a la mala vida; una minoría dinámica y educada, pero de un individualismo exagerado por el sentimiento de inferioridad, rebelde a todo orden y disciplina. El problema más urgente era entonces el económico y el de educación, mientras que el problema político era secundario.³⁰

El mexicano se siente incapaz e inferior frente a la civilización europea, pero mitiga su conciencia a través de la imitación irreflexiva. Entonces, resuelve su problema trasladando los modelos europeos sin calcular si se ajustan o no a su realidad. Los mexicanos decimonónicos imitaron los sistemas políticos, culturales y educativos de Europa. Asimismo, el liberalismo, el positivismo y el jacobinismo, son ideologías copiadas.

Desde entonces —de acuerdo con Ramos— la imitación irreflexiva se ha interiorizado en el comportamiento de la población alterando los verdaderos elementos del carácter mexicano. En su lugar quedan rasgos nocivos que han

²⁹ Abelardo Villegas, *La filosofía de lo mexicano*, México, UNAM, México, 1979, p. 121.

³⁰ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, *op. cit.*, p. 40.

paralizado el despliegue cultural, así como la construcción de ideas apropiadas a la circunstancia nacional.

1.3 Rasgos del sentimiento de inferioridad en el carácter mexicano

Para Ramos, el sentimiento de inferioridad tiene un origen histórico y se revela a través del comportamiento de los mexicanos. Varios de los críticos y comentaristas advierten, más allá de la tipología, la existencia de rasgos en el carácter mexicano que delatan el sentimiento de inferioridad. Estos rasgos se manifiestan de forma peculiar en cada sector —“pelados”, ciudadanos o burgueses—. Por este motivo, la tipología suele ser un tema secundario o un aspecto que sirve para ilustrar cómo el sentimiento de inferioridad es compartido por todos los mexicanos.

En general, el rasgo que más se resalta en *El perfil...* es el mimetismo.³¹ El mimetismo es sólo un mecanismo de defensa frente a la inferioridad. De ahí que la clase dirigente del siglo XIX —los primeros en sentir la inferioridad— creara una ficción de cultura para hacer frente a la realidad que los hacía desdichados. Así lo explica Abelardo Villegas,

Con la imitación el mexicano quiere convencerse de que su realidad sí es apta para realizar los grandes valores de la cultura, pero si quiere convencerse de ello es porque en fondo lo duda, porque se siente inferior. Por tanto, la duda es anterior a la imitación pues surge en el momento mismo de la comparación. La imitación proviene del querer ocultar esa duda, esa noción de realidad. De aquí que Ramos insista en que el defecto no reside en nuestra cultura sino en la imitación que nos oculta su verdadera realidad.³²

El filósofo Hernández Luna fue quien mejor detalló los seis rasgos del sentimiento de inferioridad en la obra de Ramos: artificio, desconfianza, actividad irreflexiva, susceptibilidad, impulsividad y pasión.³³ Para Hernández Luna, el artificio se hace patente desde la Independencia, época en la que el mexicano traslada ideas, teorías

³¹ Abelardo Villegas, *La filosofía de lo mexicano*, op. cit., p. 122. Como ejemplo, Villegas acepta la tesis principal de Ramos sobre el sentimiento de inferioridad, pero explica cómo de este sentimiento afloran diversas conductas psicológicas entre las que se destaca la imitación.

³² *Idem.*

³³ Cfr. Juan Hernández Luna, op. cit., pp. 131-136.

y formas de vida occidentales (francesas) al ámbito nacional sin considerar las características y necesidades propias del pueblo. Podemos decir, por tanto, que el artificio se equipara al mimetismo.

La desconfianza es un rasgo que tergiversa la percepción de la realidad del mexicano; se trata de “una forma *a priori* de su sensibilidad”.³⁴ Según Ramos, se trata de una desconfianza sin fundamento que abarca ideas, valores y formas de vida trasladadas al resto de los mexicanos. En suma, se desconfía de todo. Pareciese que la desconfianza no tiene origen ni explicación. Dicha cuestión podría ser debatible, porque —siguiendo la lógica de Ramos— en el ámbito del psicoanálisis nada es gratuito, todo tiene una explicación y, por ende, resulta incomprensible una desconfianza sin razón u origen.

Ramos dice que el mexicano siempre está a la defensiva, es susceptible y todo lo interpreta como una ofensa. La susceptibilidad le hace temer lo que no controla; lo desconocido le genera miedo por lo que pueda suceder. De ahí que la actitud defensiva en el mexicano le ocasione peleas; riñe por cualquier motivo, pues interpreta que lo están ofendiendo. Bajo esa lógica llega a cambiar la dinámica y se convierte en ofensor. Dado que entiende o siente que todos lo desprecian y lo humillan, ahora es el primero en insultar. De aquí, Ramos infiere que estas reacciones lo llevan “hasta a cometer delitos innecesarios”.³⁵

En cuanto a la actividad irreflexiva, ésta hace referencia a un mexicano sin ambiciones y sin expectativas sobre su vida. Los mexicanos no son constantes, no se esforzarán por un proyecto que les requiera trabajo arduo, constancia y resultados a futuro. Ramos considera que esta reacción se debe a la falta de reflexión, la cual suprime el futuro como una dimensión de la vida. No piensa en lo venidero; no planea ni proyecta. De ahí que, para Ramos, el mexicano no conoce ni asume su “destino”. Para Abelardo Villegas, la falta de actividad reflexiva se debe a un legado vicioso, tanto de los indígenas como de los españoles conquistadores:

Hay otros defectos del carácter mexicano que se complican con el sentimiento de inferioridad, tales como la inercia o “egipticismo” heredado del indio, y como la pereza heredada del español que vino a las colonias para dejar de trabajar. Debido

³⁴ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, op. cit., p. 58.

³⁵ *Ibidem*, p. 60.

a ambos factores nunca hay una verdadera voluntad en el mexicano para cambiar su circunstancia que le parece defectuosa. Y desde el mismo punto de vista, también la imitación es producto de estas notas del carácter mexicano. Si imitamos no sólo es para ocultar la situación real de nuestra circunstancia, sino también porque nos invade cierta pereza para inventar soluciones auténticamente mexicanas. Además de un defecto de valoración padecemos una pereza y una inercia casi atávicas. Y si a todo lo dicho añadimos que vivimos en un territorio pobre, sin recursos, que no hacemos la figura del mendigo sentado en un montón de oro, como se pensó en la época de Humboldt, ya podremos explicarnos la situación presente y podremos hablar de las posibilidades del mexicano.³⁶

En esta interpretación, Villegas explica la apatía, pereza y falta de reflexión como la predisposición a prolongar las formas de existencia transmitidas por nuestros antepasados. En el apartado “El ‘egipticismo’ indígena”, Ramos describe a los indígenas como seres pasivos, indiferentes y antitéticos al proceso civilizatorio. En el apartado “La servidumbre colonial”, explica cómo la misma administración de las colonias propició el desdén por el trabajo, ya que el sistema de castas sólo permitía privilegios a los peninsulares, lo cual provocaba la resignación y la pereza en los criollos. De las culturas indígenas se hereda la pasividad; de los criollos, la resignación. Aunque para Villegas este rasgo es independiente del sentimiento de inferioridad, se suma a los vicios y deficiencias que impiden conocernos como realmente somos.

La impulsividad hace referencia a los instintos y a las emociones no controladas. El mexicano es un ser escandaloso —para Ramos sería vulgar—; el mínimo acontecimiento detona su ira. La impulsividad hace del mexicano un ser escandaloso, gritón, fanfarrón... el mexicano quisiera ser valiente. De esta característica brota el patriotismo matizado de hombría y valentía.

La pasión, para Hernández Luna,³⁷ es el rasgo que más ha destacado en la historia nacional. Se puede apreciar que los acontecimientos históricos adquirieron un vigor pasional en distintas versiones: religiosa, antirreligiosa, política, etc. Ramos y su biógrafo comprenden la pasión como ánimo de polemizar, de discutir, de enfrentar ideas, de imponer una visión de la realidad. Bajo esta perspectiva, la pasión es un frenesí desmedido, no un entusiasmo por hacer, saber o actuar. En

³⁶ Abelardo Villegas, *La filosofía de lo mexicano, op. cit.*, p. 123.

³⁷ Cfr. Juan Hernández Luna, *op. cit.*, p. 134.

este sentido —de acuerdo con Ramos— la pasión es un rasgo negativo del carácter mexicano, ya que es descontrolada y extrema. Los planos político, científico, artístico e intelectual son llevados al extremo pasional, con lo cual pierden toda objetividad. La pasión se experimenta como una inclinación vehemente o una perturbación; por lo tanto, se aleja de la reflexión y no es deseable.

1.4 Tipología del mexicano en Ramos

En el capítulo “Psicoanálisis del mexicano” Ramos describe los modos en que se revela el sentimiento de inferioridad en tres tipos mexicanos: el “pelado”, el mexicano de la ciudad y el burgués mexicano. A continuación, trataremos de describir el comportamiento de cada uno.

1.4.1 El pelado

Para Ramos, el “pelado” se caracteriza por llevar “su alma al descubierto, sin que nada esconda en sus más íntimos resortes”.³⁸ Se trata de un individuo identificado con la clase social baja, cuya instrucción es mínima y, acaso por este motivo, también su formación religiosa: “En la jerarquía económica es menos que un proletario y en la intelectual un primitivo”.³⁹ Dicha personalidad lo lleva a ostentar “cínicamente ciertos impulsos elementales que otros hombres procuran disimular. El ‘pelado’ pertenece a una fauna social de categoría ínfima y representa el desecho humano de la gran ciudad”.⁴⁰

El sentimiento de inferioridad en este personaje se infiere —afirma Ramos— de su actitud resentida ante la vida. Se comprueba en la imagen ficticia que crea para demostrar, ante los demás, una superioridad que esconda “su situación real

³⁸ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, op. cit., p. 53.

³⁹ *Ibidem*, p. 54.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 53.

en la vida, que es la de un cero a la izquierda”.⁴¹ Como para Ramos este personaje es irracional, resulta lógico que nos explique sus manifestaciones del sentimiento de inferioridad mediante la construcción —a modo de compensación— de una superioridad dirigida únicamente a exaltar aspectos instintivos presentes en todo ser humano: “Para el ‘pelado’, un hombre que triunfa en cualquier actividad y en cualquier parte, es porque tiene ‘muchos huevos’. Citaremos otra de sus expresiones favoritas: ‘Yo soy tu padre’, cuya intención es claramente afirmar el predominio”.⁴²

1.4.2 El mexicano de la ciudad

Para Ramos, este segundo tipo del mexicano se caracteriza por formar parte del proletariado. Se trata, por ende, de una suerte de estadio superior al pelado, pues su incorporación al mundo moderno —el trabajo asalariado— de alguna forma le permite acceder al conocimiento de la cultura superior. Acaso por este mayor acercamiento con la clase dominante, el mexicano de la ciudad se halla signado por la desconfianza. “No es una desconfianza de principio, porque el mexicano generalmente carece de principios. [...] Su desconfianza no se circunscribe al género humano; se extiende a cuanto existe y sucede. Si es comerciante, no cree en los negocios; si es profesional, no cree en su profesión; si es político, no cree en la política”.⁴³ El mexicano de la ciudad —para Ramos— se caracteriza por el hecho de que “No tiene ninguna religión ni profesa ningún credo social o político. Es lo menos ‘idealista’ posible. Niega todo sin razón ninguna, porque él es la negación personificada”.⁴⁴ Se trata, por tanto, de un estado intermedio. Es menos que el burgués, pero más que un “pelado”.

⁴¹ *Ibidem*, p. 54.

⁴² *Ibidem*, p. 55.

⁴³ *Ibidem*, p. 58.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 59.

1.4.3 El burgués mexicano

El tercer tipo identificado por Ramos —el burgués mexicano— es un ser paradójico. Por una parte, podría considerársele como el estadio superior de la estratificación social, ya que conforma “el grupo más inteligente y cultivado de los mexicanos”⁴⁵ merced a su aceptación y reproducción de la superioridad cultural y moral europeizada; por el otro, sin embargo, ese impulso imitativo es —para Ramos— el origen de su inferioridad, toda vez que:

El mundo civilizado se transforma, surgen nuevas formas de vida, del arte y del pensamiento, que el mexicano procura imitar a fin de sentirse a igual altura de un hombre europeo; mas en el fondo, el mexicano de hoy es igual al de hace cien años, y su vida transcurre dentro de la ciudad aparentemente modernizada, como la del indio en el campo: en una inmutabilidad egipcia.⁴⁶

El “burgués mexicano” sufre su inferioridad oculto tras la apariencia propia de las clases altas. Se trata de un embaucador incapaz de ocultar el artilugio, un remedo involuntario o la caricatura de un hombre moderno, culto y civilizado a quien el cambio súbito en las circunstancias le hacen desprenderse de la máscara: “todo mexicano de las clases cultivadas es susceptible de adquirir, cuando un momento de ira le hace perder el dominio de sí mismo, el tono y el lenguaje del pueblo bajo”.⁴⁷

El conflicto del burgués mexicano está motivado por las posibilidades económicas y políticas que ha logrado adquirir. A diferencia del “pelado” y del “proletario” o mexicano de la ciudad, el burgués mexicano posee una serie de aspectos que lo ubican en el intersticio entre la cultura baja de la cual ha logrado escapar y la alta cultura a la cual aspira infructuosamente acceder.

Necesita convencerse de que los otros son inferiores a él. No admite, por lo tanto, superioridad ninguna y no conoce la veneración, el respeto y la disciplina. Es ingenioso para desvalorizar al prójimo hasta el aniquilamiento. Practica la maledicencia con una crueldad de antropófago. El culto del *ego* es tan sanguinario como el de los antiguos aztecas; se alimenta de víctimas humanas. Cada individuo vive encerrado dentro de sí mismo, como una ostra en su concha, en actitud de

⁴⁵ *Ibidem*, p. 62.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 64.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 62.

desconfianza hacia los demás, rezumando malignidad, para que nadie se acerque. Es indiferente a los intereses de la colectividad y su acción es siempre de sentido individualista.⁴⁸

La diferencia entre los tipos analizados por Ramos, aparentemente se halla en cómo manifiestan su sentimiento de inferioridad: el resentimiento y la falta de moral en “el pelado” corresponden a la ausencia de principios morales y la falta de autoconfianza en el “mexicano de la ciudad”, y a la violencia y altanería del “burgués mexicano”. Se trata, pues, de tres manifestaciones distintas de un mismo problema.

1.5 Arquetipos de lo mexicano en los que emerge el “sentimiento de inferioridad”

En *El perfil...*, Samuel Ramos presenta la tesis del sentimiento de inferioridad; trata de comprobarla a través del análisis de tres tipos mexicanos en los que identifica rasgos que justifican su teoría. Nos parece importante tratar de identificar a los grupos examinados en el capítulo “Psicoanálisis del mexicano”.

En una primera lectura, parece muy clara la tipología de Ramos: el “Pelado”, el mexicano de la ciudad y el burgués mexicano. Empero, cuando el mismo Ramos trata de establecer diferencias entre los tres tipos, surgen algunas dudas y contradicciones que aumentan en el capítulo de “La cultura criolla”. Esta cuestión la abordaremos con mayor profundidad en el siguiente capítulo, pues es necesario analizar el porqué de esas contradicciones; sin embargo, ahora es preciso asentar que este aspecto resulta crucial en la interpretación tradicional. Los filósofos que se han ocupado de la obra ramosiana presentan disparidades y contradicciones. En suma, no existe un punto de acuerdo.

En 1956, en *Samuel Ramos. Su filosofar sobre lo mexicano*, Hernández Luna afirma que la tipología de *El perfil...* simboliza a las capas sociales baja, media y alta:

⁴⁸ *Ibidem*, p. 65.

Guiado por la doctrina adleriana, Ramos examina el ser psíquico de tres tipos sociales que le parecen representativos de nuestra vida nacional: el “pelado”, el “mexicano de la ciudad” y el “burgués mexicano”. Ellos son como tres planos o capas del alma nacional. El “pelado” representa la capa psíquica más baja, el “mexicano de la ciudad” la media, y el “burgués mexicano” la superior.⁴⁹

Es Hernández Luna quien consolida la relación de los tipos analizados por Ramos con los estratos sociales; inferior, medio y superior. En adelante, casi todos los estudiosos de Ramos se adherirán a la interpretación de la tipología del mexicano bajo un carácter social, es decir, siguiendo la lógica de una estratificación social: clase baja, clase media y clase alta.

En 2002, Marco Arturo Toscano Medina escribe *Una cultura derivada: el filosofar sobre México de Samuel Ramos*. Este filósofo profundiza en el pensamiento de Ramos, ya que ofrece una estructura bastante completa y metódica. Elabora una interpretación de *El perfil...* en la que considera la mayoría de las obras del autor como componentes de un sistema filosófico que obedece a una lógica y coherencia en la elaboración de cada planteamiento.

Respecto al “Psicoanálisis del mexicano”, Toscano es capaz de relacionar la tipología con la concepción ontológica del ser humano desarrollada por Ramos en *Hacia un Nuevo Humanismo*.

Resulta significativa la selección de los tipos sociales que hace Ramos para mostrar el sentimiento de inferioridad que forma parte del ser mexicano. Es significativa porque concuerda con su caracterización de las tres capas o estratos del ser del hombre que para Ramos conforman su existencia; tengamos presente que las comunidades sociales o culturales constituyen un individuo, una unidad que en cierta manera reproduce el ser del hombre: El “pelado”, el “mexicano de la ciudad” y el “burgués mexicano”. Ellos —dice Hernández Luna en su interpretación de Ramos— son como tres planos o capas del alma nacional. El “pelado” representa la capa psíquica más baja, el “mexicano de la ciudad” la media y el “burgués mexicano” la superior.⁵⁰

Es fácil advertir que Toscano concuerda con Hernández Luna en la interpretación de los tipos de mexicanos en *El perfil...*, es decir, que la clasificación corresponde a planos sociales. Toscano, sin embargo, tiene el mérito de vincular las

⁴⁹ Juan Hernández Luna, *op. cit.*, p. 130.

⁵⁰ Marco Arturo Toscano Medina, *Una cultura derivada: el filosofar sobre México de Samuel Ramos*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, 2002, p. 217.

características que distinguen a cada grupo con las estructuras ontológicas del ser humano advertidas en el sistema filosófico de Ramos:

Apoyándose en Ortega y Gasset, Ramos reconoce en el ser del hombre tres capas: *la vitalidad, el alma y el espíritu*. La vitalidad es la base de la estructura ontológica del hombre, a ella pertenecen los instintos, el placer, el dolor; es una unidad psicofísica, que determina el carácter de cada hombre, es la vida del *cuerpo, lo inconsciente*; es el sustento del yo aunque no se identifica con él; sin embargo, dice Ramos, en algunas personas llega a ser la fuerza dominante, los niños y los salvajes son ejemplo de esto (Ramos retoma esta idea en su estudio del mexicano).⁵¹

Toscano ilustra cómo el autor de *El perfil...* se apoya en Ortega y Gasset para distinguir la vitalidad, el alma y el espíritu como tres regiones o estructuras ontológicas en el ser humano. Lo importante es cómo Toscano subraya que a cada estructura corresponden características que pueden prevalecer y, por ende, determinar la existencia de una persona o grupo. Así, a la estructura o región vital corresponden los instintos; en el alma habitan los sentimientos; y en el espíritu radica la voluntad y la inteligencia.⁵²

Las tres regiones se nutren recíprocamente y forman a la persona humana —el yo—. No obstante, Toscano advierte que —en el pensamiento de Ramos— la inteligencia es el eje rector de la existencia humana. Por consiguiente, las emociones y sentimientos, así como su experiencia subjetiva, deben quedar en un segundo orden de importancia. En consecuencia, el problema estriba en que las regiones del alma o de la vitalidad predominen en la personalidad del hombre. Este desajuste —dice Toscano— se encuentra en los tipos analizados en *El perfil...*

El análisis psicológico del mexicano se concentra entonces en la primera y segunda capas, la vitalidad y el alma. Los elementos que se manejan son el inconsciente y las pasiones. En su obra *Historia de la filosofía en México*, Ramos buscó principalmente determinar la vida del espíritu, pensamiento y voluntad, del mexicano; en su texto *El perfil del hombre y la cultura en México* analiza las dos capas restantes del mexicano.⁵³

⁵¹ *Ibidem*, p. 188.

⁵² *Cfr. Idem*.

⁵³ *Ibidem*, p. 211.

En este sentido, fácil es colegir que —para Toscano— la clasificación de Samuel Ramos se desdobra en dos ámbitos: el social y el existencial. Las tipologías descubren la forma de manifestación del sentimiento de inferioridad en los distintos sectores socioeconómicos de la sociedad. Simultáneamente, los tipos descritos por Ramos representan cómo la vitalidad o el alma someten la existencia de algunos mexicanos. Se explica que los instintos, pasiones, sentimientos y emociones predominantes en la vida del mexicano frenan el desarrollo de la inteligencia o de la razón.

Ahora bien, la doctora Rovira admitió en 2004 que,

En los diferentes capítulos que forman *El perfil...*, Ramos realiza interesantes enfoques sobre lo que es el ser del mexicano, sus conflictos y problemas esenciales; entre dichos capítulos podemos citar el dedicado al ‘Psicoanálisis del mexicano’, en el que analiza los caracteres peculiares de aquellos que conforman las distintas capas sociales.⁵⁴

Si bien la doctora Rovira está de acuerdo con Hernández Luna en que Ramos examina a las diversas capas sociales, será la primera en advertir que la cultura criolla es un grupo distinto al abordado en el “Psicoanálisis del mexicano”. En la siguiente cita, señala los tipos mexicanos que logra identificar en *El perfil...* Nos dice que Ramos “expone aquellas características esenciales de diversos tipos mexicanos: ‘el pelado’, ‘el mexicano de la ciudad’, ‘el burgués mexicano’, ‘la cultura criolla’, es este último, según nuestro parecer, uno de los más interesantes junto con el titulado ‘El abandono de la cultura en México’”.⁵⁵

De esta cita se advierte que la doctora Rovira considera a la “cultura criolla” como una capa social distinta al “mexicano de la ciudad” designado por Hernández Luna como la capa media, misma que Toscano asocia con la cultura criolla.

⁵⁴ María del Carmen Rovira Gaspar, “Samuel Ramos”, en Alberto Saladino García, (comp.), *Humanismo mexicano del siglo XX*, Tomo 1, UAEMex, Toluca, 2004, p. 393.

⁵⁵ *Idem.*

1.6 La cultura criolla (imitación y derivación)

Samuel Ramos plantea dos propuestas para eliminar el sentimiento de inferioridad presente en el pueblo mexicano: la educación y el rescate de la cultura criolla. Por consiguiente, es indispensable que analicemos cada una de estas propuestas.

Para Samuel Ramos es evidente que el mexicano debe hacerse consciente del sentimiento de inferioridad que lo caracteriza para, de ese modo, estar en condiciones de erradicar los comportamientos negativos de su ser; sin embargo, el filósofo también asienta contundentemente que es prácticamente imposible que el mexicano logre realizar dicho cambio por sí mismo. Por eso, advierte la necesidad de educar a las nuevas generaciones bajo principios y valores humanos que propicien la construcción de un nuevo hombre. Lepe Pineda considera que, para el filósofo michoacano, este hombre “debe ser concebido como algo concreto e integral. El ser humano para Ramos, sin embargo, no puede pensarse como pura inmanencia. El ámbito trascendente de su ser viene dado por los valores y por considerar a éstos como verdaderos fines de la vida humana. El deber será el motor que mueva a los hombres a la perfección”.⁵⁶

Es preciso —señala Ramos— iniciar una reforma moral que permita la formación del espíritu mexicano. Este crecimiento revelará su verdadera esencia, ya que lo despojará del sentimiento de inferioridad. Ahora bien, es indispensable que este proceso de formación se finque en la dimensión espiritual del hombre. “Para Ramos el mexicano es un ser defectivo. La solución a su problema dependerá exclusivamente de una acción educativa realmente transformadora que llegue a lo más profundo de su ser”.⁵⁷ Recuérdese que, para Ramos, la capa o región espiritual es la que debe regir el “yo”, es decir, al hombre concreto; el intelecto y la voluntad guiarán el actuar del mexicano con ética y responsabilidad.

Al leer *El perfil...* podemos advertir que Ramos postula una hipótesis sencilla: la educación es el medio idóneo para “mejorar” al pueblo mexicano. Esto pareciera no tener objeción alguna. Ahora bien, es necesario identificar que, detrás de esta

⁵⁶ Carlos Lepe Pineda, “Samuel Ramos”, *op. cit.*, p. 954.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 953.

propuesta, se ubica una postura no tan inobjetable. Si la educación tiene por finalidad configurar la conducta a través de los principios de un nuevo humanismo, los valores que regirán el comportamiento y la actividad del mexicano serán los vislumbrados por Ramos en el grupo que denomina “Cultura Criolla”.

La reivindicación de la cultura criolla se basa en una suerte de vínculo intrínseco entre la cultura de nuestro país y su pasado. La cultura criolla es concebida como aquel sector de la sociedad mexicana al que el filósofo michoacano le reconoce el haber asimilado los elementos españoles al ambiente mexicano. Se refiere, por consiguiente, al sector provinciano que ha logrado mantener viva la herencia de los españoles vencedores. Esta cultura criolla tiene como característica fundamental el haber incorporado los valores y principios de la religiosidad católica a todas las dimensiones de su vida. Ramos la describe de la siguiente manera:

Por su calidad, la clase media ha sido el eje de la historia nacional y sigue siendo la substancia del país, a pesar de que es cuantitativamente una minoría. En esta clase, los conceptos de familia, religión, moral, amor, etc., conservan el cuño europeo, modificado —aun empobrecido si se quiere— pero actuando como realidades vitales, de suerte que es justo considerarlos como una cultura media, asimilada a nuestra ubicación geográfica, que denominaremos *cultura criolla*.⁵⁸

Como ejemplo mexicano de cultura criolla, Ramos evoca a los Ateneístas. Este grupo reaccionó contra la represión del positivismo porfiriano al intuir que la vida humana guarda un sentido espiritual. Si bien no pugnaron por revitalizar al catolicismo, sí compartían el interés por la moralización de México. El autor de *El perfil...* ve, en el Ateneo de la Juventud, a un grupo de intelectuales que asumieron la espiritualidad como una necesidad humana y, por tanto, aspiraban a la alta cultura o cultura superior, mas “no encontrándola fuera en el mundo en que vivían, la realizaron dentro de sí mismos. Ellos fueron el alma de México, pero un alma...sin cuerpo”.⁵⁹ Los ateneístas encarnan un caso excepcional, ya que su entorno político y social no era propicio para el desarrollo cultural. Les fue imposible perfeccionar y transmitir una cultura superior debido a que la realidad no era compatible con su proceso espiritual. Guillermo Hurtado —al notar este conflicto— hace hincapié en el

⁵⁸ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, op. cit., pp. 67-68.

⁵⁹ *Ibidem*, pp. 80-81.

desafío de construir un pensamiento en una situación que, lejos de acotarse en su particularidad —lo mexicano—, sea idónea para enriquecer la experiencia y comprensión humana:

En *El perfil del hombre y la cultura en México* Ramos sostuvo que la cultura mexicana es una cultura criolla, derivada de la cultura europea. Sin embargo, Ramos pide a los mexicanos que piensen como mexicanos, no como europeos. El filósofo mexicano tiene que estar consciente de que está situado *en México*. Que además de eso sea capaz de hacer una filosofía distintivamente mexicana es otra cosa.⁶⁰

Para comprender la propuesta de Ramos es preciso penetrar en su noción de “cultura”. La esencia de toda cultura radica —explica el filósofo en *El perfil...*— “en un modo de ser del hombre, aun cuando en éste no exista impulso creador”.⁶¹ Para Ramos, las culturas que poseen obras producto de un impulso creador que exalta peculiaridades originales, merecen el reconocimiento de *culturas objetivas*. La ausencia del tal impulso sólo indica que se trata de *culturas subjetivas*. Este término, aunque señala una disminución, no implica una negación de la calidad “cultural”. Ramos explica que “una cultura está condicionada por cierta estructura mental del hombre y los accidentes de su historia”,⁶² mismos que en determinadas circunstancias llegan a entorpecer o frenar la producción cultural.

La distinción entre cultura objetiva y cultura subjetiva resulta imprescindible para este estudio. Al emprender el análisis del caso mexicano, inmediatamente Ramos pone en entredicho la existencia de una cultura mexicana objetiva capaz de resaltar características originales o propias: “Graves problemas están todavía en pie a causa de la separación entre la cultura que edificó nuestras catedrales y la otra, la de *nuestras* ruinas, que al encontrarse no pudieron engendrar una síntesis nueva”.⁶³ Dicha definición —consideramos— tiene como motivación fundamental el justificar que el estudio se limite al análisis de la estructura mental del mexicano, es decir, de aquellas características y antecedentes históricos que podrán hacer surgir un tipo de cultura.

⁶⁰ Guillermo Hurtado Pérez, *op. cit.*, p. 65.

⁶¹ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, *op. cit.*, p. 19.

⁶² *Ibidem*, p. 20.

⁶³ *Ibidem*, p. 76.

Abelardo Villegas conjetura que Ramos se vio en la necesidad de crear el concepto de cultura subjetiva debido a que, en una concepción tradicional de la cultura —cultura objetiva—, los mexicanos no podrían aportar algo. Desde la perspectiva de Ramos, las obras de los mexicanos carecen de originalidad. Lo único original que encuentra Ramos es la propia persona, de ahí que conciba una idea de cultura arraigada en una forma de ser.⁶⁴

En *El perfil...* también se infiere otra división entre “culturas originales” —culturas puras sería otra forma de concebirlas— y culturas derivadas. Las primeras son “más antiguas, han germinado y crecido en el mismo suelo que sustenta sus raíces”;⁶⁵ en tanto que las segundas “se han constituido con el injerto de materiales extraños que provienen de una cultura pretérita, la cual, rejuvenecida por la nueva savia, se convierte en otra forma viviente del espíritu humano”.⁶⁶ En las culturas derivadas se pueden apreciar, a su vez, otros dos subtipos. Las derivadas por “imitación” son producto de un proceso mecánico que pretende repetir lo original sin reflexionar sobre los factores que realmente pueden adecuar a su propia circunstancia; las derivadas surgen a través de la “asimilación”, son aquellas que —de acuerdo con Ramos— inician un desarrollo natural cimentadas conscientemente en elementos trasplantados de una cultura original que se tornan compatibles a su ambiente. Por lo hasta aquí dicho es claro el porqué —para Ramos— en México no se puede encontrar más que una cultura derivada. Debido a su conformación histórica, sería imposible que en nuestro país existiese una cultura original.

Carecería de fundamento suponer en México, ya no la existencia, sino aún la mera posibilidad de una cultura de primera mano, es decir, original, porque sería biológicamente imposible hacer tabla rasa de la constitución mental que nos ha legado la historia. No nos tocó venir al mundo aislados de la civilización que, sin ser obra nuestra, se nos impuso, no por un azar, sino por tener con ella una filiación espiritual. En consecuencia, es forzoso admitir que la única cultura posible entre nosotros tiene que ser derivada.⁶⁷

⁶⁴ Cfr. Abelardo Villegas, *La filosofía de lo mexicano*, op. cit., p. 120.

⁶⁵ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, op. cit., p. 29.

⁶⁶ *Idem*.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 20.

Independientemente del tipo de cultura de que se trate —objetiva, subjetiva, original o derivada— es menester una explicación del significado que Ramos otorga al término “cultura”. Para él, toda “cultura se edifica siempre sobre un sentido religioso de la vida”.⁶⁸ Esta religiosidad opera, en la práctica, mediante principios que tienden a modificar comportamientos, sentimientos, ideas y gustos en el hombre culto. Estos —los principios— le otorgan el grado de espiritualidad necesario para desarrollar genuinamente cualquier actividad intelectual o artística. Ahondando en esta idea de Ramos, Toscano explica que la “cultura criolla se ha acogido a su tradición hispánica resguardada en los estratos medios del campo social nacional, tradicionalista y conservador, y a ella debe volver México por su propia salvación. La alternativa de un supuesto mexicanismo, de un México ya constituido, es una ficción que no conduce a nada”.⁶⁹ Este nexo entre cultura y religiosidad será fundamental para Ramos en *El perfil...*, toda vez que —apoyándose en la teoría de Salvador de Madariaga acerca de la pasión como elemento característico del alma española— sostiene que los conquistadores experimentaban la religión de forma pasional. A ello es preciso aunar que la enseñanza de la iglesia “grabó la cultura católica en el corazón de la nueva raza”,⁷⁰ es decir, en la cultura criolla.

Como mencionamos anteriormente, una cultura derivada puede prosperar bajo dos patrones: por “imitación” o por “asimilación”. Dentro del relato histórico de Ramos es factible vislumbrar las dos formas de derivación cultural. Los españoles iniciaron el proceso de derivación cultural tras vencer a las culturas indígenas. En seguida, los evangelistas y los primeros colonos peninsulares trasplantaron —a las tierras americanas— el idioma y la religión como los elementos de su cultura original. Los elementos de trasplatación fueron paulatinamente interiorizados en el espíritu de los novohispanos. De esta forma es posible entender que la Colonia fue la etapa de consolidación de la cultura criolla —una cultura derivada por asimilación—. En la explicación ofrecida por Ramos pareciera que el proceso de derivación iba encaminado a la construcción de una cultura derivada por asimilación

⁶⁸ *Ibidem*, p. 70.

⁶⁹ Marco Arturo Toscano Medina, *op. cit.*, p. 155.

⁷⁰ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, *op. cit.*, p. 30.

de forma natural; sin embargo, el movimiento independentista de 1810 suscitó que emergiera el modelo de “imitación” en la cultura.

Ramos sostiene que la imitación proliferó, principalmente, a partir del siglo XIX. El filósofo ve este fenómeno como un vicio, el cual impide que “nuestros hombres, contando con los elementos de la civilización europea, realizaran, si no obra creadora, al menos una obra más espontánea en la que se revelara con toda sinceridad el espíritu mexicano”.⁷¹ En este sentido, Toscano considera que la “imitación mexicana para Ramos sólo fue históricamente negativa y autodestructiva desde el momento en que se decidió romper con España durante el proceso de independencia, y se pretendió partir de cero. Al no poder hacerlo, dice Ramos, se inició el proceso de imitación de otros modelos culturales”.⁷² Este desvío lo inaugura el mestizo, un mexicano que —según Ramos— se caracteriza por ser el “tipo de hombre que se adueña de la situación en el siglo pasado [...] Su pasión favorita es la política. La norma de su actividad es la imitación irreflexiva”.⁷³ En consecuencia, debemos entender cierta lógica cuando se señala la incapacidad del mexicano para generar creaciones propias. Según Ramos, todo lo que el mestizo hizo fue una comedia política; sus disputas por el poder impregnaron el ambiente social de inestabilidad y angustia. La razón de este acontecimiento se debe a que, en el mestizo del siglo XIX descrito por Ramos, el rasgo pasional legado por los españoles sufrió una alteración al desprenderse de la religiosidad —verdadera pasión heredada— para transformarse en pasión política.

En la apreciación que realiza Hernández Luna sobre el mimetismo en *El perfil...*, destaca tanto los orígenes como las formas históricas en que éste se ha exteriorizado: la cultura derivada por imitación que dominó en el siglo XIX y la cultura de primera mano o mexicanismo puro del siglo XX. Distingue, además, dos causas del mimetismo cultural. “La primera es interna y se refiere al sentimiento de inferioridad arraigado en nuestra raza”.⁷⁴ Hernández Luna considera, por tanto, que el trauma de la Conquista deriva en una inferioridad. Ésta marcó la forma de ser del

⁷¹ *Ibidem*, pp. 27-28.

⁷² Marco Arturo Toscano Medina, *op. cit.*, p. 155.

⁷³ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, *op. cit.*, p. 41.

⁷⁴ Juan Hernández Luna, *op. cit.*, p. 109.

hombre mexicano al predisponerlo a la imitación. Por ese motivo, Hernández Luna traduce la imitación como causa interna, psíquica e imposible de advertir mientras no se tome consciencia de ella. “La segunda razón es externa y alude a las condiciones de inestabilidad social y política en que transcurrió la vida pública de México en la centuria pasada, y que impedían desarrollar en esfuerzo continuo y sosegado en la asimilación de la cultura”.⁷⁵ En este sentido, es necesario asentar que la segunda causa del mimetismo fue resentida, principalmente, por una élite. Como ejemplo, Hernández Luna refiere “el influjo alcanzado por la cultura francesa durante la época porfírica, [que] llevó a las clases elevadas a convertir esta cultura en un artificio externo”.⁷⁶ Esto provocó que, en medio del caos político y social, el sector ilustrado se mostrase incapaz para desarrollar una cultura por asimilación.

Ahora bien, esta cultura derivada por imitación tiene una renovación —por así llamarle—, a principios del siglo XX. En esa época empieza a manifestarse una cultura identificada como el “mexicanismo puro” o la “cultura de primera mano”. En este fenómeno es indispensable advertir el influjo de la Revolución. El movimiento revolucionario generó un sentimiento nacional que favoreció la ambición por construir una “cultura de primera mano”. Obviamente, este anhelo tiene relación con el desencanto de la cultura europea. Los acontecimientos internacionales —la Primera Guerra Mundial, el periodo de posguerra y las crisis económicas— hacían evidente el naufragio del ideal moderno y su idea de civilización; sin embargo, Ramos considera que la reacción nacionalista encuentra una explicación

justificada en su resentimiento contra la tendencia cultural europeizante, a la que considera responsable de la desestimación de México por los propios mexicanos. Su hostilidad contra la cultura europea encuentra aún nuevas razones en su favor, al considerar los múltiples fracasos ocasionados por el abuso de la imitación extranjera.⁷⁷

El problema de la cultura nacional se hace mayúsculo, porque dicha cultura se entiende como una suerte de rechazo absoluto hacia la “cultura”. El mimetismo afrancesado del siglo XIX y el nacionalismo emanado de la Revolución de 1910

⁷⁵ *Ibidem*, p. 109.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 108.

⁷⁷ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, op. cit., p. 21.

—de acuerdo con Ramos— propagan la autodenigración y el descastamiento del pueblo mexicano, tanto en un ámbito intelectual como espiritual. Los europeizantes, por su parte, siguen imitando el pensamiento y formas de vida de otros pueblos: los franceses y los norteamericanos. En suma, tras el rechazo de lo español, el carácter mexicano ha quedado oculto en un europeísmo artificial o en una imagen igualmente falsa construida por el nacionalismo reaccionario. Ambas posturas, curiosamente, albergan el sentimiento de inferioridad. Al comentar la obra del filósofo michoacano, Guillermo Hurtado considera que “Ramos rechaza por igual las posiciones de los europeístas y de los mexicanistas, la de los primeros por ignorar nuestra circunstancia y la de los segundos por olvidar que la cultura mexicana es una cultura derivada de la europea y aún en proceso de consolidación”.⁷⁸

Frente a este escenario dominado por el mexicanismo irreligioso y las posturas extranjerizantes, Ramos ve, en la “cultura criolla” —una cultura derivada por asimilación—, la única vía de salvación para nuestra cultura. Aunque los acontecimientos del siglo XIX hayan frustrado los intentos de desarrollo cultural, Ramos advierte que, en el sector denominado como criollo, podemos encontrar una cultura fruto de la asimilación; lo describe como el “verdadero núcleo de la vida mexicana, constituido especialmente por la clase media, cuya existencia total se desenvuelve conforme a tipos de vida europea”.⁷⁹ Esta cultura se legitima por la religión católica y el prototipo de hombre de espíritu conservador capaz de revertir el complejo de inferioridad predominante en la sociedad.

1.7 Las contradicciones

La importancia que *El perfil...* ha tenido en el estudio de la cultura mexicana es indudable. Ahora bien, esto no lo exime del rigor propio del ámbito académico. Comentaristas y estudiosos han destacado el hecho de que varias de las ideas de Ramos resultan contradictorias. Por ejemplo, los filósofos —discípulos de Ramos—

⁷⁸ Guillermo Hurtado Pérez, *op. cit.*, p. 61.

⁷⁹ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, *op. cit.*, p. 67.

incluidos en el grupo Hiperión —Jorge Portilla, Joaquín Sánchez Macgregor, Fausto Vega, Salvador Reyes Nevares, Ricardo Guerra, Emilio Uranga, Luís Villoro y Leopoldo Zea⁸⁰— reconocieron a su maestro como el autor de un tema central en la historia del pensamiento mexicano. Motivados por su obra, recuperaron el afán por la reflexión del tema de lo mexicano. De manera que organizaron una serie de encuentros para abordar los temas: “¿*Qué es el mexicano?* en 1949, *El mexicano y su cultura* en 1951, y *El mexicano y sus posibilidades* en 1952”.⁸¹ Como es factible entrever, la actividad inicial de estos filósofos se halla vinculada estrechamente al pensamiento de Samuel Ramos; sin embargo, esto no impidió que los discípulos enfatizaran ciertos puntos endebles de las ideas postuladas por Ramos, principalmente las presentes en *El perfil...* La forma en que este grupo desentrañó el ser del mexicano requeriría de un estudio más amplio o particular.

En *La filosofía de lo mexicano* (1960), Abelardo Villegas realiza un análisis situado, es decir, relaciona la obra filosófica con el contexto histórico del autor. Advierte que su propósito es realizar un análisis desde dos perspectivas: histórica y lógica. Desde el punto de vista histórico, Villegas considera que Ramos escribe *El perfil...* en una época signada por un pesimismo propiciado: interpretar que la Revolución mexicana sólo albergó falsas esperanzas de un futuro mejor. Ofrece una explicación del porqué la perspectiva de Ramos acerca de la cultura en México resulta tan pesimista y desilusionada.

En cuanto al examen lógico, Villegas detecta contradicciones en el pensamiento de Ramos. Encuentra que las afirmaciones o teorías del maestro no guardan congruencia entre sí. Cabe resaltar que Villegas engloba las obras de Ramos en un sistema filosófico que, en teoría, debería ser coherente y lógico: “Ramos se contradice en los supuestos mismos de su filosofía. Sosteniendo que la cultura es modo de ser del hombre, no puede decir que existen valores objetivos. Si los valores objetivos existen (cosa que no puede afirmarse) tendrán que ser vistos a través de la circunstancia del hombre, a través de su subjetividad”.⁸² La cita se

⁸⁰ Leopoldo Zea se une al grupo y —de alguna u otra forma— se convierte en su guía cuando eligen, como línea de investigación, el tema del ser del mexicano y lo mexicano (tema que los consolida).

⁸¹ Guillermo Hurtado (intr. y selec.), *El Hiperión*, UNAM, México, 2006, p. IX.

⁸² Abelardo Villegas, *La filosofía de lo mexicano*, op. cit., p. 129.

refiere a la vinculación que puede hacerse entre los supuestos axiológicos de *El perfil...* (1934) y *Hacia un nuevo Humanismo* (1940).⁸³ Ahora bien, el reclamo de Villegas no es injustificado. Es el mismo Ramos quien, en el prólogo a la tercera edición de *El perfil...* (1951), establece una relación directa entre dicha obra y la publicada en 1940 —*Hacia un nuevo humanismo*—. En esta última, afirma la existencia de valores intrínsecos a la vida humana, es decir, valores objetivos e inalterables ajenos a las diversas perspectivas humanas. Con esto —dice Villegas— Ramos pone en entredicho todo lo que él mismo expuso en *El perfil...*. Si el sentimiento de inferioridad en el mexicano surgió cuando éste trató de medirse con los valores de las culturas europeas que no respondían a su realidad, resulta imposible que se le exija reflexionar sobre su circunstancia, medirse con una jerarquía de valores que corresponda a su realidad y, simultáneamente, orientar su existencia mediante valores absolutos e inalterables.

Villegas identifica una segunda contradicción: Ramos confunde la filosofía circunstancialista con la ontología regional. Al menos —es preciso decirlo—, el filósofo michocano titubea al elaborar sus planteamientos desde lo circunstancial o desde lo universal. En *Hacia un nuevo humanismo*, presenta la idea del hombre como un ser sustancial definido por ciertas características y valores pretendidamente universales; en *El perfil...* su indagación sobre el ser del mexicano parte de las circunstancias históricas que han rodeado a este ser. Villegas lo expresa de este modo:

Ramos ha hecho el análisis y la historia de unos caracteres superestructurales del mexicano, por así decirlo, no de la estructura misma del mexicano. Ramos insiste en que el sentimiento de inferioridad es encubridor del ser del mexicano, pero no ha dicho qué sea éste. En el *Perfil*, Ramos quiere arrancar el disfraz psicológico del mexicano para examinar su auténtico ser, pero en *Hacia un nuevo humanismo* admite una ontología, no del ser del mexicano, sino del hombre sin más. De acuerdo con una filosofía circunstancialista en la que se afirma que el hombre es su circunstancia, la ontología que corresponde es una del hombre mexicano. Pero aquí nos encontramos con la misma dificultad que en caso del valor, pues hablar de una ontología *no regional, sino circunstancial*, es ya una contradicción. La ontología regional pretende hallar las esencias universalmente válidas de una región de la realidad; por ejemplo, una ontología regional del arte. Pero la filosofía circunstancialista no admite esencias universalmente válidas; toda nota que se

⁸³ Cfr. Samuel Ramos, *Hacia un nuevo humanismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962.

abstrae es relativa a una circunstancia. Y menos todavía admite una esencia universalmente válida de lo humano, puesto que todo hombre es su circunstancia.⁸⁴

En este sentido, los razonamientos de Ramos incurren en discordancias al pretender hallar el perfil del hombre mexicano a través de conceptos aceptados “universalmente”. Parte de una idea preconcebida de lo que significa ser hombre y, por lo tanto, no logra describir el ser del mexicano.

En 1987, Roger Bartra publica *La jaula de la melancolía*. El autor elabora una crítica a los discursos que propiciaron la idea de una identidad mexicana durante el siglo XX. Sostiene que las distintas interpretaciones de lo nacional se fundamentaron en antiguos prejuicios: el mito del salvaje, el primitivismo adjudicado a las culturas prehispánicas, etcétera. En el capítulo “El héroe agachado”, realiza un estudio sobre *El perfil...* de Samuel Ramos. Comenta que la teoría de Ramos sobre el sentimiento de inferioridad en el mexicano es recogida en *El Laberinto de la Soledad*⁸⁵ por Octavio Paz:

quince años más tarde, la repitió, la profundizó y la consagró Octavio Paz: en el fondo del sentimiento de inferioridad yace la soledad; de ahí que el mexicano se proteja de la realidad con múltiples máscaras. Las más diversas expresiones de la filosofía de lo mexicano giran en torno a esta idea; con base en esta sencilla explicación se han elaborado complejas interpretaciones existenciales, se han pintado murales repletos de símbolos y se han escrito poemas de resignación y quietismo.⁸⁶

Para Bartra, la tesis de Ramos se resume en que el mexicano no comprende la diferencia entre el querer y el poder. De esta confusión emergen sus frustraciones, ya que el mexicano fracasa reiteradamente en proyectos porque éstos no están a su alcance y, por ende, se coloca en el pesimismo. De este estado nace el sentimiento de inferioridad. En resumen, si bien Bartra comprende el razonamiento y la propuesta de Ramos, así como la trascendencia de *El perfil...* en el ámbito cultural de México, enfatiza la siguiente crítica:

⁸⁴ Abelardo Villegas, *La filosofía de lo mexicano, op. cit.*, pp. 129-130.

⁸⁵ Cfr. Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1950.

⁸⁶ Roger Bartra, *La jaula de la melancolía*. De Bolsillo, México, 2006, p. 101.

Lo interesante de la explicación de Ramos no radica en que pueda ser usada para entender el comportamiento de la población mexicana: es a todas luces insuficiente y burda; el punto de interés consiste en que, en realidad, describe la formación de un arquetipo en la cultura mexicana, del cual el sentimiento de inferioridad no es más que una parte constituyente, mas no una explicación de un proceso formativo. El perfil del mexicano que describe Ramos es una proyección cultural de la imagen que se ha formado la intelectualidad —o al menos una parte de ella— del pueblo. La formación de esta imagen sólo puede explicarse por la dinámica política de la cultura dominante y por la función de los arquetipos en los mecanismos de legitimación; es una imagen que no procede de la investigación científica, sino de la historia de la cultura nacional.⁸⁷

El ser del mexicano o de lo mexicano es —según Bartra— un imaginario atestado de prejuicios sobre las clases menos instruidas y económicamente bajas. Lo más importante en el comentario de Bartra es que advierte su existencia en la tesis de Ramos. Explica, además, que los prejuicios con los que se ha dibujado lo mexicano no son una novedad del siglo XX, sino que provienen de un constructo histórico —fraguado desde la Colonia— mediante el cual las clases altas se han explicado la idiosincrasia del resto de la población. De esta manera se pueden entender las coincidencias entre las descripciones de los distintos estratos sociales en autores de épocas anteriores a la de Ramos. Por ejemplo, las concordancias que encontró la doctora Rovira entre las caracterologías de Ezequiel A. Chávez y Samuel Ramos.

En cuanto a la tesis de sentimiento de inferioridad étnica que Ramos cita de Carlos Pereyra, Bartra considera que:

Son los estragos del colonialismo, sazonados con la filosofía hegeliana de la historia. Pero la filosofía de lo mexicano no se escapa de la tradición; aunque Samuel Ramos afirma enfáticamente que su interpretación del carácter del mexicano no implica “la atribución de una inferioridad real, social o psíquica, a la raza mexicana” en realidad está describiendo un arquetipo sociocultural que se caracteriza por su primitivismo.⁸⁸

Deseamos enfatizar un aspecto. Bartra sostiene que Ramos describe al lumpenproletariado cuando se refiere al “pelado”. La intención de Ramos —opina Bartra— es evidenciar que el pueblo —la masa o el peladaje— no posee características aptas para decidir en las cuestiones de la vida nacional. El pueblo carece de inteligencia, no controla sus emociones y, debido a ello, lo persiguen sus

⁸⁷ *Ibidem*, p. 102.

⁸⁸ *Ibidem*, pp. 102-103.

atavismos. Se trata, por ende, de un arquetipo que ha utilizado repetidamente la clase dirigente para mantener el poder.

En suma, la opinión de Bartra sobre los estudios del mexicano se resume en que tales estudios son un mito fundamentado en un pasado igualmente mítico. En la lógica de esta interpretación, la “cultura criolla” mexicana sería la proyección de un nuevo mito donde el héroe criollo renace para inyectar sabiduría a una nación mexicana dañada por los mestizos descastados y por todos los grupos de indígenas-primitivos que han frenado el desarrollo de la nación. El mito criollo se sintetiza, por tanto, en entender a la cultura mexicana como una ramificación “natural” de la cultura española. Cualquier alteración a esta concepción significa, obviamente, una contaminación cuyo resultado no puede ser otro que la degradación.

En 1997, Carlos Lepe Pineda escribe el artículo titulado “Samuel Ramos”.⁸⁹ En él, explica las ideas filosóficas de Ramos de una manera general. Interesa resaltar, principalmente, la crítica a la propuesta educativa en *El perfil...* Lepe considera que la propuesta educativa de Ramos sigue la analogía del niño frente a sus padres, ya que compara al México independiente con España. La propuesta es, en síntesis, la construcción de una analogía. Se concluye que los mexicanos, al conformar una raza en minoría de edad, requieren de educación para terminar de formarse. Los mexicanos, desde esta perspectiva, quedaron como infantes desamparados al romper anticipadamente sus relaciones con España. En consecuencia, son seres que aún necesitan de la protección y las enseñanzas de sus padres.

Además, Lepe trata de inferir los alcances de la idea educativa en Ramos. Identifica, en el pensamiento del filósofo michoacano, una repulsión por las masas y la afirmación de privilegios para cierta élite de “individualidades superiores”.

La masa es un movimiento informe que recibe todo su valor, sentido y lógica histórica de la actuación y presencia de grandes individualidades. El ideal de Ramos es formar hombres, pero no muchos hombres, sino dirigentes. Unos cuantos dirigentes. A las masas se les dará escuela, pero aunque la educación superior se

⁸⁹ Cfr. Carlos Lepe Pineda, “Samuel Ramos”, *op. cit.*

generalice sólo unos cuantos hombres serán verdaderamente capaces de leer las necesidades de la sociedad y actuar en consecuencia.⁹⁰

Recordemos que Ramos propone a la educación como la vía para superar el sentimiento de inferioridad que aqueja a la mayor parte de la población mexicana. Al profundizar en el pensamiento de Ramos, Lepe advierte la oposición entre el hombre vital instintivo y el hombre intelectual. Esto le lleva a afirmar que siempre existirán individualidades superiores, es decir, sujetos llamados a cambiar la realidad mexicana. Ello obedece a que su existencia se encuentra regida por la capa superior del espíritu, espacio donde residen la inteligencia y la voluntad. El predominio de esta capa los legitima para orientar una renovación social. Por el contrario, aquellos individuos que se encuentran bajo el influjo de las capas de la vitalidad —instintos— y el alma —pasiones— deberán acatar las propuestas de las élites. La educación en este tipo de hombres tendrá como finalidad la obediencia a las individualidades superiores y, quizá, la represión de sus instintos.

Por otra parte, Marco Arturo Toscano Medina ofrece una interpretación general sobre las aportaciones filosóficas de Ramos en *Una cultura derivada: el filosofar sobre México de Samuel Ramos (2002)*.⁹¹ En el libro expone que las propuestas de Ramos constituyen un sistema filosófico coherente. Ahora bien, Toscano advierte sobre la existencia de valoraciones y críticas a la obra de Ramos que, regularmente, acotan los límites de su pensamiento al “psicoanálisis del mexicano” y, por ende, a la tesis del sentimiento de inferioridad. Este tipo de apreciaciones parten del prejuicio; por lo tanto, obstaculizan la comprensión de sus ideas y minimizan los aportes de su filosofía: “se le pide que haga lo que no es de su incumbencia realizar: ciencia social o ciencia humana: se le echa en cara su carácter ‘especulativo’ y su ‘distanciamiento’ de las ‘preocupaciones’ cotidianas”.⁹²

El análisis de este autor es muy completo; por lo tanto, sólo resaltaremos lo que a nuestro juicio constituye la principal crítica al pensamiento de Ramos: la falta

⁹⁰ *Ibidem*, p. 958.

⁹¹ *Cfr.* Marco Arturo Toscano Medina, *op. cit.*

⁹² *Ibidem*, p. 13.

de análisis de las culturas prehispánicas y, en general, de la multiculturalidad existente en México.

Nos parece que Ramos no enfrenta el problema central: la diversidad cultural. Ésta es, en última instancia, la condición de posibilidad de las distintas mentalidades y tendencias psíquicas que podemos observar en los distintos grupos humanos históricos y presentes. Evade, pensamos, el problema —o simplemente no lo ve— de la convivencia o coexistencia de distintas culturas y civilizaciones, tema que desde luego es sumamente complejo pero cuyo planteamiento es vital en nuestros días. Piensa, según una visión que iniciando un nuevo milenio resulta tal vez ya superada, que hablar de civilización y cultura en un sentido universal se refiere exclusivamente a Occidente.⁹³

Para Toscano es evidente que, en *El perfil...*, Ramos reivindica la raíz española y niega todo legado indígena. En esa interpretación histórica, es indudable que la cultura indígena queda abatida en la Conquista. Por lo tanto, resulta lógico que —para Ramos— los indígenas de su tiempo —los supervivientes a la época colonial y al primer siglo del México independiente— solamente representan las ruinas de una cultura que se limita a evocar sus tradiciones. Toscano identifica el rechazo de Ramos hacia lo indígena y advierte que la propuesta de la cultura criolla elimina cualquier lazo que vincule el ideal del mexicano a las culturas prehispánicas, pues evidentemente no se reconoce en ellas. En otras palabras, Ramos se considera criollo, un criollo que piensa a la cultura criolla como la cultura auténticamente mexicana. Esa cultura criolla —para Ramos— se caracteriza por una suerte de destino manifiesto, ya que “asume un compromiso y responsabilidad de todas aquellas sociedades en América que tienen raíces europeas en su desarrollo histórico y cultural: tomar la estafeta de la civilización y la cultura occidental-universal y llevarla a buen puerto”.⁹⁴

En suma, Toscano identifica que la principal contradicción en el pensamiento de Ramos es la relación entre el México actual y el México del pasado, entre la modernidad y la raíz cultural. Dado que —como hemos asentado antes— Ramos entiende a la cultura mexicana como una cultura criolla descendiente —y salvaguarda— de la cultura ibérica, la importancia que el filósofo michoacano

⁹³ *Ibidem*, p. 162.

⁹⁴ *Ibidem*, pp. 104-105.

atribuye a las culturas no-hispánicas es menor: “Paradoja y contradicción. ‘Salvar’ la continuidad cultural de la civilización que no respetó ni comprendió nunca las culturas mesoamericanas prehispánicas. El dominado, el conquistado, aparece ahora ‘rescatando’ a su dominador y conquistador, su obra”.⁹⁵

También, es preciso mencionar la aportación crítica de la Doctora Rovira a la obra ramosiana. La filósofa reconoce el interés de Ramos por indagar, en la historia, los problemas sociales y culturales de los mexicanos; sin embargo, declara que

si la filosofía del mexicano tiene como base las características del ser del mexicano, el primero en hablar de dichas características fue Ezequiel A. Chávez y no Ramos como se pretende y se cree, por algunos, todavía actualmente. Aclaremos, Chávez no elaboró una filosofía del mexicano, pero sí un estudio sobre las características del ser del mexicano y, al parecer, fue el primero en hacerlo.⁹⁶

La doctora Rovira se refiere, obviamente, al “Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter mexicano” —publicado en la *Revista Positiva*, núm. 3, 1º de marzo de 1901—, texto donde su autor analiza —como elementos del pueblo mexicano— al indígena, al mestizo superior, al mestizo vulgar y al criollo. La doctora infiere que, “por haber sido Chávez maestro de los ateneístas, por las menciones de alabanza que de él hicieron tanto Antonio Caso como Vasconcelos y por ser contemporáneo de Ramos, nos inclinamos a afirmar que éste debió conocer el citado Ensayo y que indudablemente sufrió su influencia, aunque no lo citó en sus escritos”.⁹⁷ La afirmación de Rovira implica que, si bien las ideas de Ramos resultan fundamentales para comprender el desarrollo de los estudios sobre el ser del mexicano, éstas no surgieron con el filósofo michoacano; ese deseo de autoconocimiento estaba presente antes de la publicación de *El perfil...*

Asimismo, el doctor Magallón nos invita a poner en duda los fundamentos filosóficos de Ramos en su artículo “Samuel Ramos y su idea de cultura en México”.⁹⁸ Sin despreciar su labor como educador y promotor de la cultura en

⁹⁵ *Ibidem*, p. 105.

⁹⁶ Ma. del Carmen Rovira Gaspar, *op. cit.*, p. 397.

⁹⁷ *Ibidem*, p. 398.

⁹⁸ En los artículos “Samuel Ramos y el género ensayístico: *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934) como ensayo camuflado”, “La retórica bajo el barniz de la lógica: Samuel Ramos y su discurso sobre la inferioridad mexicana” y “El filósofo mexicano Samuel Ramos: Entre el positivismo europeísta y la busca de autenticidad”, la investigadora Eugenia Houvenaghel realiza una crítica

México, Magallón propone analizar el método de Ramos examinando el rigor en las conclusiones de su obra cumbre: “Ramos no tiene claro el método a seguir, a veces se mueve dentro de los márgenes del intuicionismo más que de la racionalidad lógica, para hacer presencia la dispersión, la vaguedad, la inconsistencia ontológica y epistemológica”.⁹⁹ No obstante —al igual que el doctor Hurtado—, hace un llamado a no ignorar cuál fue el contexto en el cual se plantearon esas tesis. Para entender la postura de Ramos es necesario descifrar su tiempo: “para comprender a Ramos hay que colocarlo en el medio cultural en el que se formó y vivió. Así considerado, a pesar de sus posibles carencias —¿quién no las tiene?— resulta una personalidad excepcional, un hombre que con su labor intelectual enalteció el prestigio de la patria”.¹⁰⁰

puntual a *El perfil...* Considera que se trata una obra camuflajeada de trabajo académico o profesional que, en realidad, es un ensayo retórico bastante subjetivo. Asimismo, resalta que la necesidad de Ramos por separarse intelectualmente de Caso y Vasconcelos —el intuicionismo— se convirtió en una obsesión, y que ésta le impidió percatarse de sus errores. Ver referencias completas en bibliografía.

⁹⁹ Mario Magallón Anaya, “Samuel Ramos y su idea de cultura en México”, en *Temas de ciencia y tecnología*, vol. 11, núm. 33, sep.-dic., 2007, p. 19.

¹⁰⁰ Guillermo Hurtado Pérez, “Samuel Ramos, filósofo”, *op. cit.*, p. 68.

CAPÍTULO II. EL RACISMO IMPLÍCITO

2.1 Autognosis (psicoanálisis) del hombre mexicano

Ramos elige la vertiente psicoanalítica representada por Alfred Adler para realizar una aproximación del entorno mexicano. Su pretensión era la de comprobar la idea de inferioridad en los pueblos americanos —especialmente en la población mexicana—. Anteriormente resaltamos que, para el doctor Hurtado,

La tesis de la inmadurez del mexicano que reformula Ramos fue una idea asumida de diversas formas en nuestra cultura desde el siglo XVI; recordemos, por ejemplo, que los evangelizadores describían a los indios como niños. En el siglo XVIII este prejuicio se viste de un carácter científico y se afirma que en el clima de América los seres humanos no logran alcanzar su desarrollo normal. En el caso de Ramos, me parece que su idea de inmadurez del mexicano procede de la filosofía de la cultura del siglo XIX. En eso Ramos coincide con los positivistas mexicanos. Por tal razón todos ellos afirmaron que México requería de un proceso de evolución.¹⁰¹

El esfuerzo de Ramos puede entenderse, por tanto, como una “actualización” del sistema ideológico dominante durante la Colonia y el siglo XIX. Al igual que sus antecesores, el filósofo mexicano asume que cierta parte de la población aún carece del estatus mental o cultural necesario para vivir en la modernidad. Los descendientes de los antiguos “naturales”, así como los mezclados en diversos grados, aún son vistos por la élite cultural mexicana como seres inacabados o no aptos para sobrevivir autosuficientemente en el complejo mundo moderno. La idea nada tiene de novedosa. Su “mérito” consiste, precisamente, en “actualizar” una forma de percibir al —supuestamente— inferior desde la altura cultural y social que le otorga su formación humanista.

El perfil... retoma una creencia tradicional —la inferioridad e inmadurez de los pueblos americanos— con la intención de validarla mediante la teoría psicoanalítica. De esta forma, al comprobarse la hipótesis también se estarán legitimando sus consecuencias: los rasgos del carácter nacional que es necesario extirpar, así como un ideal de cultura que es lícito esperar y quiénes serán los encargados de desarrollarlo.

¹⁰¹ Guillermo Hurtado Pérez, “Samuel Ramos, filósofo”, *op. cit.*, p. 62.

La propia metodología utilizada por Ramos hace ineludible que los primeros capítulos de la obra estén dedicados a la reinterpretación de los sucesos históricos que permitan confirmar la teoría del “sentimiento de inferioridad”. Construye un relato histórico que servirá de respaldo al momento de hacer una referencia directa a la aplicación de la teoría adleriana como el instrumento que permite entender la estructura de la mente mexicana. Por este motivo, un análisis somero de esta teoría psicoanalítica se hace imprescindible.

Alfred Adler fue discípulo directo de Freud. Al igual que Jung, cuando perfeccionó su pensamiento, entró en controversia con respecto a la doctrina de su maestro.¹⁰² Adler, cuya teoría se encontraba “influida particularmente por ideas nietzscheanas”,¹⁰³ otorga primacía a la voluntad de poder, interpretada ésta como el amor hiperbólico hacia la vida terrenal que impulsa la creación libre en el hombre. Este aspecto —como hemos de asentar más adelante— resulta fundamental para entender por qué Ramos ve, en dicha teoría, una base idónea para justificar su interpretación del hombre mexicano y, en especial, del mestizo.

La teoría adleriana de “El instinto de poder” encuentra su origen en la necesidad de seguridad inherente a todo ser humano, cuya satisfacción es requisito para mantener una estabilidad psíquica. La etapa infantil —afirma Adler— está caracterizada por la dependencia que siente el niño hacia sus padres —y el resto de las personas mayores—. Este hecho genera, en el infante, un sentimiento de inferioridad debido a que éste percibe —en la vida diaria— que sus fuerzas no se comparan con la de los mayores. Todo lo cual lo lleva a asumirse como un ser frágil, pequeño y débil. Esta descripción nos permite entrever el porqué, para Ramos, esta teoría resulta idónea: México, una nación incipiente, mantiene con España la relación filial señalada por Adler. Para Ramos es evidente que, en su origen,

México, se encontró en el mundo civilizado en la misma relación del niño frente a sus mayores. Se presentaba en la historia cuando ya imperaba una civilización

¹⁰² Las discrepancias entre Freud y Adler se suscitan cuando este último reemplaza el factor sexual —elemental en la teoría freudiana— por el instinto de poder. El objetivo de dicha sustitución es explicar el proceso de construcción social y el desarrollo psíquico de cualquier individuo. Tales conflictos teóricos orillaron a Adler a crear su propia escuela.

¹⁰³ José Gaos, *Historia de nuestra idea de mundo (Tomo XIV, Obras Completas)*, UNAM, México, 1994, p. 513.

madura, que sólo a medias puede comprender un espíritu infantil. De esta situación desventajosa nace el sentimiento de inferioridad que se agravó con la conquista, el mestizaje, y hasta por la magnitud desproporcionada de la naturaleza. Pero este sentimiento no actúa de modo sensible en el carácter mexicano, sino al hacerse independiente, en el primer tercio de la centuria pasada.¹⁰⁴

Es evidente que Ramos realiza una lectura analógica de la teoría adleriana; por ende, su pertinencia puede ser cuestionada.¹⁰⁵ El psicólogo utiliza casos concretos para fundamentar su teoría; el filósofo, una interpretación histórica que —como toda interpretación— se halla signada por la propia visión del historiador.

El principal aspecto que separa a Ramos de Adler es que el sentimiento de inferioridad en la infancia no es considerado por el psicólogo como una patología; éste forma parte del desarrollo psíquico normal de cualquier individuo independientemente de su condición social o cultural. El sentimiento de inferioridad es —para Adler— el motivo principal del desarrollo humano, ya que impone en el infante “una meta u objetivo del que espera toda seguridad y tranquilidad para el futuro, obligándole a emprender la trayectoria que le parezca más adecuada para su logro”.¹⁰⁶ En síntesis, la inferioridad real de la infancia será el motor de la voluntad de poder que impulse al niño a aprender y desarrollar las habilidades necesarias para bastarse en el futuro. En este proceso, el complejo de inferioridad infantil es combatido mediante una compensación. Ésta tiende a crear, psicológicamente, un complejo de superioridad —una superioridad ficticia— que en situaciones normales estimula la formación de la personalidad en todo individuo y la confianza en sí mismo.

Es importante señalar que, para Adler, el sentimiento de inferioridad sólo alcanza un grado morboso cuando el niño se encuentra en circunstancias deprimentes —minusvalías orgánicas reales o en los casos de niños ignorados,

¹⁰⁴ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, op. cit., pp. 51-52.

¹⁰⁵ La diferencia entre Adler y Ramos se evidencia en la definición de su objeto de estudio. El psicólogo analiza personas particulares; el filósofo toma al mexicano en su generalidad: “no se afirma que el mexicano sea inferior, sino que *se siente inferior*, lo cual es cosa muy distinta. Si en algunos casos individuales el sentimiento de inferioridad traduce deficiencias orgánicas o psíquicas reales, en la mayoría de los mexicanos es una ilusión colectiva que resulta de medir al hombre con escalas de valores muy altos, correspondientes a países de edad avanzada”. Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, op. cit., p. 52.

¹⁰⁶ Alfred Adler, *Conocimiento del hombre*, Espasa-Calpe, Madrid, 1968, p. 65.

golpeados o maltratados psicológicamente—, ya que éstas le impiden confiar en la posibilidad de una tranquilidad futura con respecto a su equivalencia con los demás. Surge entonces un sentimiento de inferioridad profundo que ocasiona un estado patológico en el individuo. Dado que —de acuerdo con Adler— todos somos responsables de éste, estamos obligados a “introducir mejoras, sin considerar a tales personas como el desecho, el producto de la degeneración humana”.¹⁰⁷ Esto, obviamente, solamente atañe a los casos extremos. Para Adler —como sucedía con Freud y el complejo de Edipo—, el sentimiento de inferioridad es una cuestión inherente a la condición humana, no el aspecto propio de un pueblo o un estrato social. Principalmente, ese sentimiento de inferioridad no es —como habrá de marcar Ramos— una condición insuperable.

Al emprender la inspección de la estructura mental de los tipos sociales, Ramos comienza con un *argumentum ad baculum* mediante el cual advierte sobre las probables reacciones que ocasionará la lectura de su análisis del mexicano: todo aquél que se sienta ofendido por sus observaciones sólo estará constatando que su diagnóstico es acertado. Cualquier desacuerdo significa que estamos afectados por el sentimiento de inferioridad y que, por tanto, nos negamos a ver nuestra deplorable realidad. Si “el lector se siente lastimado, lo lamentamos sinceramente, pero confirmaremos que en nuestros países de América existe, como dice Keyserling, ‘un primado de la susceptibilidad’; y así su reacción de disgusto sería la más rotunda comprobación de nuestra tesis”.¹⁰⁸

Estimamos que, a pesar de la advertencia de Ramos, algunos de los supuestos a partir de los cuales despliega la tesis de la inferioridad en el mexicano resultan contradictorios y problemáticos. La interpretación nos parece forzada en exceso y llena de sinsentidos. Por ejemplo, en la tipología del “Psicoanálisis del mexicano” se expresan opiniones e ideas raciales, económicas y culturales para identificar a cada grupo; sin embargo —como se comprobó en el capítulo anterior—, no existe un acuerdo entre los filósofos que han estudiado *El perfil...* respecto a los

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. 71.

¹⁰⁸ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, *op. cit.*, p. 52.

estratos sociales que se mencionan. Entonces, ¿qué alcances tiene la tipología de Ramos?

Para entender su propuesta es necesario dilucidar a quiénes intenta analizar. Este aspecto, paradójicamente, es uno de los menos tratados en la bibliografía sobre el tema. En los numerosos artículos y libros dedicados a la obra ramosiana, parece darse por asumido que dicha tipología es clara e inobjetable. Si bien a primera vista da la impresión de que Ramos explica a quién hace referencia —el mexicano—, una somera revisión del texto demuestra que, en el discurso, existe una ausencia de nitidez al respecto de su auténtico objeto de estudio y, sobre todo, del fundamento de su genealogía. Debido a esto es momento de analizar con rigor cuáles son los principios del análisis ramosiano y, principalmente, cuáles son los diversos tipos a los que hace referencia.

2.2 La estratificación social en la interpretación histórica que revela el carácter del pueblo mexicano

El perfil... intenta realizar una reinterpretación histórica que explique el carácter del mexicano. Es necesario reiterar que —de acuerdo con Ramos—, si bien los orígenes del “sentimiento de inferioridad” se encuentran en la Conquista y en la Colonia, sus síntomas se manifiestan en los primeros años del México independiente. Por lo tanto, la interpretación histórica está dirigida a los acontecimientos del siglo XIX.

La Conquista es limitada a un choque entre dos culturas, la indígena y la española, donde la primera quedó aniquilada. Posteriormente, Ramos estima que el único mestizaje que tuvo lugar durante la época colonial fue el racial, ya que la cultura indígena había sido destruida por los conquistadores. Por lo tanto, la Colonia debe ser interpretada como un proceso de trasplante de la cultura peninsular mediante la religión y la lengua. A esta fase le seguiría una segunda etapa de asimilación cultural que, desde la perspectiva del autor, en México sólo fue escasamente concretada por un sector criollo.

Respecto a la lucha de independencia de la Nueva España, Ramos sigue la interpretación de Justo Sierra en *México y su Evolución Social*.¹⁰⁹ Durante el siglo XVIII se hace patente la pugna por el poder político entre criollos y peninsulares. La consecuencia es el levantamiento en armas por parte de un grupo culto y dinámico que buscaba dirigir la vida política y económica de la Nueva España. De esta transformación surge México como Estado-Nación. Es importante resaltar que el protagonista de este movimiento —de acuerdo con Ramos— es una minoría educada. Aunque indígenas, negros, mulatos y mestizos se sumaron al movimiento, los que maquinaron la emancipación fueron los criollos. De ahí que solamente la vida de estos últimos cambiase tras la insurrección.

La Guerra de Reforma se origina por la necesidad de sustituir la antigua estructura colonial por una estructura estatal que realmente controle a la administración y distribución del patrimonio nacional. A pesar de que ya se había consolidado la emancipación de España —lo cual suponía un cambio en la administración del gobierno—, no se modificaron las condiciones de vida tanto de la clase baja como la de los sectores privilegiados. La Iglesia, por ejemplo, seguía monopolizando la riqueza nacional. La Reforma se finca en la necesidad de una transformación social que, a través del establecimiento de un marco jurídico —en teoría más justo—, lograrse erradicar la inequidad en la sociedad mexicana. Y es que los privilegios de la iglesia católica seguían presentes, aunque fuese de manera disimulada.

En este sentido, el filósofo advierte que, si bien la sociedad mexicana tiene sus antecedentes en la colisión de dos culturas —la indígena y la española—, se encuentra dividida en los segmentos derivados de tal encuentro: criollos, mestizos e indígenas.¹¹⁰ En el relato que ofrece Ramos, la participación o actuación de dichos estratos de la sociedad durante el siglo XIX explica el “sentimiento de inferioridad”

¹⁰⁹ Cfr. Justo Sierra, *México: su evolución social: síntesis de la historia política, de la organización administrativa y militar y del estado económico de la federación mexicana; de sus adelantamientos en el orden intelectual; de su estructura territorial y del desarrollo de su población, y de los medios de comunicación nacionales e internacionales; de sus conquistas en el campo industrial, agrícola, minero, mercantil, etc.*, tomo I, Ballescá y compañía, México, 1902.

¹¹⁰ Ramos comparte la visión canónica impuesta por la historia oficial. Omite, por ende, a negros y mulatos, grupos o “razas” cuya importancia en la conformación de la cultura nacional ha sido tradicionalmente ignorada en el discurso oficial estatal del siglo XX.

que permanece en la mayor parte de la población mexicana a mediados del siglo XX. Así en el prólogo de la tercera edición de *El perfil...* (1951) declara,

en un numeroso grupo de individuos que pertenecen a todas las clases sociales, se observan rasgos de carácter como la desconfianza, la agresividad y la susceptibilidad, que sin duda obedecen a la misma causa. Me parece que el sentimiento de inferioridad en nuestra raza tiene un origen histórico que debe buscarse en la Conquista y Colonización. Pero no se manifiesta ostensiblemente sino a partir de la Independencia, cuando el país tiene que buscar por sí sólo una fisonomía nacional propia.¹¹¹

Si bien Ramos manifiesta haber encontrado los rasgos del sentimiento de inferioridad en “un numeroso grupo de individuos que pertenecen a todas las clases sociales”, se podría polemizar qué entendía el autor de *El perfil...* por clases sociales. ¿Cuáles son las clases sociales que identifica y analiza? ¿Clase alta, media y baja? ¿Cuál es el elemento determinante de cada clase? ¿Qué factor influye para ubicar a un individuo en un estrato o lugar dentro de la jerarquía social? ¿Se trata de una cuestión económica, cultural o racial? ¿los tres factores son indispensables para la ubicación? Y, principalmente, es menester cuestionar qué entiende Samuel Ramos por “nuestra raza”.

En el capítulo anterior se observó que, entre los estudiosos de la filosofía de Ramos, no existe un acuerdo respecto a la tipología y estratos sociales mencionados en *El perfil...* Consideramos imprescindible identificar a los grupos analizados en el capítulo “Psicoanálisis del mexicano” y establecer si éstos coinciden con los estratos mencionados en el relato histórico con el que Ramos pretende comprobar la existencia de un sentimiento de inferioridad. En diversos apartados y pasajes, el autor sostiene la existencia de una división racial no sólo durante el siglo XIX sino también en el XX.

De forma general, las categorías vislumbradas en *El perfil...* corresponden a una jerarquía “oficial” que muchos hemos encontrado en los libros de texto de educación básica: criollos, mestizos e indígenas. Se nos ha ensañado que, en la historia de México, convivieron indígenas, españoles, mestizos, criollos, mulatos, negros y castas. Federico Navarrete plantea que,

¹¹¹ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, op. cit., pp. 14-15.

la mezcla racial durante el periodo colonial fue tan poco importante que tras la Independencia, en el siglo XIX, la población del nuevo país era mayoritariamente indígena. Por ello, las élites criollas que gobernaban México soñaron con importar multitudes de colonos europeos para que blanquearan a la población nacional tercamente india a la que tanto temían y de la que tanto se avergonzaban.¹¹²

Esa clasificación, más que oficial, es Colonial. La fragmentación de la sociedad legitimó los privilegios de los peninsulares y las prácticas discriminatorias sobre el resto de la población. Se interiorizó, aun después de la Independencia, el que ciertas características físicas conceden o niegan capacidades y derechos. Asimismo, los términos o vocablos utilizados para nombrar a estos grupos siguieron vigentes durante el siglo XIX. Por ejemplo, Toscano Medina sostiene que,

A pesar de todo, consideramos, el México independiente del siglo XIX no fue capaz, ni política ni filosóficamente, de establecer una evaluación crítica de carácter histórico y cultural, primero, con los antiguos habitantes prehispánicos, los indígenas. Segundo, los mestizos tampoco fueron capaces de asumir su papel histórico, prefirieron la imitación de lo ajeno al estudio de las propias condiciones humanas y socio-culturales. Los criollos se mantuvieron en el papel que asumieron desde la independencia: una minoría culta, ilustrada, europeísta; lamentándose de no ser capaces de forjarse una patria mejor.¹¹³

Toscano Medina reconoce esta división social o, mejor dicho, racial —indígenas, criollos y mestizos— en el pasado de México; sin embargo, no la relaciona con la tipología ramosiana detallada en el capítulo “El psicoanálisis del mexicano”. Se podría objetar que dicha estratificación ya no era actual o válida en el siglo XX; pero es el mismo autor quien, al comparar la época Colonial con el ambiente de la Europa renacentista —donde imperaba un discurso utópico sobre la edad de bienestar pleno—, hace un comentario revelador:

La reproducción de las condiciones socio-culturales europeas en la Nueva España terminó con la Utopía. Surgieron dos nuevos seres en el escenario: los criollos, españoles nacidos en las nuevas tierras, y los mestizos, seres humanos nacidos de español e indígena, ambiguos racial y culturalmente: ni españoles, ni criollos, ni indios, todo y a la vez nada, en permanente estado de interrogación, hasta nuestros días, acerca de su condición humana, racial, social, cultural.¹¹⁴

¹¹² Federico Navarrete, *op. cit.*, p. 108.

¹¹³ Marco Arturo Toscano Medina, *op. cit.* p. 103.

¹¹⁴ *Ibidem*, p. 96.

Para Toscano, es patente la distinción entre lo hispano, lo indígena y lo mestizo. Ahora bien, lo importante de la cita es el comentario acerca de la ambigüedad, “hasta nuestros días” —principios del siglo XXI—, de los mestizos. En este sentido, podemos afirmar que las divisiones raciales siguen vigentes y que sus consecuencias aún las podemos comprender en la actualidad.

Estimamos que Ramos fue cuidadoso en los términos que empleó; lo contrario sería muy reprochable en un filósofo. Si considera innecesario fundamentar su interpretación acumulando documentos,¹¹⁵ es porque el filósofo conoce perfectamente la carga de sentido de cada concepto que configura el relato de la historia en México. Esto incluye, obviamente, al proceso de Conquista y colonización, así como a la división en grupos por “raza”, privilegios y derechos. En consecuencia, es inadecuado pensar que Ramos utiliza los vocablos “mestizo” y “criollo” como sinónimos. No es gratuito que utilice la palabra mestizos en unos apartados, mientras que en otros —cuando ofrece una propuesta de desarrollo para la cultura mexicana o señala un destino del pueblo mexicano— emplee la palabra criollo.

En *El perfil...* es fácil identificar el momento en que Ramos se avoca a describir las características de los indígenas. Dedicó dos apartados al tema: “El egipcismo indígena” —incluido desde 1934— y “El indígena y la civilización” —incorporado en la edición de 1938, aunque suprimido en la versión final de 1951—. Además, en varias secciones se nombra a los indígenas con el objetivo de resaltar sus características y compararlos con los otros grupos. Por ejemplo, en el apartado “Los comienzos de la vida independiente” se afirma que,

La realidad, al comenzar la independencia, era ésta: una raza heterogénea, dividida geográficamente por la extensión del territorio. Una masa de población miserable e inculta, pasiva e indiferente como el indio, acostumbrada a la mala vida; una minoría dinámica y educada, pero de un individualismo exagerado por el sentimiento de inferioridad, rebelde a todo orden y disciplina.¹¹⁶

¹¹⁵ Cfr. Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, op. cit., p. 52.

¹¹⁶ *Ibidem*, p. 40.

El grupo indígena, además de conformar otra “raza”, se distingue claramente de los otros dos grupos: la masa pasiva e indiferente y la minoría dinámica y educada. Aunque la masa comparta la pasividad e indiferencia del indio, constituye otro grupo. En nuestra lectura, identificamos a la masa con los mestizos y a la minoría con el grupo criollo. Ramos reiteradamente menciona los distintos segmentos que componen a la población mexicana; por ejemplo, al inicio del apartado “El mexicano de la ciudad”, realiza la siguiente aclaración:

El tipo que vamos a presentar es el habitante de la ciudad. Es claro que su psicología difiere de la del campesino, no sólo por el género de vida que éste lleva, sino porque casi siempre en México pertenece a la raza indígena. Aun cuando el indio es una parte considerable de la población mexicana, desempeña en la vida actual del país un papel pasivo. El grupo activo es el otro, el de los mestizos y blancos que viven en la ciudad. Es de suponer que el indio ha influido en el alma del otro grupo de mexicanos, desde luego porque ha mezclado su sangre con éste. Pero su influencia social y espiritual se reduce hoy al mero hecho de su presencia. Es como un coro que asiste silencioso al drama de la vida mexicana. Pero no por ser limitada su intervención deja de ser importante. El indio es como esas sustancias llamadas “catalíticas”, que provocan reacciones químicas con sólo estar presentes. Ninguna cosa mexicana puede sustraerse a este influjo, porque la masa indígena es un ambiente denso que envuelve todo lo que hay dentro del país. Consideramos, pues, que el indio es el “hinterland” del mexicano. Mas por ahora no será objeto de esta investigación.¹¹⁷

En esta cita se observa, perfectamente, los grupos que Ramos identifica en la sociedad mexicana: indígenas, mestizos y blancos. En primer lugar, identifica a dos conjuntos: el pasivo y el activo. El pasivo lo componen los indígenas, campesinos en su mayoría. El grupo activo, a su vez, se divide en mestizos y blancos. Ramos afirma que el indio, a pesar de no ser un grupo activo, sí es capaz de impactar o predisponer la existencia del grupo activo con su sola presencia. ¿A quiénes influye el indio? Ramos nos dice que al resto de la población; principalmente, a aquellos que han mezclado su sangre con el indio. Ese grupo, por consiguiente, sólo puede ser el de los mestizos. Los blancos, si bien no son inmunes a tal influjo, sí se distinguen como otra rama o clase: los no mezclados; es decir, la de los criollos que conservan su blancura y su espíritu hispánico.

¹¹⁷ *Ibidem*, pp. 57-58.

Es importante resaltar que, en la época en que escribe *El perfil...*, Ramos advierte de la existencia de un grupo de población blanca que debe diferenciarse de los mestizos. Esto demuestra que la estratificación social que utiliza para interpretar la historia del siglo XIX sigue vigente en el siglo XX. Por tal motivo, es menester exponer la percepción del autor sobre tales componentes.

2.2.1 Indígenas

El tema indígena en la obra de Samuel Ramos es una cuestión problemática. La opinión del filósofo fluctuó del mutismo a la preocupación profunda. El tema aparece y desaparece, se inserta y omite, se amplía y disminuye constantemente a cada nueva edición de *El perfil...* Estos vaivenes exigen un análisis pormenorizado y una interpretación.

Es imprescindible reiterar que, originalmente —la primera edición de *El perfil...* es de 1934¹¹⁸—, la obra de Samuel Ramos dedicaba un apartado completo del primer capítulo —“La imitación de Europa en el siglo XIX”— al tema del indigenismo mexicano: “El ‘egipticismo’ indígena”. Posteriormente —la segunda edición de *El perfil...* es de 1938¹¹⁹—, Ramos parece comprender que el tema del indígena merece una mayor reflexión. Por tal motivo, inserta una sección denominada “El indígena y la civilización”. Esto evidencia que la preocupación por el tema indígena es una cuestión inacabada y problemática. La reflexión sobre el tema y, principalmente, acerca de cómo el análisis de este estrato social repercute en su propio estudio sobre lo mexicano, propicia que el filósofo omita, en la tercera edición del libro (1951)¹²⁰ —la versión que quedó como la definitiva—, el apartado de “El indígena y la civilización”. Dicha exclusión resulta paradójica, pues el filósofo no pretende “pulir” su obra y, por ende, eliminar aquellos pasajes que ahora le resultan innecesarios. Ramos excluye el apartado sobre el tema indígena al tiempo

¹¹⁸ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, Imprenta Mundial, México, 1934.

¹¹⁹ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, Editorial Pedro Robredo, México, 1938.

¹²⁰ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, Espasa-Calpe, México, 1951.

que agrega un nuevo prólogo y siete ensayos incluidos al final de la obra —si consideramos la versión original—. En suma, la exclusión del tema indígena se contrapone al aumento de otros temas en torno a lo mexicano. Tal preocupación por perfeccionar la obra merece una revisión atenta por nuestra parte.

Dado que es necesario advertir cómo evolucionó tal idea y la importancia de lo indígena en Ramos, comencemos por analizar la idea del indígena en la primera edición de *El perfil...* Explícitamente, Ramos sólo dedica un reducido apartado al indígena: “El ‘egipticismo’ indígena”. Ahí señala que el indígena es un ser primitivo opuesto a todo cambio o proceso civilizatorio. Hace una comparación entre la cultura indígena y la interpretación de Wilhelm Worringer sobre el arte egipcio. Worringer sostiene que las creaciones y los estilos artísticos de los pueblos están ligados a los estados psicológicos de los diversos tipos humanos. Por ejemplo, el crítico asevera que la rigidez en las formas —la incapacidad para pintar figuras laterales— del arte egipcio demuestra la insensibilidad en sus creadores y, por ende, su estatus de arte primitivo, es decir, se trata de un arte “infantil” o un arte no terminado. En este sentido, es importante señalar que, para Ramos, las culturas prehispánicas comparten la denominada rigidez egipcia. Según el filósofo, estas civilizaciones —incluso en su época de esplendor— no lograron una verdadera actividad creadora debido, principalmente, a su pasividad espiritual. Esto es otra forma de decir que su ánimo y su psicología les impidieron generar un estilo artístico compatible con la civilización europea, cultura que produjo un arte complejo y sofisticado cuyo emblema es el devenir. En consecuencia, Ramos señala, tajantemente, el estatus inferior de lo indígena en relación con lo europeo o civilizado al afirmar que el “indio actual no es un artista; es un artesano que fabrica sus obras mediante una habilidad aprendida por tradición”.¹²¹ Debemos advertir, por consiguiente, que Ramos aplica, a los vestigios de la cultura indígena, un tipo de psicología del estilo artístico. Buscaba confirmar que los nativos eran —y son— distintos y ajenos al ideal de civilización. Por ello intentó demostrar que el arte de estas culturas, en caso de haber existido, fue meramente artificial: una creación sin espíritu.

¹²¹ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, *op. cit.*, p. 36.

Evidentemente, en esta concepción de Ramos es posible advertir tanto el pensamiento como los prejuicios de su época. Para el México moderno —el surgido durante el siglo XX, pero formado e ideado durante el siglo XIX por los “científicos” porfiristas—, un país que aspiraba a incluirse en el Primer Mundo —el mundo civilizado—, la cuestión indígena representaba un lastre. Ramos no hace sino actualizar el tópico decimonónico de la “civilización y barbarie”. Intenta convencernos de que el indígena es un ser que —quién sabe por qué motivo— tiene el poder de impregnar todo el ambiente mexicano de su rigidez —característica opuesta a la evolución—: “Si el indio mexicano parece inasimilable a la civilización, no es porque sea inferior a ella, sino *distinto* de ella”.¹²²

En la interpretación histórica del autor, es inobjetable que la cultura indígena quedó totalmente abatida tras la Conquista. Por lo tanto, resulta lógico que los indígenas de su tiempo —los supervivientes a la época colonial y al primer siglo del México independiente— sólo representen las ruinas de una cultura que se limita a evocar superficialmente sus tradiciones. Dicha perspectiva, obviamente, se realiza desde la altura de la cultura criolla cuya aspiración —tal y como sucedió en Sudamérica— es la de crear una cultura europea en tierras americanas.

Si bien Ramos sólo dedica una página y media a “El ‘egipticismo’ indígena”, cada vez que es necesario explicar las causas del retraso en el país, el filósofo alude al indígena como el estrato social que, merced a su talante primitivo e inferioridad consustancial, impide el progreso de nuestra cultura. Así, éste es considerado como el grupo pasivo de la sociedad que favoreció —ya sea porque apoyó la invasión movido por la inquina, ya sea porque permitió la derrota debido a su talante inferior— la Conquista, la raza vencida que influye negativamente en el resto de la población, el componente más irracional y primitivo de la sociedad o el factor degradante de la raza blanca: “Aun cuando la mayoría de la población la compone el indio, su estado mental no le permite todavía desprenderse de la naturaleza, junto con la cual forma el ambiente de primitivismo que rodea al resto de la población”.¹²³

¹²² *Ibidem*, p. 37.

¹²³ *Ibidem*, pp. 67-68.

La descripción de Ramos presenta al indígena como un ser indiferente y antitético al proceso civilizatorio. Su indolencia —además de haber favorecido la Conquista— ha entorpecido la transformación del país debido a su ininterrumpido influjo. Asimismo, con relación a la “Conquista espiritual”, Ramos advierte que “fue seguramente facilitada por cierta receptividad de la raza aborígen, que era tan religiosa como la del hombre blanco que venía a dominarla”.¹²⁴ El menosprecio hacia lo indígena queda demostrado en el hecho de que, cuando resalta el surgimiento del arte criollo —principalmente, hace referencia a la construcción de las iglesias coloniales—, no concede gran valor a “la mano del indio [que] labraba y ensamblaba, interpretando en ocasiones a su modo los motivos ornamentales”.¹²⁵ El mérito se lo lleva el estrato criollo, aquella minoría que comprende el arte y el pensamiento simbólico.

Para Ramos es claro que, en los inicios del México independiente, uno de los problemas que truncaron los programas de las élites dirigentes fue la “masa de la población miserable e inculta; pasiva o indiferente como el indio, acostumbrada a la mala vida”.¹²⁶ Dado que el indígena es un ser primitivo e incompatible con el proceso civilizatorio, es obvio que configura un problema para el proyecto modernizador. Su sola presencia absolutamente anti-moderna resulta perniciosa para la masa social.

Además, cuando el autor examina —apartado del “Psicoanálisis del mexicano”— a tres tipos de lo mexicano —el “pelado”, el mexicano de la ciudad y el burgués mexicano—, las características del indígena emergen caprichosamente para explicar el ensimismamiento y la fuga de la realidad que padecen los mexicanos. Habrá que reiterar que, según Ramos, el indio parece tener un “poder” involuntario e inconsciente para infiltrar una dosis de indiferencia y pasividad en el resto de la sociedad.

Es necesario advertir que, a pesar de que Ramos se pronuncia contra el positivismo, sus inferencias sobre el indígena se encuentran empapadas de las ideas históricas y sociales de su tiempo —principalmente, las de su época de formación como filósofo—. De ahí que su obra no aporte una visión distinta del

¹²⁴ *Ibidem*, p. 29.

¹²⁵ *Ibidem*, p. 70.

¹²⁶ *Ibidem*, p. 40.

indígena respecto a las corrientes de pensamiento de las últimas décadas del siglo XIX. En este sentido —como ya lo ha señalado la Doctora Carmen Rovira¹²⁷—, el “Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter mexicano”¹²⁸ de Ezequiel A. Chávez podría ser un antecedente de la estratificación social que Samuel Ramos propone en *El perfil...* En el ensayo mencionado, Chávez explica que la sociedad mexicana está conformada por tres estratos: los indígenas, los mestizos —éstos se dividen en vulgares y superiores— y los extranjeros. El aspecto que debemos resaltar es la idea sobre el componente indígena:

...el indio es un inerte sobre el que no se ejerce, sino débilmente, el factor fundamental de los actos.

Esta dificultad que a veces llega a ser casi imposibilidad de conmoción, es la que ha hecho que se diga que los millones de individuos de la raza indígena, que nuestra patria y la América latina albergan y forman una masa inmovible que el progreso tiene atada en el pie y que dificulta y amengua sus movimientos.¹²⁹

Para Chávez, los indígenas son el sedimento de las culturas prehispánicas sobreviviente a la Conquista, el cual se caracteriza por manifestar una sensibilidad visceral —es decir, no intelectual—, una evidente hermeticidad, un gran desdén por la vida, una notoria indiferencia por la muerte y una mínima expresión afectiva. Como es fácil ver, la concepción de la cultura indígena en ambos autores —Ramos y Chávez— está impregnada de adjetivos bastante desfavorables para su supervivencia o para su inclusión —como grupo— en un proyecto nacional. Esta visión identifica, de una manera casi “natural”, a lo indígena como un problema y como la causa de diversos obstáculos que han impedido el progreso del país.

Dicha concepción del indígena no es algo novedoso; está vinculada a la visión plenamente colonialista dominante durante los tres siglos de vida de la Nueva

¹²⁷ Ma. del Carmen Rovira Gaspar, *op. cit.*

¹²⁸ Ezequiel A. Chávez, "Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad del mexicano", en Rovira Gaspar, Ma. del Carmen (coord.), *Pensamiento filosófico del siglo XIX y primeros años del XX*, Tomo III, UNAM, México, 2001, pp. 571-590. Este texto fue consultado en la Biblioteca Virtual del doctor Luis Aarón Patiño Palafox. Consultado el 11 de enero de 2020. Disponible en: <https://cursosluispatinoffyl.wordpress.com/archivos/> Inicialmente este ensayo fue publicado en marzo de 1901 en la *Revista Positiva*.

¹²⁹ *Ibidem*, p. 575.

España y el siglo del México independiente. Veamos, a modo de ejemplo, la forma en que Lucas Alamán describía a los indios durante el siglo XIX:

Vivian en poblaciones separadas de los españoles, gobernados por sí mismos, formando municipalidades que se llamaban repúblicas, y conservaban sus idiomas y trages peculiares. Ocupábanse especialmente de la labranza, ya como jornaleros en las fincas de los españoles, ya cultivando las tierras propias de sus pueblos, que se les repartian en pequeñas porciones, por una moderada renta que se invertia en los gastos de la iglesia y otros de utilidad general, cuyo sobrante se depositaba en las cajas de comunidad. Todo esto hacia de los indios una nacion enteramente separada: ellos consideraban como extrangeros á todo lo que no era ellos mismos, y como no obstante sus privilegios eran vejados por todas las demas clases, á todas las miraban con igual ódio y desconfianza.¹³⁰

Alamán identifica a los indígenas como un grupo separado del resto de la población que cuenta con extraños privilegios: no haber sido esclavizados como los africanos que los substituyeron. Asimismo, resalta que los dejaron conservar sus tradiciones, vestimenta, idiomas, tipo de gobierno y, además, se les respetaba su tierra de labranza. También podían, obviamente, trabajar para los españoles. No obstante, dado que en la realidad los demás grupos no respetaban sus privilegios, se originó en el indígena el recelo y la desconfianza hacia todo lo ajeno. Fácil es notar que la concepción alamanista entiende a lo indígena como algo “extraño” a la cultura mexicana y, a los indígenas, como un grupo cuyos reclamos sociales y políticos carecen de fundamento. Es más, los indígenas resultan ser una suerte de clase social desagradecida y renuente al progreso. Tales ideas, velada o explícitamente, fundamentan la idea de lo indígena en la obra de Samuel Ramos.

Como ya se señaló, *El perfil...* fue ampliado en la edición de 1938 con “El indígena y la civilización”. Estas incorporaciones y reducciones modifican, evidentemente, el significado de la idea del indígena. En “El indígena y la civilización”, Ramos es más conciso al dividir la estructura social mexicana en dos ámbitos irreconciliables que cohabitan el mismo territorio: “El habitante de la capital de México olvida con frecuencia que dentro del país coexisten dos mundos diversos que apenas se tocan entre sí. Uno es primitivo y pertenece al indio, el otro civilizado

¹³⁰ Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, Tomo primero de *Obras de D. Lucas Alamán*, Editorial Jus, México, 1942, p. 32.

y del dominio del hombre blanco”.¹³¹ Es cierto que Ramos acepta el que las comunidades indígenas conforman una cultura,¹³² pero también lo es que son identificadas como una cultura alejada de la civilización europea que se pretende “asimilar” en México.

El indio está allí todavía ante nosotros más enigmático que nunca. Se le ha atribuido, a priori, un espíritu semejante al del blanco, sólo que de un desarrollo retrasado. Sería pues una raza en minoría de edad a la que hay que tratar como a los niños. [...] Tal actitud no puede interpretarse como el signo de una inferioridad mental, pues los numerosos indígenas que viven en la sociedad de los blancos demuestran tener la misma capacidad de éstos para la civilización superior. [...] esa aptitud solo aparece cuando el individuo es separado del grupo social en que ha nacido.¹³³

Si bien Ramos no considera —como hicieron los científicos decimonónicos— que el indígena esté afectado de algún tipo de inferioridad mental, sí hace conjeturas sobre su posible inclusión en una cultura nacional que mire a la modernidad. Para Ramos, el hecho de que los indígenas configuren un grupo fuertemente enraizado a sus formas de vida tradicionales representa un escollo insalvable, un impedimento absoluto para el éxito del proyecto criollo. Para el filósofo, por tanto, la idea del “mestizaje” resulta imposible. La única vía de escape a la antinomia indígena-criollo es el “desarraigo”. Ramos acepta que un indígena separado de su comunidad es capaz de comprender la técnica y adoptar las ideas de la civilización; por tanto, se infiere que la inclusión del indígena en el proyecto nacional está condicionada a la idea de desarraigo de sus costumbres y valores.

Podría atribuirse la resistencia, que todavía ahora oponen los indígenas a la civilización, al resentimiento secular contra la raza dominante que los ha maltratado y humillado. No se puede esperar que el indio tenga simpatía por la civilización de los hombres que han causado su desgracia. Sin embargo, estos motivos históricos no bastan para explicar las dificultades que se presentan en la tarea de civilizar al indio.¹³⁴

¹³¹ Ramos, Samuel, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1938, *op. cit.*, p. 39.

¹³² Esta idea es más cercana a la de Lucas Alamán. Éste consideraba que los indígenas perciben al resto de la población como extranjeros, pues ellos constituyen una nación separada del resto de la sociedad. Lucas Alamán, *op. cit.*, p. 32.

¹³³ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, 1938, *op. cit.*, p. 40.

¹³⁴ *Ibidem*, p. 42.

A diferencia de sus ilustres antecesores, Ramos no realiza una apología del mestizaje; sin embargo, sí defiende uno de los aspectos fundamentales de la concepción tradicional del indio: la ajenidad indígena. Para el filósofo es innegable que uno de los rasgos más característicos de los indígenas es su incompatibilidad con la modernidad. Los indígenas se muestran indiferentes a la grandeza de la civilización; de ahí se deriva su indolencia. No es que el indio —como sí ocurre con en el caso del “mestizo-pelado”— carezca de valores, su reticencia a entrar en la “civilización” se explica a partir de sus ideas atávicas, mentalidad animista y ritos heréticos.

El primitivo es incapaz de separar en su pensamiento, las virtudes de un instrumento o de una máquina, del ser que los ha fabricado. Los instrumentos y las máquinas que el blanco usa deben su eficacia a que la sociedad en que vive está en relación con una potencia mística extraordinaria. Así que esos instrumentos son buenos para los blancos pero no para ellos. Sólo en tanto que el individuo está incorporado a su grupo social que tiene la protección de ciertas divinidades, son eficientes los instrumentos que usa.¹³⁵

Las palabras —con notorios matices positivistas— de Ramos evidencian que éste reduce las costumbres indígenas a una visión primitiva. Ello nos permite notar que el mundo del indígena descrito por el filósofo michoacano es muy similar al estado teológico postulado por la teoría sociológica de Augusto Comte. Desde esta perspectiva pareciera sensato e inobjetable asumir que el “espíritu” del indígena no puede asimilarse al del hombre blanco, pues no deja de representar a un ser irreflexivo, acrítico y carente de curiosidad: “Sólo una coacción externa puede obligar al indígena a cambiar sus costumbres o su técnica. Pero en cuanto esa coacción cesa de obrar, el indio vuelve a sus procedimientos”.¹³⁶ Es obvio que el problema suscitado por esta perspectiva es el de la unidad cultural. El sector indígena —en tanto comunidad— es incapaz —por voluntad y características consustanciales— de asimilarse a la civilización. La única solución posible a este problema es la erradicación de lo indígena. Es preciso, por tanto, desarticular a las comunidades; de esta forma, cada individuo pueda desarraigar de su conciencia las

¹³⁵ *Ibidem*, p. 43.

¹³⁶ *Ibidem*, p. 44.

ideas primitivas y aprovechar los beneficios que ofrece la modernidad. En suma, frente al interminable antagonismo entre el mundo indígena y el mundo civilizado, la única respuesta que ofrece Ramos es que la cultura oprimida abandone su identidad. Es este aspecto el que fundamenta nuestra idea de Ramos como un descendiente directo del pensamiento decimonónico.

Por otra parte, la inserción de este apartado constituye una contradicción respecto al relato histórico de Ramos. El autor había sintetizado la Conquista como un choque de culturas que dio por resultado la aniquilación de la sociedad más débil; ahora se ve obligado a admitir que la cultura prehispánica no fue destruida. El tiempo ha demostrado que los indígenas del siglo XX no eran el simple eco de una cultura muerta. Las comunidades precolombinas se conservaron. De alguna forma han resistido la represión y el trabajo agobiante durante siglos y resguardado sus valores e interpretación del mundo.

En *Nuestro Samuel Ramos. Homenaje*, Pablo García de Alba hace referencia —en su aportación “Samuel Ramos dijo...”— a una disertación de Ramos pronunciada en la Asociación Mexicana de Periodistas respecto a la cultura en México. En ésta se puede percibir una apreciación favorable respecto a las culturas prehispánicas: menciona que Hernán Cortés se enfrentó a una gran civilización. Además, en otro párrafo expone cómo, para Spengler, los pueblos indígenas prehispánicos son parte de las grandes culturas de la historia mundial.¹³⁷ Consideramos pertinente aclarar que, si bien en las citas¹³⁸ que refiere García de Alba se advierte un cambio de apreciación de las culturas precolombinas —ahora son parte importante del pasado histórico de México—, esto no debe confundirse con una percepción positiva de los indígenas de la época en que Ramos escribe *El perfil...* Para él, los indígenas del siglo XX sólo representan vestigios de las grandes culturas.

¹³⁷ Cfr. Pablo García de Alba, “Samuel Ramos dijo...”, en Adela Palacios (comp.), *Nuestro Samuel Ramos. Homenaje*, Editorial Pensador Mexicano, México, 1960, pp. 165-168.

¹³⁸ La disertación que menciona y cita en amplitud García de Alba no la encontramos en las obras completas de Samuel Ramos editadas, tanto por la Universidad Nacional Autónoma de México como por el Colegio Nacional. Sólo contamos con las citas de García de Alba, mismas que coinciden con algunas ideas expresadas por Ramos en el artículo “El mexicano del medio siglo”, publicado originalmente en el periódico *El Nacional* en 1952 e incluido en Samuel Ramos, *Obras 3. Artículos, entrevistas y discursos*, El Colegio Nacional, México, 2011.

En 1943, Ramos publica *Historia de la Filosofía en México*.¹³⁹ En el primer capítulo propone indagar sobre la existencia de una filosofía entre los antiguos mexicanos. Considera que no se puede negar la presencia de un pensamiento entre los aztecas y los mayas, pero éste no logra desvincularse de sus creencias religiosas y, por ende, se trata de explicaciones alejadas de un conocimiento racional. Al negarles una capacidad de abstracción sofisticada, afirma que no se puede hablar de pensamiento filosófico entre las culturas precolombinas.

El vaivén en el pensamiento de Ramos delata cierta inseguridad para manifestarse sobre la cuestión indígena. Quizás sea producto de las teorías científicas en boga durante su tiempo. Es preciso recordar que, en la década del treinta, Ángel María Garibay inicia los primeros estudios sobre la cultura náhuatl. Dicha labor dio sus primeros frutos con publicaciones como *Poesía indígena de la altiplanicie* de 1940.¹⁴⁰ Esta aproximación a los textos coloniales ponía en entredicho la idea de que los pueblos prehispánicos eran culturas primitivas, prehistóricas o atrasadas. En ese sentido, consideramos que el trabajo de Garibay abrió la pauta para nuevas exploraciones “científicas” sobre los pueblos prehispánicos. Un ejemplo es el libro de José Gómez Robleda, *Imagen del Mexicano*, publicado en 1948.¹⁴¹

¹³⁹ Cfr. Samuel Ramos, *Historia de la Filosofía en México*, CONACULTA, México, 1993.

¹⁴⁰ Cfr. Ángel María Garibay, *Poesía indígena de la altiplanicie*, UNAM, México, 2014.

¹⁴¹ Cfr. José Gómez Robleda, *Imagen del Mexicano*, Talleres gráficos de la Secretaría de Educación Pública, México, 1948. En *Imagen del Mexicano*, el autor detecta la ficción contenida en las estadísticas, medidas y teorías que pretenden describir al hombre medio. Asimismo, se entrevé el deseo del autor por aportar una explicación científica para el carácter del indígena: “los indios, de su inconcebible miseria obtienen la más dramática fortaleza por cuanto que han sabido resistir, sin extinguirse, siglos de adversidad”. (*op. cit.*, p. 25) Gómez Robleda considera que los factores socioeconómicos explican la situación de los pueblos indígenas y de sociedad en general. Así, el grado de pobreza y, sobre todo, los prejuicios sociales han motivado un menosprecio hacia los pueblos indígenas, el cual promueve la creencia de una inferioridad constitucional. No obstante, el autor se aventura a ofrecer una explicación distinta: “El mito de la indolencia e indiferencia de los indios no es otra cosa que un estado de hipotiroidismo con su obligada permanente sensación de frío causada por la poca intensidad de las combustiones orgánicas; esto explica, y no la indolencia, la persistente inmovilidad de los indios y el uso casi permanente de la cobija” (*op. cit.*, pp. 27-28). Más allá de lo acertado o no de su teoría, es interesante ver cómo comienza a suscitarse una variación en la tipología mexicana concebida en el siglo XIX y los arquetipos que legitimaron la estructura social. Modifica la ficción de los ideales contenidos en la descripción de un patrón humano (normotipo), jerarquía que legitimó a un grupo para detentar el poder. Además, la visión de Gómez Robleda será esencial para el análisis que emprende Emilio Uranga en 1949 en “Ensayo de una ontología del mexicano”, pues Uranga comienza por determinar el carácter del mexicano como sentimental. Esta disposición se compone de tres elementos fundamentales: una fuerte emotividad,

Finalmente, en la tercera edición de *El perfil...* (1951) se suprimió el capítulo “El indígena y la civilización”. En 1934 y 1938, la idea del “problema indígena” era aceptada en el ámbito intelectual; pero, en 1951, tratar el tema de los pueblos indígenas como un “problema nacional” resultaba francamente anacrónico. Más allá de los resultados y los métodos utilizados, a pesar de lo acertado o no de sus métodos, el indigenismo como revalorización y defensa de las culturas prehispánicas era un hecho. Por lo tanto, las comunidades indígenas que conformaban —y continúan conformando— la población mexicana exigían un enfoque académico distinto. Esto se demostró con los estudios emprendidos por —entre otros— Luis Villoro en 1950¹⁴² y Miguel León-Portilla en 1956.¹⁴³

2.2.2 Mestizos

Hemos señalado que Ramos entiende a la sociedad mexicana como una sociedad escindida. Por una parte, existe el grupo pasivo —compuesto por los indígenas—; por el otro, el grupo activo —compuesto por los mestizos y blancos—. Debido a que en el apartado anterior hemos dado cuenta del grupo indígena, ahora corresponde analizar al grupo mestizo. Quiénes son, cómo los define Ramos, qué los caracteriza, cuál ha sido su papel en el desarrollo cultural de México.

Empecemos por mencionar que la postura ramosiana es totalmente opuesta a la postura tradicional. Su concepción de la historia mexicana es antitética al “mito del mestizaje” —sobre todo, a la versión imperante durante el siglo XX—. Para Ramos, el mestizo es el personaje que ha impedido la “asimilación cultural”; es la negación y, por ende, el verdadero enemigo. El filósofo michoacano lo define de la siguiente manera: “El tipo de hombre que se adueña de la situación en el siglo pasado es el mestizo. Su pasión favorita es la política. La norma de su actividad es

la inactividad y la rumiación interior de los acontecimientos de la vida. Este último elemento es identificado por Uranga en la obra de Gómez Robleda.

¹⁴² Cfr. Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, El Colegio de México/El Colegio Nacional/Fondo de Cultura Económica, México, 2005.

¹⁴³ Cfr. Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, UNAM, México, 2006.

la imitación irreflexiva”.¹⁴⁴ Estas palabras permiten evidenciar que —contrariamente al discurso oficialista o tradicional—, en *El perfil...*, las referencias hacia los mestizos son totalmente negativas. La primera referencia directa al grupo mestizo diagnostica que opera un carácter esencialmente mimético en su inconsciente. Tras este señalamiento, se recuerda que anteriormente el autor había afirmado que los “fracasos de la cultura en nuestro país no han dependido de una deficiencia en ella misma, sino de un vicio en el sistema con que se ha aplicado. Tal sistema vicioso es la *imitación* que se ha practicado universalmente en México por más de un siglo”.¹⁴⁵ Obviamente, el michoacano se refiere a los primeros años de vida independiente y a las figuras mestizas que se encontraban en el poder.

En este orden de ideas nos parece importante señalar que, para Federico Navarrete —un estudioso del tema del racismo en México—, la “categoría colonial de mestizo no era ‘racial’, sino una clasificación social que se usaba para referirse a los individuos que no pertenecían plenamente ni al mundo español ni al mundo indígena”.¹⁴⁶ El problema de estos conceptos es que, tras la independencia, se siguieron utilizando las categorías sociales de criollo, mestizo e indígena. Mientras la primera categoría conservó —e incluso aumentó— su connotación de superioridad y privilegio, las otras continuaron significando exclusión y discriminación.

En el pensamiento de Samuel Ramos es posible observar ese racismo implícito desde sus primeros escritos. En el artículo titulado “A guisa de prólogo”, publicado en *La Antorcha* (1925), Ramos propone el siguiente raciocinio para explicar la pasión política en la mayoría de los mexicanos:

Empezaré denunciando que la mayoría de mis compatriotas aman la política no porque les importe el bien general del país. La política apasiona al mexicano, porque ella puede satisfacerle un instinto de crueldad. Es político por la misma razón que es aficionado a los toros. Descendiente de una raza sanguinaria que hacía sacrificios humanos en el templo de Huitzilopochtli, idólatra por atavismo, goza sádicamente viendo que en la arena del circo, o en la arena de la política, un hombre endiosado a quien adora, se irgue triunfante entre charcos de sangre. La pasión por

¹⁴⁴ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, *op. cit.*, p. 41.

¹⁴⁵ *Ibidem*, p. 21.

¹⁴⁶ Federico Navarrete, *op. cit.*, p. 108.

la política es como la pasión por los toros, una pasión agonística. Es la voluptuosidad satánica de contemplar una lucha en la que cuando menos una vida se destruye.¹⁴⁷

El origen de los problemas del mestizo —un descendiente de los indígenas— es que no logra desprenderse de sus atavismos. Además, al contrario de lo esperado, en vez de representar un estado intermedio hacia la civilización, el mestizo actualiza los instintos sanguinarios y la crueldad de sus antepasados a través de la actividad política. De lo anterior se infiere un racismo en el pensamiento de Ramos: la idea de razas humanas, civilizadas o salvajes, con diferentes grados de evolución. Para el autor de *El perfil...* los mestizos —un grupo social que aún posee un alto porcentaje de sangre indígena— heredan los vicios o rasgos propios de la raza precolombina. Los mestizos se caracterizan por ser individuos ignorantes, sanguinarios, idólatras, satánicos y crueles. Dicha noción resulta muy similar a la concepción del indígena durante la Colonia, etapa de la vida nacional en la que se pretendió sostener la inferioridad de las culturas precolombinas a partir de adjudicarles dichas características.

En este punto cabe destacar que, además de caracterizar al mestizo como un ser proclive a los peores vicios y conductas irreflexivas, en *El perfil...* Ramos declara su oposición a la teoría de las razas inferiores y su opinión respecto al mestizaje.

Las corrientes ideológicas, antiintelectualistas al conceder un valor a los elementos irracionales de la vida, han permitido estimar de un modo más justo a las “razas de color” antes despreciadas. Respecto al problema biológico del mestizaje, es todavía una cuestión tan controvertida, que no se puede concluir nada sobre su influencia en el mejoramiento o degeneración de las razas.¹⁴⁸

Las “razas de color” quizá puedan no ser inferiores para Ramos; sin embargo, la inteligencia no parece predominar en su personalidad. Como señaló Toscano Medina, “Ramos se muestra privilegiando a la razón, por tanto, la imaginación, las emociones, las pasiones, etc., quedan en un segundo plano a cuyo alcance no está la vida objetiva o supraindividual”.¹⁴⁹ Para Ramos es evidente que, si bien los

¹⁴⁷ Samuel Ramos, *Apéndice*, en *Obras completas*, Tomo I, UNAM, México, 1990, p. 256.

¹⁴⁸ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, *op. cit.*, p. 39.

¹⁴⁹ Marco Arturo Toscano Medina, *op. cit.* p. 189.

elementos irracionales de la vida son valorados, éstos no deben someter la existencia, pues impiden el desarrollo de la capa espiritual representada por la inteligencia, única que debe dirigir el comportamiento humano. En este sentido, si bien las “razas de color” poseen cualidades que no las convierten en razas inferiores, carecen de los principios espirituales —inteligencia— que podrían permitirles modificar y controlar su comportamiento y sentimientos. Si recordamos que —para este filósofo— la cultura es una propiedad inherente al espíritu, entonces, las “razas de color” están incapacitadas para desarrollar cualquier actividad artística o intelectual. En conclusión, Ramos no cree en las teorías de la inferioridad de las razas, pero sí afirma la existencia de culturas superiores. Tal superioridad es producida por la aventajada estructura mental de los hombres civilizados.

En cuanto a los mestizos, para Ramos éstos se encuentran en un estado que escuetamente define como “problema biológico aún por resolver”. Dicho concepto implica, obviamente, que el referido estrato aún es proclive a una alteración sospechosa de degeneración. De lo anterior es posible deducir que, cuando Ramos habla de “nuestra raza”,¹⁵⁰ no se refiere a los mestizos. En su pensamiento, los mestizos no constituyen una raza; representan una incógnita sobre la mejora o degradación de las razas. Pareciese que Ramos no desea pronunciarse respecto al mestizaje, pues afirma que no se concluye nada aún; sin embargo, sí lo hace —subrepticamente—, ya que mantiene la idea del problema biológico como un pilar de su clasificación.

Desde su primer libro es posible advertir las ideas que Ramos mantiene acerca de los distintos tipos de mexicanos. En “Del siglo XIX líbranos señor” —un apartado de *Hipótesis*—, el michoacano declara vehementemente que el siglo XIX mexicano fue controlado por “plebeyos”:

Durante el siglo pasado el poder político y espiritual cae en manos de plebeyos, clase que se vino enriqueciendo y organizando desde tiempos anteriores. Todo lo que aquel periodo histórico tiene de característico se lo debe a los plebeyos

¹⁵⁰ Dice Ramos al respecto: “hasta hoy la biología de nuestra raza no ha encontrado ningún dato para suponer que esté afectada por alguna decadencia orgánica o funcional.” Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, *op. cit.*, p. 39.

enriquecidos. Por eso es de las épocas más ruines de la historia. Fue materialista en la práctica, positivista en la teoría y naturalista en el gusto.¹⁵¹

En *El perfil...*, Ramos ya utiliza abiertamente el término racial “mestizo” para aludir a lo que en *Hipótesis* denominaba “plebeyos”. Así, no duda en plantear que, durante el siglo XIX, el mimetismo irreflexivo del mestizo derivó en la incapacidad para generar creaciones propias del alma mexicana.¹⁵² De acuerdo con Ramos, el mestizo mexicano sí es capaz de valorar la cultura, la aprecia y la desea; sin embargo, es incapaz de generarla. El filósofo michoacano intenta explicar que el mestizo, inconscientemente, trata de encubrir su ineptitud mediante la emulación de una cultura. En otras palabras, la imitación es una prueba de su sabida inferioridad. Ahora bien, Ramos asienta con vehemencia que el mestizo no ha hecho sino fracasar en su empresa. De modo que el mestizo es un ser impotente —una característica fundamental de las criaturas inferiores— y, además, un ser incapacitado para reproducir aquello a lo que aspira.

El positivismo estaba destinado a hacerse popular porque justificaba el realismo cándido del sentido común y lo sublimaba al rango metafísico. Era la única filosofía accesible a plebeyos de ruda inteligencia, sin poder de abstracción, pobres de fantasía. Confesaron su inferioridad en sus negaciones, como un miope que declara inexistentes los objetos que su cortedad de vista no alcanza a mirar.¹⁵³

El mestizo puede ser un imitador, pero es un ser incapaz de asimilar los valores simbólicos o elementos trasplantados de la cultura original —la cultura española—. Por consiguiente, ha fallado en la creación de una “cultura derivada”. Dicha incapacidad para reproducir la cultura superior demuestra que la apariencia de cultura presentada por el mestizo sólo es un camuflaje que disimula su sentimiento de inferioridad y la idea deprimente que tiene de sí mismo: “El mimetismo ha sido un fenómeno inconsciente, que descubre un carácter peculiar de la psicología mestiza”.¹⁵⁴

¹⁵¹ Samuel Ramos, *Hipótesis*, en *Obras completas*, Tomo I, UNAM, México, 1990, p. 3.

¹⁵² Cfr. Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, *op. cit.*, pp. 27-28.

¹⁵³ Samuel Ramos, *Hipótesis*, *op. cit.*, p. 3.

¹⁵⁴ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, *op. cit.*, p. 22.

La tipología propuesta por Ramos evidencia que, cuando éste busca una respuesta al problema del desarrollo cultural en México, recurre a los prejuicios sobre el origen racial de la población. A cada grupo le adjudica características, vicios y virtudes que lo hacen compatible o incompatible con su idea de cultura. Los mestizos son seres degradados intelectual y moralmente, tal como lo detalla en el apartado “Psicoanálisis del mexicano”. Ahora bien, el prejuicio de Ramos sobre lo mestizo también se advierte en otros escritos. En “A guisa de prólogo” (1925), en el apartado “Un concepto de cultura”, Ramos distingue entre hombre culto y hombre inculto o con apariencia de culto:

Cada paso en la educación debe ser un cambio que modifique sentimientos, ideas, gustos. La acción del hombre culto es diferente de la del hombre vulgar y por esto puede ser calificado de extravagante; pero es sincero; lo que hace está de acuerdo con lo que siente y piensa. No es artificioso como la falsificación del hombre culto. Este es al fin un mestizo que ni obra como hombre vulgar porque tiene el prejuicio de la cultura, ni siente como el hombre culto.¹⁵⁵

Esta cita demuestra con claridad que, para Samuel Ramos, el hombre culto no es —no puede ser— el mestizo. Además, estas palabras demuestran que sí existe una diferencia racial para Ramos y que esa diferencia predispone gustos, valores, inteligencia y desarrollo cultural. La misma psicología del mestizo lo determina —condena— a no ser más que un simple imitador, una copia anómala, la simulación de un hombre civilizado. Por consiguiente, es preciso asentar que el origen racial del mestizo lo excluye de formar parte del desarrollo cultural, pues está impedido de sentir y pensar como un hombre culto, es decir, como un hombre blanco —un criollo—.

Es indudable que, para Ramos, el mestizo es el elemento de la sociedad que más ha entorpecido los planes de empoderamiento de la cultura criolla y, por tanto, es el responsable del estancamiento cultural en México. Es el mestizo quien toma el control político tras la Independencia, pero reniega de la raíz hispana; anhela una cultura original y, por ello, pretende empezar de cero ignorando el pasado. El filósofo michoacano asevera que la ruda inteligencia del mestizo no le permite ver que la

¹⁵⁵ Samuel Ramos, *Apéndice*, en *Obras completas*, Tomo I, UNAM, México, 1990, pág. 259.

única cultura posible —la única cultura de la que podría ser parte— es la cultura criolla. Evidentemente, Ramos aboga por una derivación cultural que, claro está, debe ser liderada por los descendientes de los conquistadores españoles.

Para Samuel Ramos, las disputas políticas que caracterizaron al México del siglo XIX demuestran que todo lo que el mestizo hizo no fue sino una comedia política cuyos resultados fueron impregnar el ambiente social de inestabilidad y angustia. Claramente, la incapacidad consustancial del mestizo —falta de inteligencia y dominio de sus emociones— para dirigir al país propició que nuestra nación cayera en la anarquía y el atraso. En otras palabras, dado que el mestizo no cuenta con las características necesarias para tomar decisiones basadas en la razón —una característica propia de los seres superiores—, su incursión —incluso monopolio— en la vida política se presenta como una clara usurpación de papeles. El mestizo, un ser en proceso de formación, no puede ocupar los cargos que, por “natural” exigencia, corresponden a los criollos, es decir, a aquellos seres humanos provenientes de la cultura civilizada.

El otro error cometido por los mestizos durante su toma del poder fue el haberse desprendido de la religiosidad —verdadera pasión heredada, transformada ahora en pasión política—, es decir, haber eliminado el verdadero rasgo pasional legado por los españoles. En suma, la serie de riñas y fracasos políticos que caracterizan al siglo XIX mexicano, así como la ausencia de espiritualidad provocada por la escisión laicista, explican el “sentimiento de inferioridad” que identifica a la cultura mexicana del siglo XX:

La fase negativa de la religiosidad en México se inicia en cuanto entra la segunda mitad del siglo pasado. Es el comienzo dramático del liberalismo con la revolución de Reforma, cuyo resultado fue la constitución y la educación laicos. Los políticos que agitaron y legislaron el movimiento, con encendida pasión jacobina, eran intelectuales de mentalidad escolástica. Lo que no es retórica en sus polémicas anticlericales, es dialéctica de estilo seminarista.¹⁵⁶

Al advertir la estructura del pensamiento de Samuel Ramos es posible comprender el porqué, para el filósofo michoacano, un ser sin religión es incapaz de acceder a

¹⁵⁶ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, *op. cit.*, p. 71.

cualquier tipo de cultura. Según dicha lógica, la ausencia de un desarrollo espiritual atrofia el intelecto; obviamente, esta afectación torna a cualquier persona en un ser incapaz de acceder a una cultura genuina. El aspecto que no resulta nítido es cómo las sociedades laicas europeas surgidas de la Ilustración han logrado construir el mundo civilizado al que aspira a acceder la cultura criolla mexicana.

En el pensamiento de Ramos, lo mestizo tiene una carga negativa y su uso, siempre un sentido peyorativo. Sus comentarios sobre las razas, la valoración de elementos racionales e irracionales en el ser humano y la concepción del mestizaje resultan muy cercanas al denominado darwinismo social. De manera que podemos colegir que Ramos es una suerte de neopositivista cuyo método consiste en aplicar —trasladar— las teorías científicas naturalistas a la esfera social. El resultado de tal método es la concepción acerca de que los mestizos son una especie de antagonistas para el desarrollo de México. Si bien pertenecen al grupo activo de la población y, por tanto, pueden mejorar su posición económica, nunca dejarán de ser unos plebeyos de ruda inteligencia, incultos, imitadores, vulgares, en suma, seres inferiores. Los mestizos son quienes padecen el sentimiento de inferioridad al saberse intrusos en el mundo civilizado.

2.2.3 Criollos

La tipología planteada en *El perfil...* es clara y sencilla. Está fundamentada en un criterio racial que, al menos en apariencia, resulta idónea para distinguir a los distintos estratos de la sociedad mexicana. Samuel Ramos distingue entre indígenas, mestizos y blancos. Los indígenas —como ya hemos señalado— conforman un grupo pasivo. “El grupo activo es el otro, el de los mestizos y blancos que viven en la ciudad”.¹⁵⁷ Tal clasificación puede resultar lógica; sin embargo, es preciso preguntar ¿por qué distinguir entre blancos y mestizos? Desde nuestra perspectiva es evidente que Ramos identifica a los blancos con los criollos; de otra forma no tendría sentido la diferencia que establece el filósofo. Los mestizos poseen

¹⁵⁷ *Ibidem*, pp. 57-58.

las características anteriormente descritas; los criollos —como se verá— conforman el grupo en el que reside “el verdadero carácter español”.¹⁵⁸

El termino criollo, ya sea adjetivo —cultura criolla— ya sea sustantivo —criollos—, remite de inmediato al proceso de colonización y a la estratificación social según la cual los descendientes de padres españoles nacidos en América eran identificados como criollos. De acuerdo con Lucas Alamán, la Conquista propició que, en el continente americano, se introdujeran dos elementos que explican la diversidad de clases sociales en México:

Estos nuevos elementos fueron los españoles y los negros que ellos trajeron de Africa. Distinguiéronse poco tiempo despues los españoles nacidos en Europa, y en naturales de América, á quienes por esta razon se les dió el nombre de criollos, el que con el transcurso del tiempo vino á considerarse como una voz insultante, pero que en su origen no significaba mas que nacido y criado en la tierra. [...] A los españoles nacidos en Europa, y que en adelante llamaré solamente europeos, se les llamaba gachupines, que en lengua mejicana “hombres que tienen calzados con puntas ó que pican,” con alusion á las espuelas, y este nombre lo mismo que el de criollo, con el progreso de la rivalidad entre unos y otros, vino tambien á tenerse por ofensivo.¹⁵⁹

Más allá de las pugnas por la administración de la Nueva España entre españoles y criollos, nos interesa resaltar cómo el vocablo criollo tomó un significado peculiar en México. Éste se vinculó estrecha e inexorablemente a la ascendencia peninsular. La definición tradicional del criollo es la de un descendiente de españoles nacido en América, es decir, la de un español ultramarino. Si bien Ramos está de acuerdo con tal definición, habrá que admitir que está consciente de que, en la mayoría de los casos, sólo se trata de un ideal: “La escasez de la población fue causa de que en México se debilitara la energía original de la raza española. [...] Ya el hombre no era el mismo, pues el indio había alterado su fisonomía blanca con un matiz de color”.¹⁶⁰ En repetidas ocasiones, Ramos menciona cómo los rasgos de “nuestra raza” se han alterado a causa del mestizaje. En este sentido, los criollos se caracterizan por conservar su espíritu hispánico, no tanto su blancura: “Es de prever que, bajo la presión de las nuevas condiciones de vida y, sobre todo, por influencia

¹⁵⁸ *Ibidem*, p. 31.

¹⁵⁹ Lucas Alamán, *op. cit.*, pp. 16-17.

¹⁶⁰ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, *op. cit.*, p. 34.

del mestizaje, los rasgos españoles de nuestra raza hayan sufrido modificaciones importantes”.¹⁶¹

En consecuencia, es preciso asentar que Samuel Ramos aumenta el rango de vinculación con la Península: el criollo es aquél cuya ascendencia —por antigua que ésta sea— proviene de España: “Los descendientes de los conquistadores tenían a través de la sangre española un vínculo con Europa [...] No eran hombres primitivos, sino espíritus bien desarrollados para los cuales la civilización era una exigencia vital”.¹⁶² De igual modo, tampoco limita el “*ethos* criollo” a una cuestión de raza: en el siglo XX, todo aquél que cumpla con los requisitos exigidos —católico, hispanista y conservador¹⁶³— puede ser considerado como parte de este segmento. En suma, el término criollo alude —en Ramos— al grupo de personas que, a pesar de haber alterado su fisonomía blanca mediante un vínculo con la sangre mestiza o indígena, conservan un espíritu católico. Además, dado que estos nuevos criollos se identifican como descendientes de los criollos “originales”, se caracterizan por repudiar lo indígena —algo que entienden “ajeno”— y aceptar orgullosamente su herencia española. El afán por pertenecer a la alta cultura española —contraria a la primitiva cultura indígena— hace que los criollos se esmeren en defender y transmitir las costumbres, sangre, habla, religión y principios que ellos consideran inherentemente hispánicos. Esta concepción del criollismo resulta elemental para comprender las posturas de Ramos ante los problemas creados por la múltiple conformación cultural de México. Por lo tanto, será imprescindible esclarecer el enfoque sobre la cultura criolla en un apartado especial —el 2.4— donde se detallen, de acuerdo con Ramos, tanto las características como el aporte de este sector al desarrollo nacional.

¹⁶¹ *Ibidem*, p. 32.

¹⁶² *Ibidem*, p. 33.

¹⁶³ La importancia de la fe religiosa para el proyecto nacional de Ramos se revela en el siguiente pasaje: “Sólo un prejuicio antirreligioso impedirá ver que el único lazo que ata el caprichoso individualismo de la intelectualidad hispanoamericana en una unidad de cultura, es la influencia de la religión”. *Ibidem*, p. 76.

2.3 El carácter mexicano y sus manifestaciones en el grupo mestizo conforme al psicoanálisis de Ramos

Es necesario señalar una serie de aspectos endebles en el método del filósofo michoacano al exponer la tipología dentro del “Psicoanálisis del mexicano”. A) En repetidas ocasiones advierte que el indígena no es objeto de su investigación;¹⁶⁴ sin embargo, dedica todo un capítulo a comentar las características del criollo. B) El análisis de lo criollo no está incluido en “Psicoanálisis del mexicano”. C) El texto delata una aplicación contradictoria de la teoría psicoanalítica en los componentes de la sociedad que el autor identifica a lo largo de su obra —indígenas, mestizos, blancos o criollos—; los sectores analizados se distinguen por la investidura que les proporciona su estrato económico, no por su extracción racial.

La interpretación histórica que presenta Ramos en *El perfil...* hace fácil colegir que, para el autor, el problema en la estructura de la mente mexicana se deposita, primordialmente, en un sedimento de la sociedad: el mestizo. Esta es la razón por la cual —consideramos— el filósofo michoacano limita su análisis a los tres tipos básicos surgidos del mestizaje: el “pelado”, el “mexicano de la ciudad” y el “burgués mexicano”. En los tres tipos analizados se presenta, como nota característica, la imitación acompañada de una personalidad ficticia. La descripción de cada tipo ya la hemos abordado durante el primer capítulo, ahora corresponde demostrar cómo los rasgos corresponden al grupo denominado mestizo.

Para Ramos, lo mestizo es equivalente a degradación tanto moral como intelectual. Esto explica por qué una de las manifestaciones de lo mestizo —el “pelado”— representará las dos facetas de degradación. El “pelado” es “un animal entregado a pantomimas de ferocidad para asustar a los demás, haciéndole creer que es más fuerte y decidido”.¹⁶⁵ El pelado pertenece a la clase socioeconómicamente baja cuya nula instrucción le identifica como un ser ajeno a la razón: “En la jerarquía económica es menos que un proletario y en la intelectual un primitivo”.¹⁶⁶ En el ámbito moral, el pelado tampoco puede competir con los

¹⁶⁴ Cfr. Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, *op. cit.*, p. 58.

¹⁶⁵ *Ibidem*, p. 54.

¹⁶⁶ *Idem*.

demás miembros de la sociedad mexicana, pues está desprovisto de todo valor. En el “pelado” predomina la capa de la vitalidad representada por los instintos y el placer. Por eso, Ramos afirma que exhibe “cínicamente ciertos impulsos elementales que otros hombres procuran disimular. El ‘pelado’ pertenece a una fauna social de categoría ínfima y representa el desecho humano de la gran ciudad”.¹⁶⁷ El sentimiento de inferioridad orilla al “pelado” a falsear su realidad y la perspectiva que tiene de sí mismo. Ramos afirma que tiene dos personalidades: la real —se resume en un “cero a la izquierda”,¹⁶⁸ un animal, un ser desgraciado, desconfiado e ignorante— y la ficticia —alardea de una superioridad cimentada en lo instintivo—.

En el análisis realizado por Villegas en torno al “peladito”, resalta cómo la nacionalidad es el otro motivo o causa del sentimiento de inferioridad. Tal idea resulta importante en tanto que, de acuerdo con la descripción de Ramos, el pelado es un ser primitivo. Ahora bien, es necesario preguntarnos cómo un ser primitivo puede entender su nacionalidad. Por otra parte, se menciona que el pelado es un personaje irracional que deposita todo valor en su hombría. Por ese motivo, cuando se compara con los hombres civilizados, tiende a vincular su idea de nacionalidad con la hombría. En este sentido es necesario recordar que el comportamiento del mestizo está supuestamente orientado por la imitación irreflexiva.

El mexicano considera los grandes valores universales, no tanto conscientemente como fácticamente desde su propia circunstancia y les otorga la coloración de ésta; lo propio del hombre es la valentía, el machismo, y el mexicano es más hombre que los demás porque es más macho y más valiente, a él no le “duran” nada los otros, los europeos podrán ser más cultos y los norteamericanos podrán tener mucho dinero, pero el mexicano es muy valiente y muy macho.¹⁶⁹

Para Villegas, el “peladito” pertenece al populacho, la masa ignorante de mexicanos que solamente puede entender los grandes valores universales desde su facticidad. Así, de acuerdo con Villegas —y con Ramos—, el peladito tiene actitudes machistas debido a que ha interiorizado como valor el ser muy macho y valiente. Realmente

¹⁶⁷ *Ibidem*, p. 53.

¹⁶⁸ *Ibidem*, p. 54.

¹⁶⁸ *Idem*.

¹⁶⁹ Abelardo Villegas, *La filosofía de lo mexicano*, op. cit., p. 126.

se trata de un prejuicio, ya que este tipo de conductas —si bien existen— no están presente solamente en la clase socioeconómicamente baja.

Al iniciar el apartado “El mexicano de la ciudad”, Ramos hace una aclaración respecto a los dos grupos, claramente diferenciados, que conforman la población mexicana. Por una parte, se sitúa el grupo activo —mestizos y blancos—; por la otra, el pasivo —indígenas—. En ningún momento afirma que “el mexicano de la ciudad” pertenezca al grupo activo de los blancos. Esta distinción resulta por demás importante, ya que el esquema del filósofo michoacano tiene como finalidad el remarcar la superioridad de la cultura criolla.

En la descripción del “mexicano de la ciudad” es factible observar que éste posee los rasgos que identificaban al mestizo; principalmente, aún presenta las características indígenas que convertían al mestizo en un ser inferior. Como se resaltó en el primer capítulo, la raigambre precolombina convertía al mestizo en un ser desconfiado carente de valores y principios: “No tiene ninguna religión ni profesa ningún credo social o político. Es lo menos ‘idealista’ posible. Niega todo sin razón ninguna, porque él es la negación personificada”.¹⁷⁰

En cuanto a la esfera intelectual, el “mexicano de la ciudad” es un ente “pasional, agresivo y guerrero por debilidad; es decir, porque carece de una voluntad que controle sus movimientos”.¹⁷¹ Al igual que el “pelado”, este tipo no ha desarrollado la capa del espíritu —voluntad e inteligencia—. A diferencia del “pelado”, el “mexicano de la ciudad” es un proletario o profesionista. Tal disimilitud le otorga un estatus un poco mayor debido, en gran medida, a que dichos oficios resultan más ciudadanos, es decir, más civilizados. Ahora bien, su mayor participación de la civilización no impide que, como todo mestizo, su actividad se limite a ser imitativa e irreflexiva a causa de su sentimiento de inferioridad. Así, la falta de fe, la desconfianza o incredulidad son los rasgos que caracterizan al “mexicano de la ciudad”. Este tipo no tiene ideología, religión, valores, no cree en nada, ni siquiera en sí mismo: “Quisiera ser un hombre que predomina entre los demás por su valentía y su poder. La sugestión de esta imagen lo exalta artificialmente,

¹⁷⁰ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, *op. cit.*, p. 59.

¹⁷¹ *Ibidem*, p. 61.

obligándolo a obrar conforme a ella, hasta que llega a creer en la realidad del fantasma que de sí mismo ha creado”.¹⁷²

Ramos identifica una serie de características que distinguen al “mexicano de la ciudad” del criollo y del indígena. A diferencia del primero, es un ateo, resentido, desconfiado y de comportamientos irreflexivos; a diferencia del segundo, puede acceder a una profesión —pero no al grado del burgués mexicano y, mucho menos, al nivel del criollo—. Por consiguiente, el “mexicano de la ciudad” no pertenece al ambiente primitivo del indígena, pero tampoco ha podido asimilarse a la civilización. Es menos que el criollo, pero más que un indígena; es más que un “pelado”, pero menos que un burgués. Se trata, en suma, de un estado intermedio.

La mejor de las versiones de lo mestizo se encuentra en el “Burgués mexicano”. Se trata del “grupo más inteligente y cultivado de los mexicanos”.¹⁷³ Este tipo de mexicano mestizo se caracteriza por el reconocimiento de la superioridad cultural y moral del estrato criollo. Tal consciencia le impele, obviamente, a imitarlo casi a cabalidad —aunque su éxito sea una empresa perdida—. La consciencia de su situación existencial —su estatus de ser intermedio— le hace mejor que el “pelado” y el “mexicano de la ciudad”; sin embargo, dicha consciencia no es suficiente para acceder al estado óptimo.

Para Samuel Ramos, el hombre culto no es —no puede ser— mestizo. Por consiguiente, la idea de un mestizo culto es un mero artificio. El comportamiento del burgués mexicano no es ya el de un hombre vulgar, pero tampoco logra alcanzar el estado superior —el criollo—. Su origen racial le impide sentir como un hombre culto; la imitación delata su psicología mestiza. Podría considerársele como el estadio superior del estrato mestizo. En realidad, se trata de un mestizo de ruda inteligencia que ha logrado acumular cierta riqueza. Su posición económica y política le han permitido ocultar su sentimiento de inferioridad tras la apariencia de poder, inteligencia y cultura. A mitad de camino entre ambos estratos sociales, el “burgués mexicano” habita un limbo paradójico que propicia la aparición de una actitud plebeya en él: “todo mexicano de las clases cultivadas es susceptible de

¹⁷² *Idem.*

¹⁷³ *Ibidem*, p. 62.

adquirir, cuando un momento de ira le hace perder el dominio de sí mismo, el tono y el lenguaje del pueblo bajo”.¹⁷⁴ Su sentimiento de inferioridad se advierte en la violencia y altanería de su fingida posición. En realidad, se trata de una superioridad ficticia con la que mitiga su sentimiento de menor valía: “Practica la maledicencia con una crueldad de antropófago. El culto del *ego* es tan sanguinario como el de los antiguos aztecas; se alimenta de víctimas humanas”.¹⁷⁵ Si bien el “burgués mexicano” logra tener acceso a la alta cultura merced a su posición económica, lo importante es que éste tampoco logra alcanzar el estatus del criollo. El burgués comparte las características que Ramos adjudica al grupo mestizo: en su inconsciente opera un carácter mimético; sus acciones son irreflexivas; actualizan la crueldad de sus antepasados a través la maledicencia, la política, el rebajamiento del otro, la riña, la necesidad de herir o el gozo por la destrucción.

A partir de las características adjudicadas por Samuel Ramos al grupo mestizo podemos comprobar que los tres tipos analizados en el “Psicoanálisis del mexicano” son mestizos. La razón por la cual Ramos limita su análisis al mexicano mestizo es a un tiempo tácita y lógica: el filósofo no pretende realizar una descripción de estos tres tipos, sino realizar una apología de la cultura criolla, aquella que asimiló su nexo con la península ibérica.

2.4 La cultura criolla como prototipo en *El perfil...*

En el primer capítulo de este estudio se expuso el tema de la cultura criolla a partir de algunas de las interpretaciones realizadas en torno a *El perfil...* En este apartado trataremos de mostrar cómo la misma propuesta de una cultura criolla es una forma de rechazo y discriminación contra dos grupos: los mestizos que no se consideran herederos de la “raza española” y los indígenas.

Al igual que en el caso de los tipos analizados por Ramos, la cultura criolla es un tema que se presta a diferentes interpretaciones. Por ejemplo, Hernández

¹⁷⁴ *Idem.*

¹⁷⁵ *Ibidem*, p. 65.

Luna se pregunta “¿Qué es la cultura criolla? Por ella debe entenderse ‘la cultura universal hecha nuestra’ (p. 95), los valores occidentales encarnados en la existencia mexicana, las formas de vida europea asimiladas a nuestro proceso histórico, que viven y actúan como realidades vitales nuestras y expresan nuestro ser nacional”.¹⁷⁶ En su respuesta, Hernández Luna destaca los “valores occidentales” como parámetro de una cultura universal a la que debería aspirar la sociedad mexicana. No obstante, la respuesta es ambigua; ello dificulta la interpretación de *El perfil...* Si bien Ramos considera que la cultura criolla deriva de un legado europeo, éste se acota a elementos y principios españoles.

Por otra parte, en la apreciación que realiza Toscano Medina sobre la cultura criolla advierte que,

No podemos escapar a las determinaciones culturales que las condiciones de nuestro idioma nos señalan. La experiencia religiosa nos viene dada por una religión “europea”, la católica. Nuestras concepciones sobre la vida trascendente se expresan según las formas culturales del cristianismo. En resumen, nuestro mundo, nuestra realidad, se encuentran organizados y concebidos bajo los límites de la tradición cultural de Europa occidental. Para Ramos la idea de que todo esto se nos impuso no tendría sentido; la mayoría de los mexicanos no son indios y fueron éstos en todo caso a quienes se les impuso o se les ha querido imponer la vida occidental.¹⁷⁷

Es cierto que Ramos recurre a la noción de “destino” para tratar de visualizar cómo debe ser la cultura mexicana. De acuerdo con el autor, los proyectos de cada pueblo están determinados por su “herencia histórica, la estructura mental étnica, [y] las peculiaridades del ambiente”.¹⁷⁸ Esto marca limitaciones y abre posibilidades de desarrollo. En el caso nacional, reitera que el pueblo mexicano surge históricamente del encuentro entre indígenas y españoles.

En este sentido es preciso señalar que —como ya se explicó anteriormente—, en la visión de Ramos, los indígenas perdieron todo derecho de transmisión cultural debido a su derrota frente a los conquistadores españoles. En consecuencia, los mexicanos heredaron la sangre, el habla, la moral, la religión y

¹⁷⁶ Juan Hernández Luna, *op. cit.*, p. 117.

¹⁷⁷ Marco Arturo Toscano Medina, *op. cit.*, p. 150.

¹⁷⁸ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, *op. cit.* p. 66.

las formas de vida de los peninsulares. Los indígenas no comparten estos elementos; por lo tanto, deben ser excluidos del “destino” mexicano. Contrario a lo que explica Toscano Medina, Ramos sí afirmó en 1934 —cuando se publica *El perfil...*— que la mayoría de la población era indígena.¹⁷⁹ Además, estimamos que Ramos es consciente de la imposición cultural que representó la Conquista para las comunidades precolombinas.¹⁸⁰

La revisión de la historia de México llevada a cabo por Ramos tiene como motivación primordial establecer que el desarrollo cultural debe depender o provenir de la cultura ibérica.¹⁸¹ Al fin y al cabo, no es gratuito que su apología de la cultura criolla se fundamente en la victoria de los conquistadores sobre las civilizaciones precolombinas. Como se señaló en el primer capítulo, la cultura criolla es definida como el “verdadero núcleo de la vida mexicana, constituido especialmente por la clase media, cuya existencia total se desenvuelve conforme a tipos de vida europea”.¹⁸² Además, la cultura criolla es entendida como la parte minoritaria de la sociedad mexicana que logró asimilar los elementos trasplantados por la cultura original: idioma y religión católica, principalmente. La asimilación de estos elementos se percibe en los principios y valores que guían la existencia de este sector clasemediero: “Este criollismo es pronunciado, sobre todo en los centros

¹⁷⁹ “Aun cuando la mayoría de la población la compone el indio, su estado mental no le permite todavía desprenderse de la naturaleza, junto con la cual forma el ambiente de primitivismo que rodea al resto de la población”. Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, *op. cit.*, pp. 67-68.

¹⁸⁰ *Cf.* Samuel Ramos, “El indígena y la civilización”, en *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1938, *op. cit.* En este apartado Ramos explica, entre otras cuestiones, cómo se ha coaccionado al indígena para que abandone sus costumbres: “Podría atribuirse la resistencia, que todavía ahora oponen los indígenas a la civilización, al resentimiento secular contra la raza dominante que los ha maltratado y humillado. No se puede esperar que el indio tenga simpatía por la civilización de los hombres que han causado su desgracia. Sin embargo, estos motivos históricos no bastan para explicar las dificultades que se presentan en la tarea de civilizar al indio”. Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1938, *op. cit.*, p. 42.

¹⁸¹ El siguiente comentario presenta, en este sentido, una cuestión importante. Ramos afirma que “Si el mexicano tiene una idea deprimente de su valía, es porque se ha fijado en valores de comparación que, como es natural, cambian de magnitud de acuerdo con el punto de referencia que se adopte. La unidad de medida no debe buscarse en hombres de otros países y otro grado de cultura”. Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, *op. cit.*, p. 100. Una cuestión que pareciera señalar una suerte de independencia con respecto a la cultura europea; sin embargo, es evidente que Ramos opone “cultura europea” —considerada como ajena a nuestra cultura— a “cultura española”, una cultura que el criollo no puede imitar porque, en realidad, le pertenece. Ramos opone, así, imitación y reconocimiento.

¹⁸² *Ibidem*, p. 67.

provincianos, menos propensos a desnaturalizarse con las modas extranjeras. Estos centros conservan en su espíritu, como en la cara de sus mujeres o en la arquitectura de sus ciudades, el perfil europeo integrado ya al paisaje de México”.¹⁸³

Para Ramos es una necesidad que el país fundamente su composición en los valores criollos. El criollo del que habla Ramos es el que dará forma a una nueva raza en América al reconocer la línea directa que nos une a la España católica. Por ese motivo, será esencial que dicho criollo conserve, como elemento de trasplatación, la normatividad que impone la religión católica y todas las formas de vida que ésta implica. En este punto es importante reiterar que, para Ramos, el despliegue cultural de un pueblo está condicionado por el desarrollo de la religiosidad. En el caso de México, debido al legado ibérico, la religiosidad se reduce a las enseñanzas del catolicismo que marcaron las pautas de comportamiento en los individuos. En consecuencia, hace un breve recuento sobre la importancia de la religiosidad católica en la conformación de México. En él, obviamente, concede un gran crédito a los misioneros evangelizadores de la Colonia y a los padres de la iglesia que hicieron posible la independencia del país.

Para que podamos decir que en un país se ha formado una cultura derivada, es preciso que los elementos seleccionados de la cultura original sean ya parte inconsciente de la cultura de aquel país. Entendemos por cultura no solamente las obras de la pura actividad espiritual desinteresada de la realidad, sino también otras formas de acción que están inspiradas por el espíritu. Desde este punto de vista, la vida mexicana, a partir de la época colonial, tiende a encausarse dentro de formas cultas traídas de Europa. Los vehículos más poderosos de esta trasplatación fueron dos: el idioma y la religión. Fueron éstos los dos objetivos fundamentales de la educación emprendida por los misioneros españoles que, en una hazaña memorable, realizaron en el siglo XVI la “conquista espiritual” de México.¹⁸⁴

Aunque Ramos acepta que los individuos pueden alejarse de la religión, ésta debe haber moldeado su espíritu previamente. Desde esta perspectiva, el catolicismo es indispensable en la formación del pueblo mexicano. Pero Ramos va más allá cuando pone de ejemplo a pensadores hispanoamericanos como Rodó, a quien le atribuye un carácter propio de la cultura criolla.

¹⁸³ *Ibidem*, p. 68.

¹⁸⁴ *Ibidem*, p. 29.

El comedimiento, la luminosidad de su forma literaria, así como el helenismo, el cristianismo, la confianza en la razón que están contenidas en la obra, son las partículas que han integrado el espíritu mediterráneo. ¿Cómo pudo este espíritu propagarse a América? Nótese que los elementos enumerados arriba no son cosas que se aprenden en la escuela, sino más bien predisposiciones de la sensibilidad y el entendimiento, que ordenarán todo cuanto el individuo vaya aprendiendo, conforme a ciertos tipos invariables de representación. Estas modalidades que dan al alma su carácter, sólo puede troquelarlas un poder espiritual como la Iglesia Católica, actuando de un modo permanente de generación en generación, como una atmósfera que los individuos se ven obligados a respirar desde el nacimiento hasta la muerte.¹⁸⁵

Si bien Ramos distingue entre el “poder material de la iglesia” —poder contra el que arremetió el positivismo— y la religiosidad, asume que únicamente la iglesia católica es capaz de moldear el espíritu mexicano. En otras palabras, para el filósofo michoacano solamente la iglesia católica puede brindar el sentido espiritual necesario para la creación cultural debido, primordialmente, a su natural tendencia a relegar las pasiones y los instintos.

Para no caer en contradicción es importante explicar por qué, para Ramos, la cultura criolla constituye una cultura derivada por “asimilación”, categoría opuesta a la “imitación” presentada por los mestizos en el siglo XIX. En el discurso de Ramos, los criollos aceptan el legado español de buena gana; sólo es preciso asimilarlo a las circunstancias mexicanas. Desde este enfoque, la Independencia puede ser comprendida como una rebelión contra la política administrativa de la Nueva España, la cual buscaba dejar de depender de la Corona española. Fue un movimiento urdido por sacerdotes criollos que en ningún momento despreciaron la sustancia española con todos sus elementos: costumbres, cosmovisión, cultura, etc. Se trató, pues, de un movimiento económico-político, no de uno social o cultural.

El impedimento para que la asimilación fuese plena, obviamente, fue el grupo de los mestizos, clase social que se adueñó de la situación política mexicana durante el siglo XIX. Ellos fueron quienes diseminaron el repudio hacia los elementos ibéricos. Tras la Independencia de 1810, proliferó el patrón de “imitación” en la cultura debido a imposibilidad de partir de cero ignorando el vínculo con España. De esta forma se empezaron a copiar modelos culturales, principalmente

¹⁸⁵ *Ibidem*, p. 75.

el francés. La imitación —de acuerdo con Ramos— es una característica de la psicología mestiza. Obviamente, los criollos no comparten la misma psicología. Por lo tanto, el mimetismo afrancesado del siglo XIX es obra del grupo mestizo, mas no de los criollos.

Si bien para Ramos durante el siglo XIX “puede aseverarse que el esfuerzo de los mexicanos por adquirir una cultura científica, artística, filosófica y literaria, se encuentra bajo el signo de Francia”,¹⁸⁶ respecto al positivismo debemos distinguir entre la imitación irreflexiva de los mestizos y la asimilación orgánica de los criollos.

En lo que toca a México, por más que las consecuencias del positivismo fuesen a la postre funestas para la cultura, en cierto momento fue esa doctrina un factor de liberación y progreso para una minoría directora. La arrancó del estancamiento escolástico de los seminarios e hizo posible renovar el aire viciado de las escuelas, abriendo sus puertas al estudio científico. Se explica el éxito del positivismo, que pronto se hizo popular porque respondía a una necesidad espiritual y social de México. Era una planta exótica, pero encontraba aquí en la atmósfera oxígeno que la alimentara, y por eso vivió. Vivió casi siempre como una pasión negativa, contradiciendo su nombre de “positivismo”. Aun así, el hecho de arder como pasión significaba que era una doctrina viviente. Merece entonces ser considerada como un momento de la cultura criolla.¹⁸⁷

En este sentido, para el autor de *El perfil...*, los criollos lograron asimilar los elementos de la cultura francesa e incorporarlos a su realidad separando la religiosidad de los ámbitos político y educativo. De esa manera lograron coadyuvar a la construcción de México. Ahora bien, no hay que soslayar que solamente se trataba de una minoría criolla. El resto —los mestizos— no contaba con las herramientas espirituales e intelectuales —como se explicó anteriormente—, por ello imitaron irreflexivamente la forma cultural francesa. De ahí que, para Ramos, sus acciones sólo fueron un artificio que intentaba encubrir su falta de cultura.¹⁸⁸ Sólo así se comprende que el mimetismo afrancesado del siglo XIX —aquel que declinó en europeísmo artificial, autodenigración y descastamiento del pueblo mexicano— se deba al mestizo, y no a la minoría criolla, aquella élite culta que importó el positivismo. En este sentido, Toscano advierte: “La cultura criolla, afirma

¹⁸⁶ *Ibidem*, pp. 48-49.

¹⁸⁷ *Ibidem*, p. 76.

¹⁸⁸ Cfr. Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, *op. cit.*, p. 22.

Ramos, importó el positivismo y ella también se encargó de combatirlo cuando se convirtió en una barrera, ese fue el papel del Ateneo de la Juventud. Así pues, la cultura criolla, según Ramos, es la única fuente disponible de energía cultural real. Es la reserva espiritual de México”.¹⁸⁹

Otro Punto que distingue a la cultura criolla —según Samuel Ramos— es la voluntad “para elevarse a la universalidad espiritual”¹⁹⁰ a través de la inmersión en la cultura europea. En este punto no resulta muy claro lo que Ramos quiere transmitirnos, pues comenta que este *leitmotiv* de la cultura criolla no es un acto de simple imitación servil. Pareciera entonces que, de alguna u otra forma —no muy clara ciertamente—, la cultura criolla tendría el poder de entender y reproducir la cultura europea sin caer en mimetismos. Las producciones fraguadas por la cultura criolla —por ejemplo, los ateneístas de principios del siglo XX— son verdaderas expresiones de la universalidad espiritual para Samuel Ramos. Debemos comprender, por consiguiente, que a los criollos se les perdona escaparse de su realidad debido a la aparente necesidad que experimentan por desenvolver dicho espíritu. Además, no los tilda de imitadores; simplemente aduce que su circunstancia no les ha dejado otra forma de expresión artística que la tomada prestada de Europa.

Desde *Hipótesis* —su primer libro—, Samuel Ramos consideraba que los “más altos valores humanos son exclusivos de los que son capaces de independizarse, al menos espiritualmente, de la realidad concreta de la vida”.¹⁹¹ Quizá por ello, en *El perfil...* resalta las obras culturales de los criollos como una fuga de la realidad. Y, tal vez por el mismo motivo, los ateneístas tuvieron que construir una cultura ajena a su existencia, pues es obvio que la vida política del país no constituía un entorno propicio para el desarrollo cultural y espiritual de sus integrantes. El espíritu artístico de los ateneístas deseaba expresarse en un lenguaje genuino; sin embargo, América Latina no había sido capaz de producir dicho lenguaje. Se vieron entonces en la necesidad de tomar el lenguaje de la cultura europea. Será que la cultura criolla sigue siendo un *humus* cuyos

¹⁸⁹ Marco Arturo Toscano Medina, *op. cit.*, p. 154.

¹⁹⁰ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, *op. cit.*, p. 80.

¹⁹¹ Samuel Ramos, *Hipótesis*, *op. cit.*, p. 3.

representantes son personalidades excepcionales, pero las diferencias señaladas por Ramos entre los mestizos —imitadores y politiqueros— del siglo XIX y los criollos del XX no se sustentan ni tienen un argumento verosímil. Desde la otra perspectiva se podría argüir —de igual modo— que los políticos del siglo XIX tomaron prestado el lenguaje y los sistemas europeos por necesidad y que sus acciones expresaron necesidades universales en un contexto propio.

Es menester resaltar que Ramos realiza una apología de los elementos españoles que pervivieron durante el mestizaje. Esto es importante porque, para él, estos rasgos son el germen de la cultura criolla. Y es que, si bien no defiende abiertamente una idea racial del criollismo, sí aboga por un criollismo cultural. En otras palabras, Samuel Ramos interpreta que, para construir una identidad apropiada, es indispensable el aceptarnos y reconocernos como descendientes de los conquistadores, no como descendientes de las razas vencidas. En este sentido, se infiere que el sentimiento de inferioridad se produce por el apego y la afinidad hacia los grupos indígenas originarios de América. Por ello, si nos reconocemos como los descendientes de los conquistadores españoles, tendremos derecho a gozar legítimamente de la civilización; seremos, por tanto, “europeos de derecho”,¹⁹² tal y como explica Ramos que sostenía Bolívar.

Nos parece importante agregar que, en la primera parte de *Veinte años de educación en México*, Samuel Ramos hace una valoración de la función de Vasconcelos al frente de la Secretaría de Educación Pública. El filósofo michoacano considera que mientras al autor de la *Raza cósmica* le faltó tiempo para concretar sus ideas, a sus sucesores en la Secretaría les faltó visión para seguir con su obra. Se trataba —explica— de políticos más fieles a sus intereses que a la misión encomendada dentro de la enseñanza. Para el autor de *El perfil...*, Vasconcelos había creado el proyecto educativo más adecuado para la población mexicana:

La dignificación y la boga de la música y del arte popular mexicanos se deben a Vasconcelos. Él lo protegió y lo impulsó, por todos los medios a su alcance. Su obra es por eso genuinamente mexicana, nacional. Pero al mismo tiempo su ideal se cifraba en ampliar los límites estrechos del nacionalismo. Él lo explica así: “Movido por el afán de otorgar a la escuela el ideal que le falta, hice yo otro esfuerzo

¹⁹² Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, *op. cit.*, p. 33.

desesperado. Consistió en ampliar el plan patriótico, asentándole en la lengua y en la sangre”. Volviéndonos a la tradición española, pretendía revivir el parentesco con los demás países de habla hispánica y hacer del hispanoamericanismo una especie de patriotismo mayor.¹⁹³

Para Samuel Ramos, el plan de Vasconcelos era totalmente acertado, dado que aspiraba a revitalizar la tradición española merced a los lazos de sangre —considerarnos descendientes de los conquistadores— y la imposición de una lengua: la española. Desde esta perspectiva podemos comprender que el hispanismo de Ramos pretendió ser la continuación de la obra de Vasconcelos, el Ulises Criollo.

En suma, la interpretación de Ramos es muy drástica. En ésta se infiere que han de ser puramente hispanos los elementos “destino” a desarrollar por el pueblo mexicano. El anhelo criollo de imponer el dominio se revela en la conformación de una identidad nacional que, en aras de alcanzar el mito moderno del progreso, construye un discurso apologético de los valores europeos. En este sentido, Ramos afirma que un “indio puede aprender a guiar un automóvil, a manejar una máquina para arar la tierra, pero no sentirá la emoción del hombre blanco ante la gran potencia de trabajo que esos instrumentos encierran”.¹⁹⁴ En el discurso de Ramos, por lo tanto, se plantea a México como un país cuyo futuro promisorio está dado por la depuración de los aspectos no-europeos, es decir, por un acriollamiento de la cultura. En algunos momentos pareciera que el autor sólo se refiere a una inclinación o preferencia hacia las costumbres, principios o formas de vida criollas —sin referirse directamente a lazos de sangre, ya que esto permitiría inferir un racismo claro o directo en su pensamiento—; sin embargo —como se ha expuesto en este trabajo—, la opinión externada acerca del “problema biológico del mestizaje” —como él mismo lo llama— explica mucho sobre el sentido liminar de su obra.

¹⁹³ Samuel Ramos, *Veinte años de educación en México*, op. cit., p. 82.

¹⁹⁴ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, op. cit., p. 106.

2.5 La clase media criolla y su relación con la provincia

La interpretación que aquí hacemos de *El perfil...* puede provocar algunas objeciones. En nuestra lectura, consideramos que la división de la población descrita por Ramos se acerca más al tipo de estratificación colonial sustentado en castas y estamentos, pues el criterio que determina la pertenencia a un estrato suele ir acompañado del reconocimiento o afinidad de una forma de vida, de lazos de sangre y, en ocasiones, de criterios de nacimiento.

En el apartado “Arquetipos de lo mexicano en los que emerge el sentimiento de inferioridad” —1.5, primer capítulo—, mencionamos que Hernández Luna consolida la interpretación de los tipos analizados en el “Psicoanálisis de mexicano” con una lógica de estratificación social en la que el “pelado” corresponde a la clase baja, el mexicano de la ciudad a la clase media y el burgués mexicano a la clase alta. Posteriormente mencionamos que Toscano Medina, además de coincidir con esta lectura, logra enlazar la tipología con las estructuras ontológicas del ser humano percibidas en el sistema filosófico ramosiano: la vitalidad, el alma y el espíritu. Para ambos filósofos, el “Psicoanálisis del mexicano” aborda a todos los mexicanos en su generalidad, excepto al indígena. Toscano piensa que en el psicoanálisis sólo se advierten las capas primera y segunda, es decir, la estructura vital que corresponde a los instintos y la región del alma donde habitan los sentimientos. Al identificar la tipología con una división jerárquica de clases determinada por criterios económicos y culturales —clases baja, media y alta—, Toscano Medina se ve obligado a reconocer que el “mexicano de la ciudad” corresponde a la “cultura criolla”, aunque las características resaltadas por Ramos para cada sector sean opuestas:

El siguiente tipo social que analiza Ramos es *el ciudadano, el urbano*. Éste se compone —a diferencia del rural integrado principalmente por indígenas— de mestizos, blancos o criollos. Es el tipo social que más se acerca a lo que podemos llamar “el mexicano”; es el ciudadano de clase media que, como dice Ramos, ha conservado los valores tradicionales asimilados de la cultura hispánica y europea: idioma, religión, familia, etcétera.¹⁹⁵

¹⁹⁵ Marco Arturo Toscano Medina, *op. cit.*, p. 214.

Como se advierte en la cita, Toscano realiza una fusión de las características del mexicano ciudadano y de la cultura criolla, porque asume que ambos conforman la clase media. Si el análisis de *El perfil...* se limita a una perspectiva económico-social, se advertirán muchas contradicciones entre la propuesta de una “cultura criolla” y el análisis de un “mexicano de la ciudad” afectado por un complejo de inferioridad. En nuestra propuesta, básicamente hemos planteado que Ramos presenta una tipología general o racial de la sociedad mexicana: indígenas, mestizos y criollos. Asimismo, sostenemos que en el grupo mestizo debería insertarse la tipología especial constituida por el “pelado”, el mexicano mestizo de la ciudad y el mestizo burgués. De otra forma dicha, el “Psicoanálisis del mexicano” se circunscribe al tipo que Ramos denomina mestizo, no al criollo ni al indígena.

Consideramos que la clase media propuesta por Samuel Ramos —la denominada “cultura criolla”— constituye un estrato distinto al “mexicano de la ciudad”. Luego, en nuestra lectura no cabe contradicción alguna, pues la clase media criolla no alude al “mexicano de la ciudad”. A continuación, trataremos de expresar los argumentos que sostienen nuestra interpretación.

Si bien Ramos enfatiza que la cultura criolla es un sector compuesto especialmente por la clase media, en repetidas ocasiones señala que se trata de un estrato provinciano:

el sedimento criollo de la cultura representa la porción más rígida del carácter mexicano. La tenacidad del espíritu conservador en nuestras sociedades tiene este origen. Cuando don Lucas Alamán fundó el Partido Conservador, bien entrado el siglo XIX, hacía consistir su política en aliarse con la Iglesia y volver al sistema español de la colonia. La presencia de esa cultura tradicional puede advertirse todavía en los prejuicios morales y religiosos y en las costumbres rutinarias de nuestra clase media de provincia. La fuerte resistencia que opone el tradicionalismo a los cambios exigidos por el tiempo, ha provocado una reacción igualmente vigorosa, que tiende a modificar el espíritu mexicano en un sentido moderno.¹⁹⁶

La cultura criolla, una idea por demás ambigua toda vez que utiliza un concepto racial para aludir a uno cultural, resulta ser equivalente a lo que bien podría haberse mentado con mayor propiedad como la clase media provinciana: “Este criollismo es

¹⁹⁶ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, *op. cit.*, pp. 30-31.

pronunciado, sobre todo en los centros provincianos, menos propensos a desnaturalizarse con las modas extranjeras”.¹⁹⁷ Samuel Ramos identifica a la provincia como un lugar idílico en el que las costumbres españolas no han desaparecido, es decir, como un espacio libre del influjo corruptor de las ciudades. De este modo, en la Tierra Adentro es fácil advertir que la pasión religiosa de la cultura criolla orienta todos los ámbitos de la existencia a través de la conservación de principios y valores.

Para reforzar nuestra interpretación es preciso resaltar que Ramos, al igual que Lucas Alamán, considera a las ciudades como centros de relajación moral y social. Alamán confronta los vicios del ambiente citadino con las virtudes de la provincia cuando describe a las mujeres criollas.

No solian participar estas de los defectos de sus hermanos, por lo que se consideraba como principio establecido, que en América las mugeres valian mas que los hombres; y dejando aparte las excepciones que todas las reglas generales suponen, y muy especialmente las que deben hacerse respecto á la capital y á algunas otras ciudades grandes, en las que la corrupción de costumbres era bastante comun; es menester confesar, que nada habia mas respetable que las familias de mediana fortuna de las provincias, siendo las mugeres criollas, amantes esposas, buenas madres, recojidas, hacendosas, bondadosas...¹⁹⁸

Como se muestra en el pasaje anterior, la dicotomía entre provincia y ciudad no constituye una apreciación exclusiva del autor de *El perfil...* La opinión acerca de que los centros citadinos son lugares de degeneración y corrupción se puede encontrar en varios pensadores. En *La génesis del crimen en México*,¹⁹⁹ Julio Guerrero estudia el citadismo como un factor relacionado con la delincuencia en el país. Para este autor, la Guerra de Reforma dejó en ruinas a la Ciudad; proliferaron delitos como el robo debido a que la mayoría no tenía trabajo o el salario que percibían era insuficiente para sobrevivir. En dicho análisis, Guerrero explica que algunos grupos indígenas se han librado de las perversiones y de la degradación merced a su alejamiento de las ciudades. Las ideas que expresa Ramos acerca de la “cultura criolla” provinciana se vinculan con el pensamiento conservador que

¹⁹⁷ *Ibidem*, p. 68.

¹⁹⁸ Lucas Alamán, *op. cit.*, pp. 23-24.

¹⁹⁹ Cfr. Julio Guerrero, *La génesis del crimen en México*, Editorial Porrúa, México, 1977.

tiende a estigmatizar los centros ciudadanos como lugares de perversión, degradación, envilecimiento y de relajación moral. La urbe representa las consecuencias más funestas del proceso de industrialización y la pérdida de costumbres y religiosidad. Desde esta perspectiva resulta lógico que la plebe o peladaje siempre se encuentra ubicada en los centros urbanos, es decir, que el concepto “pelado” está intrínsecamente vinculado a la idea “ciudad”.

La provincia, por el contrario, simboliza la reserva de valores y principios necesarios para desarrollar la inteligencia y la voluntad —la región ontológica del espíritu—. En “José Torres: el primero y último positivista”, artículo publicado en *La Antorcha* en 1925, Ramos hace un comentario significativo que secunda la oposición entre urbe y provincia. Sobre el positivismo de Torres afirma:

Este caso curioso de positivismo tardío se explica sin duda por la provincia. Torres vivió y se formó en ella. Cuando salió de allí había entrado ya en la madurez, cuando es imposible cambiar radicalmente de pensamiento. En el estilo tanto como en la ideología, se advierte la huella inconfundible de la provincia. Ciertos periodos retóricos de lirismo un poco cursi, en que a veces el filósofo canta a la ciencia.²⁰⁰

La opinión de Torres resulta importante debido a que es él quien, en el Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo, introduce al joven Ramos en el estudio de la lógica, de la moral, de la sociología y de la psicología. De manera que, desde un enfoque positivista, Torres proporcionó los primeros conocimientos de psicología a Samuel Ramos, quien siempre mostró admiración y reconocimiento hacia su tutor. Incluso podría intuirse que la personalidad de su mentor explica, al menos en algún grado, la idealización de las bondades de la provincia por parte del autor de *El perfil...* En la siguiente cita se advierte explícitamente cuál es esa dicotomía provincia-ciudad.

A pesar de todo lo que se diga, yo creo en la diferencia radical entre la *provincia* y la *gran ciudad*. Es indudable que la mentalidad se modela conforme a las dimensiones del espacio físico. Una ciudad pequeña, naturalmente reduce proporciones minúsculas de toda actividad del hombre. Como su vida se desarrolla en un área corta, no necesita ser apresurada. El esfuerzo es menos intenso, por la poca acumulación, y escasa competencia. Los hombres en número corto se unifican mejor, y crean un medio homogéneo y más cerrado de ideas, sentimientos y

²⁰⁰ Samuel Ramos, *Apéndice, op. cit.*, p. 249.

costumbres. Todo esto determina una existencia que se desliza lentamente tendiendo siempre a la inmutabilidad. Este ritmo físico se comunica involuntariamente al ritmo mental, que se hace lento y se sale naturalmente del compás de la cultura, que marcha como la siempre creciente aceleración de la ciudad moderna. La diferencia entre la mentalidad de provincia y la de la capital no es solamente de ritmo, sino también de perspectiva. Siendo el provinciano un hombre de cultura descentrada, él sin embargo, no se da cuenta de ello. Porque así como el pequeño horizonte visual que abarca limita el poder de su imaginación, así también su inteligencia limitada en su perspectiva, difícilmente puede concebir que haya formas de pensamiento diversas a las que posee. Todos en efecto habrán observado que un provinciano habla siempre de arte, de ideas como si fueran el centro de la corriente mundial de cultura, sin sospechar que su egocentrismo es en realidad excéntrico. En la cultura, la misión de la provincia —dice Spengler— es entregar sus mejores ingenios como tributo, a la gran urbe.²⁰¹

Los espacios provincianos —según Ramos— constituyen una atmósfera de tranquilidad donde los sentimientos, al igual que los impulsos, se controlan en beneficio del predominio de la inteligencia.²⁰² Por tanto, el ambiente provinciano es el *humus* del que surgirá la verdadera cultura en México, ya que éste posibilita la gesta de los grandes representantes de la cultura criolla.

Al recibir la condecoración *Generalísimo Morelos* en 1955, Ramos declara:

Siempre he pensado que lo más auténtico del espíritu mexicano se encuentra en la vida provinciana por estar más alejada de esas influencias cosmopolitas que deforman a los habitantes de las grandes ciudades. Por esto es que también la contribución de la provincia a nuestra verdadera cultura nacional ha sido siempre muy grande y decisiva.²⁰³

En consecuencia, no podemos estar de acuerdo con Toscano cuando identifica a la cultura criolla clasemediera y provinciana descrita por Ramos con el “mexicano de la ciudad”.

Debemos reiterar que, en nuestra interpretación, Ramos introduce al tema del “mexicano de la ciudad” mediante un párrafo aclaratorio. Como se expuso

²⁰¹ *Idem.*

²⁰² Oswald Spengler fue un alemán conservador, nacionalista y antidemócrata. En *La decadencia de Occidente* (1918) compara el desarrollo de las culturas con los organismos vivos y, por ende, con los mismos ciclos de existencia. Estimó que la civilización europea se encuentra en la etapa final de decadencia. En el capítulo “Ciudades y Pueblos”, establece la diferencia entre la existencia urbana y la de provincia, una idea que retomará Ramos para localizar al germen de la “cultura criolla” mexicana.

²⁰³ Samuel Ramos, “Discurso del Doctor Samuel Ramos al recibir la condecoración *Generalísimo Morelos*”, en *Obras 3. Artículos, entrevistas y discursos*, El Colegio Nacional, México, 2011, p. 588.

anteriormente, estimamos que la finalidad de dicho párrafo es explicar que el “mexicano de la ciudad” no es parte del sector indígena y que la población se encuentra dividida en dos grupos —el activo y el pasivo—.

El tipo que vamos a presentar es el habitante de la ciudad. Es claro que su psicología difiere de la del campesino, no sólo por el género de vida que éste lleva, sino porque casi siempre en México pertenece a la raza indígena. Aun cuando el indio es una parte considerable de la población mexicana, desempeña en la vida actual del país un papel pasivo. El grupo activo es el otro, el de los mestizos y blancos que viven en la ciudad. Es de suponer que el indio ha influido en el alma del otro grupo de mexicanos, desde luego porque ha mezclado su sangre con éste. Pero su influencia social y espiritual se reduce hoy al mero hecho de su presencia.²⁰⁴

También planteamos una cuestión crucial: Samuel Ramos no esclarece si el “mexicano de la ciudad”, además de pertenecer al grupo activo, está constituido por blancos o mestizos e, incluso, si el grupo es indiferente a esta característica. Toscano Medina tiene otra lectura respecto al mismo párrafo. Él considera que el tipo *ciudadino* se compone de mestizos, blancos o criollos. Al asociar la blancura con el criollismo de inmediato asume que la cultura criolla forma parte del tipo urbano. Por estas razones, adjudica al ciudadano los valores conservadores adquiridos en el proceso de asimilación de la cultura hispánica.

Pensamos que la descripción del ciudadano o urbano lo descalifica de formar parte de la cultura criolla, ya que los rasgos de su carácter son totalmente opuestos a las virtudes representadas por el criollismo. El “mexicano de la ciudad” se caracteriza por una desconfianza irracional que se origina en su ser y abarca todo su entorno. Este hombre no puede conservar los valores tradicionales, ya que “no tiene ninguna religión ni profesa ningún credo social o político. Es lo menos ‘idealista’ posible. Niega todo sin razón ninguna, porque él es la negación personificada”.²⁰⁵ En cambio, la cultura criolla clasemediera trata de vivir conforme a los tipos de vida europea y es, primordialmente, religiosa.

En el urbano, la desconfianza revela un ser susceptible y temeroso de todo. Dice Ramos que este rasgo de su carácter lo convierte en un ser iracundo e

²⁰⁴ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, *op. cit.*, pp. 57-58.

²⁰⁵ *Ibidem*, p. 59.

impulsivo que todo lo interpreta como una ofensa. Debido a ello, constantemente figura en disputas y hasta llega a cometer delitos. La desconfianza e inseguridad repercuten en su apreciación del mundo y lo transforman en un ser de moral rebajada. Sin ideales y creencias, la vida de este personaje transcurre en una rutina irreflexiva: “El mexicano es pasional, agresivo y guerrero por debilidad; es decir, porque carece de una voluntad que controle sus movimientos”.²⁰⁶ En consecuencia, la existencia del “mexicano de la ciudad” es dirigida por el instinto y las pasiones —capas de la vitalidad y del alma—. Mientras tanto, la cultura criolla —situada en el otro extremo— representa la capa ontológica del espíritu donde radican la inteligencia y la voluntad. Por ello, en el criollismo —de acuerdo con el autor— se conservan los valores tradicionales: religión, familia, amor, etc.²⁰⁷

En definitiva, insistimos en que el “mexicano de la ciudad” no corresponde a la clase media identificada como “cultura criolla”. Se trata de dos grupos distintos. El “mexicano de la ciudad” es un mestizo inseguro de sí mismo afectado por el complejo de inferioridad, un ser irreflexivo sin moral ni voluntad que es incapaz de conservar los valores tradicionales. En contrapartida, la “cultura criolla” representa la asimilación orgánica de los elementos hispánicos. Por ende —de acuerdo con Ramos—, la cultura criolla simboliza el suelo nutricio de donde ha de brotar la cultura en México.²⁰⁸

²⁰⁶ *Ibidem*, p. 61.

²⁰⁷ Es importante notar que la ideología conservadora se caracteriza por la defensa de valores morales, religiosos y familiares. Simultáneamente, el conservadurismo defiende la existencia de razas y élites superiores destinadas, por sus virtudes naturales, a gobernar al resto de la población, ya que las mayorías no están autorizadas a tomar decisiones. Por consiguiente, la postura conservadora rechaza los principios democráticos liberales y aboga por la implantación de monarquías o gobiernos totalitarios. Podemos encontrar un antecedente del conservadurismo en el pensamiento del británico Edmund Burke. Este tipo de ideología permeó el pensamiento de filósofos como Spengler, un pensador citado reiteradamente por Samuel Ramos.

²⁰⁸ En *Balún-Canán* (1957), Rosario Castellanos plasma la división existente, en las pequeñas ciudades mexicanas del siglo XX, entre el espacio geográfico destinado a los indígenas y el reservado a los blancos. La novela refleja los prejuicios en contra de la población indígena y la explotación de este sector por parte de los hacendados. La concepción criolla del indio como un ser inferior totalmente incapaz de formar parte de la sociedad moderna fue uno de los temas más tratados en la novela indigenista de mediados del siglo XX. Castellanos representa el menosprecio criollo hacia lo indígena a través del discurso del profesor blanco en la escuela indígena:

“—Estamos perdiendo el tiempo de una forma miserable, camaradas. ¿De qué nos sirve juntarnos aquí todos los días? Yo no entiendo ni jota de la maldita lengua de ustedes y ustedes no saben ni papa de español. Pero aunque yo fuera un maestro de esos que enseñan a sus alumnos la tabla de multiplicar y toda la cosa, ¿de qué nos serviría? No va a cambiar nuestra situación. Indio

2.6 Consideraciones

La estructura social delimitada por los positivistas del siglo XIX no sólo consolidó una representación de la población mexicana, también continúa generando repercusiones en la actualidad. En primer lugar, se divide a la población para su estudio. Se le clasifica de forma canónica en indígenas, mestizos —cultos e incultos o superiores e inferiores— y criollos. Consideramos que la generalización de estos grupos se reafirma en *El perfil...*, ya que Ramos no se detiene a deliberar sobre la pertinencia de tal categorización o sobre la veracidad de los atributos perniciosos que cree observar en los grupos socioeconómicamente bajos. En este sentido, la cuestión que pretendimos destacar, al examinar la diferencia hecha por Ramos entre indígenas, mestizos y criollos, es el racismo implícito en *El perfil...* Tanto la distinción racial como la tipología ahí establecida, además de revelar una estratificación colonial, fortalece la idea de características indeseables heredadas por las “razas” indígena y negra.

Se podría objetar a esta interpretación un aspecto puntual: Ramos no pertenece a los intelectuales que, durante la primera mitad del siglo XX, defendieron lo “mestizo” como el imaginario representativo de lo nacional.²⁰⁹ Y es que, muy al contrario de este grupo, Ramos se caracterizó por criticar severamente el nacionalismo surgido de la Revolución de 1910. Sin embargo, lo que nos interesa resaltar es que, más que comprobar una idea —el sentimiento de inferioridad— a través de una teoría “científica” —el psicoanálisis—, Ramos repite los prejuicios

naciste, indio te quedás.” Rosario Castellanos, *Balún-Canán*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983, p.160.

²⁰⁹ En *México mestizo*, Agustín Basave Benítez ofrece una interpretación acerca de cómo se fue desarrollando lo que él denomina la corriente mestizófila. Abarca desde la época colonial hasta culminar en el siglo XX con Andrés Molina Enríquez, el más férreo defensor de lo mestizo como sustancia y símbolo de la mexicanidad. Basave relata que, tras la Revolución de 1910, el mestizaje se interpretó como un hecho contundente y conveniente que pondría fin a las diferencias entre indios y criollos. El mestizaje configura la fusión racial y cultural de lo indígena e hispano, un aspecto que fundamentaría la unidad nacional. Cabe advertir que Basave no identifica a Samuel Ramos con los pensadores que apoyaron la corriente mestizófila; al contrario, considera a Ramos un europeísta que repudia a la cultura indígena. El autor reitera que hasta la idea de mestizaje cultural en Ramos es inexistente, ya que éste considera que las culturas prehispánicas perecieron en la Conquista. *Cfr.* Agustín Basave Benítez, *México mestizo*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002.

mediante los cuales han sido (des)considerados y menospreciados los indígenas y sus descendientes.

Se podría argumentar que pedirle a Ramos una visión indigenista es algo injusto y arbitrario. No obstante, deseamos aclarar que nuestra interpretación no solicita tal cuestión; lo que deseamos evidenciar es la defensa de un criollismo blanco que descalifica lo indígena —y lo mestizo—. Incluso la misma noción de mestizaje en Ramos es distinta a la de sus contemporáneos: para él, todo lo que se encuentre manchado de sangre indígena es inferior, está contaminado o alterado. Es evidente que, desde la perspectiva ramosiana, el mestizo —la combinación entre indígena y español— también configura a un ser degradado. Es importante, por ende, reiterar que el racismo implícito revelado en la presente investigación respecto a las tesis de *El perfil...* no radica en tildar a Ramos de racista simplemente por no haberse suscrito a la corriente indigenista. Si mostramos a Ramos como el continuador de una visión racista, ello obedece a que participa del racismo surgido a mediados del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX.

Todo lo que se había descubierto en el siglo XIX sobre los conceptos racistas, lo que se había producido en el campo del saber y había aparecido como prácticas posibles, volvería a aparecer a menudo en el siglo XX en una forma más radical: Lamarck y Darwin, Gobineau y Spencer, discriminación y exclusión, trabajo de esclavos y genocidio. A eso se añadía que en el siglo XX cambiaron poco las ideas fundamentales y los conocimientos científicos formulados en el siglo XIX sobre las razas, esto es, cómo se desarrollaban, cómo se podía orientar ese desarrollo y qué significado político tenía nuestra vida biológica.²¹⁰

El racismo es una ideología que presenta una jerarquía racial mediante la cual se pretende demostrar la “superioridad” del hombre blanco y, con ello, legitimar los derechos de una clase social a dominar —dirigir, educar, mejorar, etc. — a las otras “razas”. Esta clasificación racial se legitima a través de las características que el mismo hombre blanco se atribuye y le atribuye al resto de las “razas”. Obviamente, él —el hombre blanco europeo— se describe con rasgos espirituales e intelectuales superiores que lo autorizan a examinar al resto de los seres humanos y determinar quiénes son mejores.

²¹⁰ Christian Geulen, *op. cit.*, p. 133.

Parte del objetivo de este trabajo es identificar cómo los postulados de las teorías racistas de aquella época influyeron en el análisis que Samuel Ramos hizo sobre el mexicano. No se trata, por tanto, de una mera paráfrasis de las ideas contenidas en *El perfil...*; el presente estudio pretende sobreponerse a la dicotomía tradicional criollo-indígena. En otras palabras, se trata de identificar el racismo en contra de todo lo distinto al criollismo blanco e ibérico defendido por Ramos. Este punto ha sido poco trabajado debido a que, en nuestro contexto, el racismo se suele limitar a una apreciación negativa de lo indígena.

Es evidente que, para Ramos, el mestizo es un experimento biológico de dudoso resultado. Éste ha heredado las características y atavismos de los grupos negros e indígenas —de ahí brota su sentimiento de inferioridad—. Recuérdese que, según explica Ramos, el indio se dejó conquistar; esto constituye, supuestamente, una prueba irrefutable de que el indígena se sabía inferior al hombre blanco. Por su parte, el negro sólo es considerado humano gracias a las teorías anti-intelectualistas que conceden valor a los instintos y pasiones como elementos irracionales de la existencia. Por lo tanto, el mestizo siempre será inferior; la contaminación de su sangre le transmite la inferioridad. En cambio, el criollo o blanco es el único que tiene derecho a sentirse en igualdad frente al europeo. Su herencia de sangre, el reconocimiento de un legado ibérico y la aceptación de los elementos de asimilación de la cultura española —idioma y religión—, así se lo permiten. El criollo es aquél que se reconoce orgullosamente descendiente de los españoles conquistadores, el que se identifica con el paradigma de la alta cultura. Su encomienda es conservar y desarrollar al máximo los elementos legados por la cultura española.

De pronto pareciera que Ramos queda confundido por el esquema que él mismo ha construido; no encuentra al mexicano que estaba buscando, el mexicano al que pretendía delinear. Resalta al indígena —en teoría, éste ni siquiera es parte de su estudio—, pero advierte que éste no es el hombre mexicano que busca. Después analiza psicológicamente a un tipo de mexicano —el mestizo— que, al presentar más defectos que virtudes, resulta alguien no idóneo para ser el representante del perfil mexicano. Finalmente, el criollo de Ramos —el

sobreviviente del legado español, aquel que en ningún momento fue analizado mediante el método elegido por el autor— resulta ser el arquetipo del desarrollo cultural. El criollismo, en suma, es la salvación de nuestra cultura.

Ahora bien, si el *ethos* criollo se extiende a todo lo que se acepte como derivación de la cultura ibérica, se tendría que advertir la farsa que propone Ramos. Conforme a la lógica de su propio pensamiento, sentirse superior sin reconocer la cultura mexicana como una cultura derivada de la española, se llama complejo de inferioridad, imitación o artificio. Paradójicamente, ignorar las raíces negras e indígenas, rechazar cualquier otro pasado que no sea el español y sentirse hijo de conquistador no puede interpretarse —según Ramos— como ficción. Supuestamente, eso es “aceptar un destino histórico”. Asumirnos como descendientes de europeos, aunque nuestro color de piel sea oscuro o moreno, resulta una contradicción. Es evidente que, para el autor de *El perfil...*, el reconocimiento de un origen racial y cultural es fundamental para el despliegue de una cultura; pero ¿esta ficción lo liberará de la ambigüedad racial, social y cultural?

CONCLUSIONES

La primera parte de esta investigación fue expositiva. Comenzamos mostrando algunos datos sobre la vida y formación de Ramos, las influencias académicas y teóricas que dieron aliento a su obra, es decir, aludimos a aquellos acontecimientos que consideramos más relevantes para interpretar su pensamiento. La intención fue comprender al autor desde su contexto, desde la realidad en la que observó la cultura mexicana. Posteriormente, abordamos las ideas plasmadas por Ramos mediante una lectura cruzada de sus críticos y comentaristas y lo afirmado en *El perfil...* Todos coinciden en que la tesis fundamental consiste en que los mexicanos padecen de un sentimiento de menor valía que se detecta a través del comportamiento. La ausencia de una cultura objetiva en México es producto del sentimiento de inferioridad, entendido éste como un desajuste inconsciente entre las capacidades reales de los individuos y los verdaderos alcances de sus proyectos.

Ramos sostiene que el sentimiento de inferioridad de la población proviene de causas históricas que han debilitado la psique mexicana y producido un comportamiento anómalo. La mayoría de los estudiosos de la obra de Ramos consideran, además, que los rasgos sobresalientes de esta personalidad son el mimetismo, el artificio, la desconfianza, la actividad irreflexiva, la susceptibilidad, la impulsividad y la pasión. Algunos rasgos deben su origen a un evento histórico determinado —la Conquista o la Independencia—; otros son consecuencia del mismo comportamiento de menor valía.

La mayoría de los estudiosos de *El perfil...* coinciden en que los rasgos se manifiestan de forma peculiar en cada sector, dependiendo de su nivel económico y de su grado de escolaridad. Ahora bien, en “Arquetipos de lo mexicano en los que emerge el sentimiento de inferioridad”, señalamos cómo, si bien se suele identificar la tipología del “Psicoanálisis mexicano” —el “Pelado”, el mexicano de la ciudad y el burgués mexicano— con las capas sociales baja, media y alta, entre los filósofos ocupados de la obra ramosiana existen disparidades y contradicciones al respecto.

En 1956, Hernández Luna, en *Samuel Ramos. Su filosofar sobre lo mexicano*, identificó la tipología de Ramos con las capas sociales baja, media y alta. Por otra parte, en *Una cultura derivada: el filosofar sobre México de Samuel Ramos* (2002), Toscano Medina se adhiere a esta interpretación; advierte, sin embargo, que también se puede vincular dicha tipología con una concepción ontológica del pensamiento ramosiano. Es decir, Toscano hace una lectura de *El perfil...* a partir de la estructura ontológica del ser humano expuesta por Ramos en su libro *Hacia un nuevo humanismo*. En este sentido, reconoce que —para Ramos— el ser del hombre se encuentra constituido por tres capas: vitalidad (instintos, placer, dolor), alma (sentimientos) y espíritu (voluntad e inteligencia). Bajo este enfoque, Toscano Medina considera que, en *El perfil...*, Ramos se ocupó de estudiar las capas del alma y de la vitalidad en los mexicanos. Ramos abordó, según Toscano Medina, la capa del espíritu en su obra *Historia de la filosofía en México*. En suma, para este autor, Ramos revela que el problema de los mexicanos radica en que su personalidad se encuentra dominada por las capas de la vitalidad y del alma. Esto es: el sentimiento de inferioridad revela un comportamiento controlado por los sentimientos y los instintos. Por tanto, la obra de Ramos se desdobra en dos ámbitos: social y existencial.

La doctora Ma. Del Carmen Rovira, en su artículo “Samuel Ramos” (2004), identifica a la “cultura criolla” como un grupo fuera de la tipología del “psicoanálisis del mexicano”. Aquí encontramos una de las principales disparidades en las lecturas hechas sobre *El perfil...* ¿Quiénes conforman la cultura criolla? ¿La cultura criolla es examinada en el “psicoanálisis del mexicano”? Tanto para Hernández Luna como para Toscano Medina, la tipología es muy clara, pues representa a las capas baja, media y superior de la sociedad. Toscano además identifica a la “cultura criolla” con el mexicano de la ciudad descrito en “el psicoanálisis del mexicano”, pues considera que ambos constituyen un estrato medio, una clase media. En cambio, para la doctora Rovira, la “cultura criolla” es un grupo distinto a los psicoanalizados por Ramos.

Tras el recuento histórico y el análisis de los rasgos de la personalidad y la conducta de los tipos mexicanos, resulta indiscutible que —para Ramos— la única

forma de combatir el sentimiento de inferioridad es la educación. Las interrogantes que surgen son diversas: ¿Quiénes habrán de educar a los mexicanos? ¿Cuáles serán los ejes de dicha educación? ¿Cuál debe ser el modelo? La respuesta de Ramos es simple y llana: la “cultura criolla”.

En el relato de Ramos, el criollismo se eleva a modelo de existencia. Esto lo entendemos así por varias razones. El desarrollo cultural es dependiente o está condicionado por el fomento espiritual que, en el caso de México, sólo puede brindar la iglesia católica. El reconocimiento del legado ibérico —según Ramos— conlleva la aceptación de que, en México, sólo puede existir una cultura derivada. De acuerdo con el autor de *El perfil...*, en la época colonial inicia el proceso de derivación cultural a través de los elementos españoles trasplantados: lengua y religión. Todo estaba encaminado hacia un proceso orgánico de derivación por asimilación de tales elementos clave; sin embargo, la Independencia de 1810 interrumpió el curso de la asimilación e inauguró la imitación cultural. Esto se explica —de acuerdo con Ramos— por dos razones: las circunstancias políticas y sociales que impidieron proseguir la marcha orgánica de la Colonia —el desorden y la agitación sociopolíticos— y el mestizo como el “tipo de hombre” dominante durante el siglo XIX. Para Hernández Luna, el mestizo tiene una doble predisposición a la inferioridad: por su origen, ya que es descendiente de las razas vencidas, y por las condiciones políticas que enfrentó —irremediablemente, éste se derrumbó ante la comparación con naciones consolidadas—. En este orden de ideas es preciso asentar que, en el México independiente del siglo XIX, la cultura sólo se concibe bajo el tipo de derivación por imitación. De ahí que Ramos recurra a reivindicar a la cultura criolla como la única clase social capaz de salvar a México; después de todo, aquella minoría —afirma Ramos— logró asimilar y conservar los elementos trasplantados por los conquistadores y misioneros españoles.

El perfil... es una obra de suma importancia para la filosofía desarrollada en México. En consecuencia, además de hacer un recuento sobre la tesis e ideas que la sostienen, la primera parte de este estudio finalizó con una breve exposición de los análisis, contradicciones y críticas que varios filósofos han hecho respecto a este libro. En 1960, Abelardo Villegas realizó una crítica desde dos perspectivas: lógica

e histórica. En lo histórico, Villegas explica que se trata de una obra producto del contexto del autor —los primeros años de la época postrevolucionaria en los que no se ven cumplidas las demandas del movimiento social—. En otras palabras, en *El perfil...* se plasma un panorama negativo o pesimista para México, pues su autor interpreta las consecuencias de la Revolución Mexicana de 1910 como rotundos fracasos. Respecto al examen lógico, Villegas desarrolla una lectura cruzada que relaciona las ideas centrales tanto de *El perfil...* como de *Hacia un nuevo humanismo*. De esta forma, Villegas encuentra que, en *Hacia un nuevo Humanismo*, Ramos comprende lo humano desde valores inalterables y objetivos. En cambio, en *El perfil...* le exige al mexicano que reflexione, desde su circunstancia, haciendo uso de una jerarquía de valores pertinentes, es decir, valores subjetivos acordes a su realidad. En pocas palabras, Villegas advierte que Ramos confunde la filosofía circunstancialista —eje del perspectivismo orteguiano— con la ontología regional. En *Hacia un Nuevo humanismo*, Ramos presenta una idea de hombre fincada en valores universales que pretenden configurar una ontología regional. En *El perfil...* trata de interpretar el desarrollo de la psique mexicana a partir de circunstancias históricas. En otras palabras, esta obra propone que el perfil del mexicano no puede ser captado o aprehendido a través de conceptos aceptados universalmente. De hecho, critica esta postura; considera que el sentimiento de inferioridad emerge cuando el mexicano se compara mediante una escala de valores que no corresponde a su realidad. Se trata, obviamente, de los valores de los países europeos que, en la visión de Ramos, se constituyen en ejemplo y anhelo de los mexicanos durante el siglo XIX.

En *La jaula de la melancolía* (1987) Roger Bartra dedica un apartado a la crítica de *El perfil...* Este autor considera que la propuesta de Ramos es un ejemplo de los prejuicios que la intelectualidad tiene hacia la clase socioeconómicamente baja. La tesis del sentimiento de inferioridad, por consiguiente, no es más que una actualización del mito del salvaje o del primitivismo, estatus conferido a las culturas precolombinas desde la Conquista. La idea central de Ramos representa, por ende, el imaginario prejuiciado de las élites acerca del pueblo. Además, aclara que este constructo tiene, como fin último, la legitimación del poder de la elite mediante la

razón y la inteligencia. Dado que las masas —supuestamente— no tienen la capacidad de inmiscuirse en asuntos de la vida nacional —su poca o nula inteligencia, su impulsividad y sus traumas lo impiden—, son un sector que debe ser ignorado para las decisiones importantes. En todo caso, lo aceptable es tratar de educar y controlar a este grupo.

Carlos Lepe Pineda, en su artículo titulado “Samuel Ramos” (1997), hace una valoración de la obra del autor de *El perfil...* A nuestro parecer, su principal crítica se refiere a la idea “educación” en el pensamiento de Samuel Ramos. Lepe Pineda, tras el análisis del pensamiento filosófico de Ramos, infiere que su propuesta educativa parte de una repulsión hacia las masas —grupo caracterizado por una personalidad pasional e instintiva— y de la creencia en individualidades superiores —el hombre espiritual, intelectual— con derecho a ser líderes. En suma, la educación es para todos; los privilegios, sólo para unos cuantos: la clase dirigente.

Toscano Medina, en *Una cultura derivada: el filosofar sobre México de Samuel Ramos* (2002), advierte que Ramos limita su análisis a identificar a la cultura mexicana como una cultura derivada de la cultura española. Niega, por tanto, toda herencia indígena y desvincula el desarrollo cultural de lo prehispánico. En este sentido, Toscano reprocha a Ramos la falta de reconocimiento de un México multicultural.

Rovira Gaspar, en su artículo “Samuel Ramos” (2004), resalta que la inquietud acerca del autoconocimiento del mexicano estaba presente antes de que Ramos publicara *El perfil...* Por tanto, invita a los lectores a investigar más sobre el pensamiento mexicano y, por tanto, a darse cuenta de que Ramos no es el que inaugura este tema. Es cierto que la búsqueda de un elemento representativo de lo nacional ya había sido delineado por otros pensadores, quienes percibieron la necesidad de estudiar las peculiaridades de la población mexicana para emprender alguna reforma educativa —como fue el caso de Ezequiel A. Chávez con su “Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter mexicano” (1901)— o una campaña moralizante encaminada a revelar la misión de los pueblos —entre ellos, el mexicano— en el surgimiento de una nueva raza, tal como lo sustenta José Vasconcelos en *La raza cósmica* (1925). Finalmente, los doctores

Magallón y Hurtado incitan a poner en entredicho los fundamentos de la tesis de Ramos y, simultáneamente, exhortan a comprender el contexto en que surgieron las ideas del filósofo michoacano.

En la segunda parte de esta tesis propusimos una lectura enfocada a analizar los supuestos que presenta Ramos. A nuestro juicio, tales postulados entrañan una perspectiva racista hacia los diversos sectores del pueblo mexicano. El racismo implícito que alberga *El perfil...* tiende a invalidar y menospreciar la participación de varios estratos sociales, ya que les adjudica características y rasgos de personalidad “inferiores”: incompatibilidad con la civilización, pasividad, primitivismo, ausencia de un sentido moral, irracionalidad, agresividad, etc. Tales rasgos o características, en el relato de Ramos, se vinculan a un origen racial.

En esta parte empezamos por cuestionar la viabilidad del método empleado por Ramos para demostrar que los mexicanos sufren un sentimiento de inferioridad. Como lo ha resaltado el doctor Hurtado, la inferioridad de los pueblos americanos fue una idea recurrente en la historia de nuestro país. Consideramos importante explicar que Ramos actualiza la noción de inmadurez del mexicano a través de la teoría adleriana del instinto de poder. La hipótesis de Ramos es que los mexicanos padecen de un sentimiento de inferioridad y que éste les impide desarrollar la cultura nacional. Es muy honesto al reconocer que la idea de inferioridad del pueblo mexicano no es una inferencia de su autoría. Podríamos decir que tiene la intuición de que la inferioridad observada en varios mexicanos es susceptible de ser comprobada a través de la teoría de Alfred Adler. Si bien en el prólogo a la tercera edición de su obra (1951), Ramos ofrece una interpretación del pensamiento de Adler respecto al complejo de inferioridad, el presente estudio retomó algunos puntos cuestionables o polémicos sobre la aplicación e interpretación de la teoría adleriana en el análisis del pueblo mexicano. Para Adler, el ser humano necesita conservar una estabilidad psíquica respecto a su poder, es decir, a sus fuerzas. Desde la infancia, el ser humano trata de encontrar este balance, pues se sabe menos poderoso que los mayores. Ahora bien, Adler sostiene que este sentimiento de infancia es normal en el desarrollo de todo individuo. Este sentimiento de menor valía obliga a que el infante desarrolle las habilidades suficientes para bastarse en

un futuro. Así, la inferioridad de la infancia se compensa con un sentimiento de superioridad, el cual fomenta la confianza en sí mismo y la formación de la personalidad. En el fondo, debe comprenderse que el sentimiento de inferioridad experimentado por los menores se deriva de la dependencia real que tienen respecto a los adultos. Se trata de una dependencia por razón de edad. Al llegar a una edad adulta podrán ser autosuficientes. El sentimiento de inferioridad explicado por Adler únicamente en casos excepcionales —las minusvalías o situaciones de violencia familiar— puede ser considerado como rasgo de una personalidad anómala o enferma, ya que tales circunstancias generan la falta de confianza respecto de las posibilidades y potencialidades del individuo. En consecuencia, estimamos que el sentimiento de inferioridad enunciado por Adler es una cuestión inherente a la condición humana, no el aspecto propio de un pueblo o un estrato social.

Ahora bien, como Ramos hace una analogía de la teoría adleriana para encontrar la causa del sentimiento colectivo de inferioridad en los mexicanos, trata de reconstruir la historia nacional a fin de identificar el detonante de la inferioridad en la infancia del pueblo. En nuestra lectura es en el relato histórico donde se finca la perspectiva racial, pues la actuación de cada grupo o “raza” determinó el sentimiento de menor valía percibida por el autor en 1934. Dicho relato señala a tres estratos o componentes de la sociedad mexicana: indígena, mestizo y criollo. De esta forma identificamos cada componente y resaltamos las características que Ramos les atribuye. Se señaló que Ramos entiende a la sociedad mexicana escindida en dos grupos. El grupo pasivo, compuesto por los indígenas, y el grupo activo, compuesto por mestizos y blancos. Aunque en reiteradas ocasiones afirma que el grupo indígena no es su objeto de estudio, su mención es recurrente cada vez que el autor necesita explicar las causas de inferioridad y atraso en el país.

Por otra parte, aunque el mestizo forma parte del grupo activo, se trata de un sector nocivo para el desarrollo cultural. En este personaje se actualizan —a través de la actividad política— los instintos sanguinarios, los atavismos y la crueldad de sus antepasados. En este sentido, fue importante destacar la idea de mestizaje que aparece en *El perfil...*: “Un problema biológico por resolver”. Esta postura revela

que, tanto para Ramos como para los positivistas del siglo XIX, la mera idea de mestizaje —la mezcla— era equiparable a la contaminación de las razas. Como se consideraba que la “raza” indígena era inferior y primitiva, el mestizaje era negativo. El mestizaje significaba la contaminación o degradación de la sangre española, la cual se tenía como superior. En el mismo discurso de Ramos se entiende algo fundamental: el mestizo que se apoderó del siglo XIX —el hombre irreflexivo con tendencia a la imitación— es un ser degradado debido a su evidente origen —preponderancia de sangre indígena—. El mismo biógrafo de Ramos —Hernández Luna—, al interpretar la inferioridad del mestizo, enfatiza que a este tipo de hombre la inferioridad le es inherente por origen racial. Se trata, entonces, de un mestizo con elevado porcentaje de sangre indígena. Estimamos que esta división racial, así como sus formas de existencia, condiciona no sólo el discurso histórico de Ramos respecto al siglo XIX mexicano, sino que también determina la tipología en “El psicoanálisis del mexicano”, el apartado sobre “El egipticismo indígena” y su propuesta de la “cultura criolla”. Dicho de otra forma, en *El perfil...* permanece la división racial con todos los prejuicios presentes desde la Colonia. Las características y rasgos que se atribuyen al sector mestizo son los mismos que aparecen, en mayor o menor grado, en los tipos examinados en el psicoanálisis: el “pelado”, el ciudadano y el burgués. En consecuencia, consideramos que el psicoanálisis sólo concierne al grupo mestizo, no al mexicano en su generalidad —tal y como se suele pensar—.

Deseamos enfatizar que la propuesta del autor es un acriollamiento de la cultura. En la visión de Ramos, los criollos han asimilado la cultura hispana al conservar la lengua y la religión; han adoptado valores, una forma de vivir normada por los principios ibéricos y, sobre todo, la educación religiosa —católica—. Se refiere, en suma, a un anhelo por preservar el legado ibérico impuesto al nuevo territorio. Sin embargo —como se demostró en este estudio—, dicho sector no fue psicoanalizado por la simple razón de que el autor afirma la superioridad de este grupo. En suma, Ramos elabora una apología del criollismo.

Por otra parte, Ramos llega a aceptar la existencia de mestizos hispanistas. Este tipo corresponde a una especie de gradación según el porcentaje de sangre

española o indígena reflejada en el fenotipo de los individuos. Como lo expusimos antes, el autor de *El perfil...* extiende el *ethos criollo* a aquellos que se sientan afines a la cultura ibérica, a los que reconocen en las obras de los conquistadores y evangelistas españoles una obra de civilización. En este grupo se insertan aquellos que menosprecian o se avergüenzan de la raíz indígena. Se trata, en teoría, de alguien menos contaminado de sangre indígena, un mestizo que se cree criollo y, por lo tanto, reclama el privilegio social. La lectura que hacemos no nos arroja contradicciones respecto a los estratos sociales delineados en las propuestas de Ramos, pero sí revela un pensamiento racista y, por tanto, defensor de privilegios de clase o raza.

En este trabajo nos centramos en las ideas de *El perfil...* Tal perspectiva presentó un problema metodológico: no se trata de un libro único o definitivo. Cuando nos referimos a las ideas planteadas en *El perfil...*, aludimos a las tesis esbozadas en las distintas ediciones de esta obra; anotamos, en cada caso, la edición que corresponde a cada comentario. También nos apoyamos en las declaraciones y afirmaciones que Ramos expuso en otros libros y artículos —por ejemplo, en *Hipótesis, Veinte años de educación en México*—. Dicho método nos permitió postular un obvio despliegue de las ideas ramosianas —esto se aprecia con mayor nitidez en el apartado de “el indígena”—.

Si nos preguntasen por la existencia de matices o cambios de pensamiento en la obra ramosiana a lo largo de los años, responderíamos lo siguiente: consideramos que, respecto al tema del indígena, existen variaciones. Dicho tema es, efectivamente, controversial en Ramos, dado que su postura no se mantiene intacta a primera vista. El matiz que podemos notar radica en la valoración de las culturas prehispánicas desde un enfoque histórico; es decir, como parte del pasado de México, mas no de las comunidades indígenas de su tiempo. En el sistema de pensamiento de Ramos, éstos sólo constituyen los residuos supervivientes de las grandiosas pero vencidas culturas precolombinas. En cuanto a su apología de la raíz criolla, consideramos que el autor de *El perfil...* mantiene intacta su posición. Para él, México sólo puede acceder al progreso y a la modernidad a través del reconocimiento de su origen peninsular. Así, este aspecto se convierte en la llave a

la civilización imposible de rechazar. En entrevista a Ramos —recuperada en *Logos, Revista de la Mesa Redonda de Filosofía* (1949) —, el autor de *El perfil...* asevera: “en mi libro he desarrollado una teoría de lo que he llamado cultura criolla. Creo que este tipo de cultura es la que constituye nuestra expresión propia y nuestro patrimonio espiritual”.²¹¹

En cuanto a su idea de mestizo, tampoco consideramos que modifique explícitamente esta visión; sin embargo, resulta interesante que, en los capítulos incorporados a la tercera y definitiva edición de *El perfil...* (1951), Ramos analice ciertas conductas y comportamientos de los mexicanos en su generalidad utilizando expresiones que denotan un pensamiento arraigado en la creencia de “razas” y de las características que las determinan. Por ejemplo, en el capítulo “Cómo orientar nuestro pensamiento”, Ramos señala que “En unas razas predomina la voluntad como impulso dirigente en la vida; en otras, el sentimiento; en otras, la inteligencia o la razón”.²¹²

Es preciso advertir que lo mestizo como símbolo de la mexicanidad ya era una idea predominante en el siglo XX. Sólo cabe aclarar que este imaginario no corresponde al mestizo descrito por el autor de *El perfil...*, un hombre con rasgos que revelan a un ser “inferior”. Si bien la denominación “mestizo” puede hacernos caer en error, la connotación de la peculiaridad mestiza de los mexicanos como su “auténtico carácter” es descrita por Federico Navarrete en su libro *México racista*. Se trata de un tipo más alineado al estándar occidental, un mestizo que defiende su legado ibérico a la vez que interpreta la raíz indígena como un periodo ilustre pero remoto que ya no forma parte de su existencia; forma parte de su recuento histórico y nada más. En suma, el mestizaje como atributo del ser mexicano es la creación de otros pensadores, no de Ramos.

Cabe reiterar que la presente investigación no pretendía defender ni refutar la tesis del sentimiento de inferioridad —ya varios pensadores han resaltado sus deficiencias—; lo que planteamos fue un análisis del discurso que evidenciase la existencia de un racismo implícito en los razonamientos que sostienen la idea de

²¹¹ Logos, Revista de la Mesa Redonda de Filosofía. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1949, p.94.

²¹² Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1951, *op. cit.*, p. 133.

menor valía en el pueblo mexicano. En consecuencia, consideramos que no existe un cambio sustancial en el pensamiento de Samuel Ramos a lo largo de su obra; su discurso se desenvuelve en el supuesto de la existencia de “razas” y en la creencia en que ciertos grupos son mejores, en cuanto a capacidades y cualidades, para construir una cultura mexicana: la cultura criolla.

Pudimos comprender el momento histórico que experimento el autor de la obra. Logramos saber su inclinación o afinidad por un tipo de cultura —la ibérica—. Quizá lo más importante es que esta investigación nos hizo cuestionar el pensamiento filosófico que apoyó, implícita o explícitamente, la idea racial de la población mexicana y, con ello, las concepciones de superioridad e inferioridad que envuelven a cada tipo señalado.

BIBLIOGRAFÍA

- Adler, Alfred, *Conocimiento del hombre*, Espasa-Calpe, Madrid, 1968.
- Alamán, Lucas, *Historia de Méjico*, Tomo primero de Obras de D. Lucas Alamán, Editorial Jus, México, 1942.
- Bartra, Roger, *La jaula de la melancolía*, Editorial DeBolsillo, México, 2006.
- Basave Benítez, Agustín, *México mestizo*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002.
- Beuchot, Mauricio, *Filosofía Mexicana del siglo XX*, Editorial Torres Asociados, México, 2008.
- Castellanos, Rosario, *Balún-Canán*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.
- Chávez, Ezequiel A., "Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad del mexicano", en Rovira Gaspar, Ma. del Carmen (coord.), *Pensamiento filosófico del siglo XIX y primeros años del XX*, Tomo III, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2001, pp. 571-590. Este texto fue consultado en la Biblioteca Virtual del Doctor Luis Aarón Patiño Palafox. Consultado el 11 de enero de 2020. Disponible en: <https://cursosluispatinoffyl.wordpress.com/archivos/>
- Gaos, José, *Historia de nuestra idea de mundo*, Tomo XIV, *Obras Completas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1994.
- Garibay, Ángel María, *Poesía indígena de la altiplanicie*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2014.
- Geulen, Christian, *Breve historia del racismo*, Alianza Editorial, Madrid, 2010.
- Gómez Robleda, José, *Imagen del Mexicano*, Talleres gráficos de la Secretaría de Educación Pública, México, 1948.
- Gobineau, Joseph Arthur, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, Ediciones Apolo, Barcelona, 1937.
- Guerreo, Julio, *La génesis del crimen en México*, Editorial Porrúa, México, 1977.
- Hernández Luna, Juan, *Samuel Ramos. Su filosofar sobre lo mexicano*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1956.

- Houvenaghel, Eugenia, "Samuel Ramos y el género ensayístico: El perfil del hombre y la cultura en México (1934) como ensayo camuflado", en *Literatura y Lingüística*, N° 30, 2014, pp. 31-48.
- , "El filósofo mexicano Samuel Ramos: Entre el positivismo europeísta y la busca de autenticidad", en *Confluencia*, Vol. 29, N° 2, 2014, pp. 25-34.
- , "La retórica bajo el barniz de la lógica: Samuel Ramos y su discurso sobre la inferioridad mexicana", en *Romance Quarterly*, Vol. 61, N° 1, 2014, pp. 54-64.
- Hurtado Pérez, Guillermo, (intr. y selec.), *El Hiperión*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2006.
- , *El búho y la serpiente*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2007.
- , "Samuel Ramos, filósofo", en *Cuadernos Americanos*, Año XXVI, Vol.1, N° 139, enero-marzo, 2012, pp. 59-69.
- Iturralde Nieto Gabriela e Iturriaga Acevedo Eugenia (coord.), *Caja de herramientas para identificar el racismo en México*, Editorial Contramarea, México, 2018.
- León-Portilla, Miguel, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2006.
- Lepe Pineda, Carlos, "Samuel Ramos", en Rovira, Carmen (comp.), *Una aproximación a la historia de las ideas filosóficas en México. Siglo XIX y principios del XX*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1997, pp. 945-961.
- Logos, Revista de la Mesa Redonda de Filosofía*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1949.
- Magallón Anaya, Mario, "Samuel Ramos y su idea de cultura en México", en *Temas de ciencia y tecnología*, México, Vol. 11, no. 33, sep.-dic., 2007, pp. 13-22.
- Navarrete, Federico, *México racista*, Editorial Grijalbo, México, 2016.
- , *Alfabeto del racismo mexicano*, Ediciones Malpaso, México, 2017.
- Othón de Mendizábal, Miguel, "El origen histórico de nuestras clases medias", en *Las clases sociales en México*, Sociedad Mexicana de difusión cultural, México, 1968.

- Palacios, Adela (comp.), *Nuestro Samuel Ramos. Homenaje*, Editorial Pensador Mexicano, México, 1960.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1950.
- Ramos, Samuel, *El perfil del hombre y la cultura en México*, Imprenta Mundial, México 1934.
- , *El perfil del hombre y la cultura en México*, Editorial Pedro Robredo, México, 1938.
- , *El perfil del hombre y la cultura en México*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1951.
- , *Hacia un nuevo humanismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962.
- , *Veinte años de educación en México*, en *Obras completas*, Tomo II, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1990.
- , *Hipótesis*, en *Obras completas*, Tomo I, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1990.
- , *Apéndice*, en *Obras completas*, Tomo I, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1990.
- , *Historia de la Filosofía en México*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1993.
- , *Obras 3. Artículos, entrevistas y discursos*, El Colegio Nacional, México, 2011.
- Roumagnac, García Carlos, *Los criminales en México*, El Fénix, México, 1904.
- Rovira Gaspar, Ma. del Carmen (coord.), *Una aproximación a la historia de las ideas filosóficas en México*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1997.
- , "Samuel Ramos", en Saladino García, Alberto (comp.), *Humanismo mexicano del siglo XX*, Tomo 1, UAEMex, 2004, pp. 387-410.
- Sierra, Justo, *México: su evolución social: síntesis de la historia política, de la organización administrativa y militar y del estado económico de la federación mexicana; de sus adelantos en el orden intelectual; de su estructura*

- territorial y del desarrollo de su población, y de los medios de comunicación nacionales e internacionales; de sus conquistas en el campo industrial, agrícola, minero, mercantil, etc.*, tomo I, Ballezá y compañía, México, 1902.
- Spengler, Oswald, *La decadencia de Occidente*, Edición original 1918, Edición electrónica-Buenos Aires 2006. Consultado el 11 de septiembre de 2019. Disponible en: http://www.ignaciodarnaude.com/textos_diversos/Spengler,Oswald,La%20decadencia%20de%20Occidente.pdf
- Toscano Medina, Marco Arturo, *Una cultura derivada: el filosofar sobre México de Samuel Ramos*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, 2002.
- Vasconcelos, José, *La raza cósmica*, Asociación Nacional de Libreros, México, 1983.
- Villegas, Abelardo, *La filosofía de lo mexicano*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1979.
- , *Autognosis, el pensamiento mexicano en el siglo XX*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1985.
- Villoro, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México/El Colegio Nacional/Fondo de Cultura Económica, 2005.